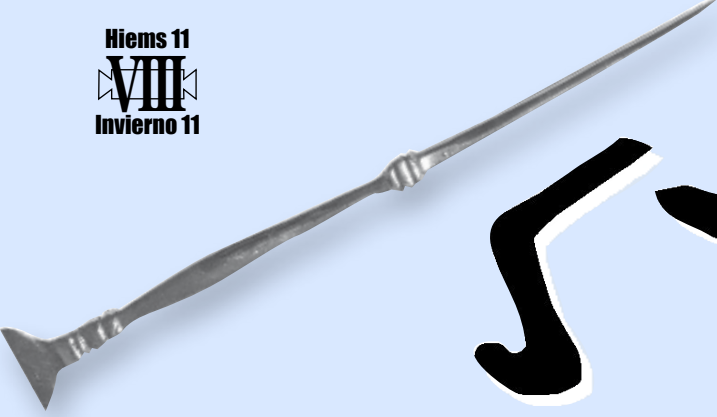




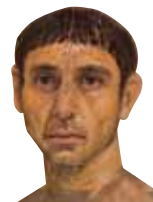
Stilus

LA REVISTA DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL HISPANIA ROMANA



Los enemigos de la República

La expansión fuera del Lacio



CARTA DEL DIRECTOR

Retrato en negativo

Un jinete cabalga a buen ritmo. Regresa feliz de la guerra. No solo ha sobrevivido, sino que vuelve con trofeos. Colgadas de su montura, varias cabezas humanas dan prueba de su valor. La escena representada en una cerámica numantina muestra a la perfección la importancia de la guerra en muchos pueblos. Desde la perspectiva moderna nos horroriza un acto que, para los celtiberos era no solo exaltación del vencedor, sino homenaje al caído. Al parecer, la cabeza era para ellos donde se encontraba la esencia de cada persona, así que decapitar a los enemigos era una forma de apropiarse de las virtudes de un rival admirable.

La belicosidad es un rasgo esencial en el carácter de muchas sociedades, a lo largo de la Historia. La lucha es para ellos una piedra de toque en la que se comprueba la naturaleza de las personas. La ética

agonística se basa en valores como el esfuerzo y el sacrificio. También, en el respeto al contendiente esforzado que, en cierta forma, da idea de la calidad de quien le combate.

Roma se encontró a lo largo de los siglos con muchos enemigos formidables que plantaron cara a sus ambiciones expansionistas. Pueblo guerrero donde los haya, los romanos hicieron del enfrentamiento un pilar central de su forma de ser y de vivir. Esa es la razón de que traigamos al presente número de la revista a los enemigos de la República. Nuestro objetivo es que el estudio de los rivales nos devuelva el perfil, en negativo, de Roma. Conocer cómo se comportó y qué modificó en las realidades que encontraba en su camino es también una manera de saber cuáles eran los valores de quienes, a la postre, acabaron imponiéndose para sentar las bases del mundo actual.

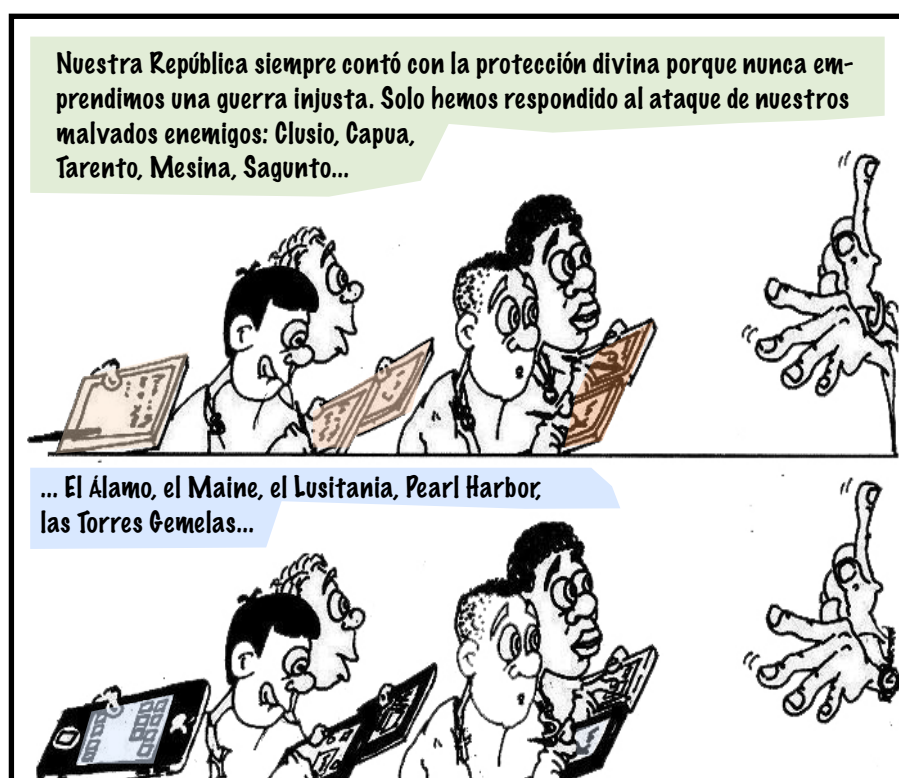
Para desarrollar este enfoque experimental llamamos a la puerta de diversos estudiosos de primera línea. Todos ellos se mostraron, para satisfacción nuestra, dispuestos a participar en un número que hace especial hincapié en el variopinto panorama de la Iberia prerromana.

No es este el único aspecto novedoso del presente número, que enfatiza su carácter digital con una apuesta por la web 2.0. Recientemente la revista **Stilus** ha abierto cuenta Facebook (ver página 19), para agilizar el contacto con sus lectores. A través de este canal pretendemos no solo informar sobre asuntos apegados a la actualidad (noticias y agenda cultural), sino fomentar el intercambio de ideas y ofrecerles más contenidos de interés. Ahora, el turno es suyo.

roberto.pastrana@yahoo.es

LA VIÑETA

Por **El Kuko**.



Portada de Ernesto Diezhandino, ganador del concurso "Elige la próxima portada de Stilus".

stilus

Edita: Asociación Hispania Romana.

Dirige y maqueta: Roberto Pastrana.

Consejo Editorial: Alejandro Carneiro y Enrique Santamaría.

Corrige: Paco Gómez.

Responsable de arte: Sonia Martínez.

Colaboran en este número Roger Benito, Alejandro Carneiro, Gabriel Castelló, Francisco Girao, Javier del Hoyo, Alfredo Jimeno, Oscar Madrid, Juan Antonio Martín, Noé Molina, Isaac Moreno, Ignacio Muñoz, Raquel Onrubia, Salvador Pacheco, Jonatán Prieto, Fernando Quesada, Eduardo Sandino, David Sandoval, Enrique Santamaría, Inés Sastre, David Sierra, Marcos Uya, Francisco J. G. Valadés.

Correo: stilus@hispaniaromana.es

Stilus no comparte necesariamente los puntos de vista expresados por los autores, que son los responsables únicos.

In Rostra ascendere

ILDEFONSO D. RUIZ LÓPEZ

Doctor en Historia Antigua y numismático

Al igual que los rostra latinos estaban concebidos como espacios públicos en los que los oradores romanos, como Cicerón, daban rienda suelta a su libertad de palabra y de diálogo, en esta nueva tribuna del siglo XXI que es la revista *Stilus*, los amantes del Mundo Clásico encontramos un lugar propicio para divulgar investigaciones, compartir conocimientos y expresar opiniones sobre temas relativos a nuestro pasado romano.

Por desgracia, en estos tiempos de crisis que vivimos, con un declive de nuestro modelo económico y una creciente agonía moral, encontrar espacios como este es cada vez más difícil. Últimamente vemos cómo prevalecen criterios políticos y económicos frente a intereses culturales, y pese a que el Estado nos intenta vender la idea de que promueve un futuro cuyas bases se asentarían en la educación, la formación y la investigación, observamos cómo cada vez hay más recortes que afectan al ámbito académico y a campos de vital importancia para el desarrollo como las I+D+i, que están provocando la desaparición de importantes proyectos culturales y científicos a los que se han dedicado muchos años de trabajo y esfuerzo. Como no podía ser de otro modo, este proceso de devaluación del interés por el conocimiento afecta también a las investigaciones que se llevan a cabo sobre el Mundo Clásico, y, por supuesto, a los propios investigadores, personas que durante gran parte de sus vidas han puesto sus ilusiones y esperanzas en conocer de manera amplia y profunda su campo de estudio y que ahora intentan con ahínco poder transmitir y divulgar los conocimientos que han adquirido.

Ante este panorama tan desolador, nosotros, los aficionados y amantes de la cultura nacida en la Ciudad de las Siete Colinas, como legionarios aguerridos y valerosos, debemos tomar posiciones para recuperar y acrecentar el territorio que supone nuestro legado cultural. Para ello contamos con iniciativas como la de la revista *Stilus* y la Asociación Hispania Romana, que promueve desde una diversidad de planteamientos, este objetivo común.

Y con esta idea en el pensamiento y en el corazón, no quisiera dejar pasar la oportunidad de invitar a otros colegas y estudiosos de la cultura romana, mediante la locución latina "In Rostra ascendere", a subir a la tribuna para hablar y compartir nuestras experiencias e ideas, promoviendo así mediante nuestro trabajo el conocimiento del importante legado cultural que aportó la civilización romana a la Historia de la Humanidad y convirtiendo, de esta forma, nuestro sentimiento en símbolo de la libertad, de la palabra y del diálogo.

De nuevo mi más sincero agradecimiento y un abrazo para todos aquellos amantes de la cultura romana y del Mundo Clásico en general.

TEMA DEL NÚMERO

LAS CRÓNICAS DICEN...	4
SAMNITAS: LOS VECINOS INDOMABLES. Por David Sierra.	
BIOGRAFÍAS	10
EL OCASO DE LA GRAN MACEDONIA. Por David P. Sandoval.	
ASENTAMIENTOS HISPANOS	14
SAGUNTO: LA CIUDAD QUE DESATÓ LA GUERRA. Por Gabriel Castelló.	
LAS CRÓNICAS DICEN...	18
CARTAGO: ADAPTARSE Y DESAPARECER. Juan A. Martín Ruiz.	
MUNDO ANTIGUO	22
LA DESPENSA DE UN HOGAR IBERO. Por R. Benito Juliá/R. Onrubia.	
MUNDO ANTIGUO	26
UN EPISODIO DE RESISTENCIA EN LA BASTETANIA. Por I. Muñiz Jaén/F. Quesada Sanz.	
MUNDO ANTIGUO	32
LAS ÉLITES QUE VIERON LA LLEGADA DE ROMA. Por Alfredo Jimeno.	
MUNDO ANTIGUO	36
LA MUERTE ENTRE LOS VACCEOS. Por Eduardo Sandino.	
MUNDO ANTIGUO	42
UNA MIRADA DIFERENTE SOBRE LA SOCIEDAD CASTREÑA. Por Inés Sastre Prats.	
LA HUELLA DE LAS LEGIONES VIRIATO: LA PESADILLA LUSITANA. Por F. J. García Valadés.	48
BIOGRAFÍAS	54
BALBO, UN GADITANO EN LA GUERRA CONTRA SERTORIO. Por Enrique Santamaría.	
BIOGRAFÍAS	58
BUREBISTA, EL AZOTE DE LOS CÁRPATOS. Por Marcos Uyá.	
ARQUEOLOGÍA	64
LA VALORIZACIÓN DE LAS VÍAS. Por Isaac Moreno Gallo.	
ARQUEOLOGÍA	72
OTRO ASALTO AL MONTE COTÍO. Por Francisco J. Girao.	
EL RINCÓN DE ESCULAPIO	76
CUIDADOS EXPERTOS PARA LOS LEGIONARIOS. Por S. Pacheco.	
BREVIARIUM	80
ETIMOLOGÍAS SORPRENDENTES DEL CÁLAMO AL CARAMELO. Por Javier del Hoyo.	81
LUDOTECA	82
FIELD OF GLORY. Por A. Carneiro	
HANNIBAL. Noé Molina.	
LA CINEMATECA DE CLÍO	84
CONSTANTINO: GOLPE AL PAGANISMO. Por David P. Sandoval.	

LAS CRÓNICAS DICEN...

SAMNITAS

Los vecinos indómitos



Los samnitas nunca fueron un pueblo unido. Las diversas tribus solo se agrupaban para hacer frente a un enemigo común. De todos los rivales con quienes la República se enfrentó para hacerse con el control de la Península Itálica, los habitantes de los Apeninos fueron los más difíciles de doblegar. Su belicosidad les granjeó el odio cerval de los romanos que, sin embargo, no pudieron dejar de admirar su valor.

Por **David Sierra.**

Roma necesitó tres guerras, entre 343 y 290 a. C., para someter a los samnitas. Apegados con tenacidad a un amplio territorio, numerosos y muy unidos, ofrecieron una formidable resistencia al invasor, que en esta ocasión, al contrario que con los etruscos y latinos, no contaba con grandes ciudades-estado sobre las que concentrar sus ataques. En ausencia de núcleos de relevancia que conquistar para acelerar la victoria, los romanos tuvieron que ir tomando poco a poco pequeños asentamientos.

Finalmente la ciudad del Tíber venció y, tras la III Guerra Samnita (298-290 a. C.), se convirtió en la potencia hegemónica en la Península Itálica. Aun así, siempre que se presentaba una oportunidad – como la Guerra Pírrica o la II Guerra Púnica –, los samnitas se rebelaban. Incluso en una época tan tardía como fue durante la Guerra de los Aliados (91-87 a.C.) estos pueblos se levanta-

ron nuevamente contra Roma, siendo su ejército aniquilado por Sila y su nombre olvidado por la Historia. En definitiva, los samnitas fueron uno de los enemigos más complicados a los que se enfrentaron los romanos a lo largo de los siglos, comparables por su capacidad de resistencia a los celtíberos, partos y germanos.

Con el término de “samnitas” se designaba en latín a las distintas tribus de lengua osca que habitaban en la región de los Apeninos centrales y meridionales. Las cuatro tribus más conocidas eran: los pentros, el grupo mayor, en el Samnio central y oriental; los hirpinos, en el Samnio meridional; los caudinos en el oeste; y los carecinos, la tribu más pequeña, en la zona noreste. Los centros urbanos más importantes de este pueblo eran los de *Bovianum*, *Maleventum*, *Caudium* y *Chuviae*.

Desde un punto de vista cultural, los samnitas pertenecían a una comunidad mucho más amplia formada por el conjunto de pueblos de lengua osca que habitaban el sur de la Península Itálica.

Las regiones de Brutio, Lucania, norte de Apulia, Samnio y Campania estaban habitadas por pueblos que compartían una misma lengua, tenían unas creencias religiosas comunes, una organización social parecida y unas instituciones políticas similares.

Guerreros incansables

«[Los samnitas] habían perdido a su general más brillante; veían cómo sus aliados bélicos los etruscos, los umbros y los galos estaban en la misma situación que ellos; no podían ya sostenerse en pie ni con su propias fuerzas ni con las extranjeras y, sin embargo, no renunciaban a la guerra: hasta ese extremo eran incansables en la defensa de su libertad, que aun fracasando, preferían ser vencidos a no tentar la victoria».

T. Livio, *Historia*, X, 31.

Cuando estos se convertían en hombres al alcanzar la madurez eran enviados más allá de sus fronteras. Estos jóvenes marchaban fuera de su territorio natal en busca de tierras donde establecerse y formar una nueva tribu. Este grupo de hombres era conducido por un líder y guiado, según la tradición, por un animal sagrado. Los jóvenes debían construir un asentamiento en el lugar donde el animal se detuviera a descansar. El nombre de la

tribu samnita de los hirpinos deriva de *hirpus* (lobo), ya que según la leyenda este fue el animal que les guió en su marcha desde las colinas sabinas hasta el Samnio en busca de un lugar donde asentarse.

Los samnitas no concebían su organización territorial sobre la base de la ciudad-estado, como ocurría con la propia Roma o con los centros urbanos de la Magna Grecia. No existía una estructura municipal. No se desarrollaron ciudades como centros que englobasen el propio núcleo urbano junto al territorio que lo circundaba. Este pueblo se encontraba en el estadio de desarrollo preurbano, en donde la comunidad tribal constituía el elemento básico de la organización política.

La unidad fundamental del sistema político samnita era el *pagus*, un núcleo local o cantón formado por la agrupación de una o más aldeas en territorio llano y de ciudadelas fortificadas en terreno montañoso dotadas de autonomía política y económicamente autosuficientes. Cada *pagus* era gobernado por un magistrado electo denominado *meddiss*, que sería el equivalente latino al cargo de pretor. La unión de varios *pagi* formaba una entidad superior llamada *touto* (latín *populus*), que en castellano podríamos traducir como tribu.

El sistema de gobierno de cada *touto* era de tipo republicano y no mo-

La evolución del pagano

La palabra "pagano", con la que se denomina a los que no profesan la religión cristiana, proviene de *pagus*, que, según el gramático Festo, deriva de 'fuente de agua'. Los habitantes de un *pagus* serían el conjunto de individuos que compartían una misma fuente. En la antigua Roma un pagano era el habitante de una aldea. Con el tiempo, este término pasaría a designar a los civiles en contraposición con los militares. Al aparecer para el cristianismo, cuyos practicantes se consideraban a sí mismos soldados de Cristo, los no creyentes pasaron a ser llamados paganos.

nárquico como se podría pensar en un principio. Probablemente, como los romanos y otros pueblos de la Península Itálica, los samnitas en un pasado remoto habrían sido gobernados por reyes, pero en la época de las guerras con Roma no existía en lengua osca una palabra para "rey". Al frente de cada *touto* se encontraba el *meddiss tovtiks* (término que deriva de *touto*), que era un magistrado elegido anualmente. Sus funciones eran políticas, judiciales, religiosas y militares. Su equivalente en el mundo romano sería

la figura del cónsul, pero a diferencia de este, no parece que fuera un cargo colegiado.

Las fuentes también atestiguan la existencia de otros magistrados de rango inferior (*meddices decentarii*, *meddices atici*, etc.) cuyas atribuciones nos son prácticamente desconocidas. Parece que los samnitas tenían algún tipo de consejo o asamblea tribal pero su composición y funciones son una incógnita.

En caso de guerra, los pentros, hirpinos, caudinos y carecinos se unían para enfrentarse a un enemigo común y formaban una alianza militar conocida como Liga Samnita (*civitas Samnitium*). Se trataba de algo parecido a una confederación, donde las cuatro tribus eran entidades políticas independientes. En este contexto bélico, los representantes de las comunidades samnitas se reunían en una asamblea o consejo donde coordinaban una estrategia política y militar común. También se designaba al general en jefe del ejército (*imperator*), cuyos poderes y funciones serían similares a las del dictador latino.

A pesar de que la Liga Samnita carecía de una organización centralizada, la importancia que ésta asumía en tiempos de guerra indica que no era simplemente una suma de las partes sino que dentro de su ordenamiento contenía las bases de una estructura de

La mayor humillación de las legiones

En el año 321 a. C. un ejército romano parte de *Calacia* (al sur de Capua) en dirección a *Luceria* (Apulia), que según creían, estaba siendo asediada por los samnitas. No se conoce exactamente el tamaño del ejército. Apiano habla de 50.000 hombres. Probablemente no fueran tantos, aunque sí sería una fuerza considerable, dado que la dirigían dos cónsules: Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio Albino.

La ruta más rápida a *Luceria* pasaba por las Horcas Caudinas, una

zona montañosa donde para atravesarla era necesario cruzar dos desfiladeros. Fue en este lugar donde los samnitas, dirigidos por Cayo Poncio, tendieron su trampa a los romanos. Los samnitas cortaron con árboles y rocas la entrada y la salida del camino, dejando a sus enemigos encerrados y sin posibilidad de escapar. Los romanos intentaron varias veces romper el cerco pero fracasaron.

Ante esta situación tan desesperada y después de negociar con el líder samnita, los romanos fueron

obligados a despojarse de sus armas y a pasar todos ellos bajo el yugo con una sola prenda de vestir. Además los cónsules firmaron un tratado con Cayo Poncio por el que se retiraban del territorio samnita y abandonaban las colonias de Frege-las y Cales.

Esta derrota se recordó como una de las mayores humillaciones que Roma sufriría a lo largo de su Historia aunque, como en muchas otras ocasiones, se recuperaría de este revés con relativa rapidez.

tipo federal. El sentido de solidaridad nacional que parece subyacer entre las cuatro tribus que constituían la Liga Samnita distinguía a los samnitas de sus vecinos.

Pero, ¿cómo entraron en relación los samnitas y los romanos? Según las fuentes, el primer contacto importante entre los samnitas y Roma tuvo lugar en el año 354 a. C. cuando ambos estados sellaron un tratado de alianza. Este acuerdo fue firmado, en primer lugar, para hacer frente a las amenazas comunes que las incursiones de los galos y las actividades de los italiotas suponían para ambos pueblos. En segundo lugar, el tratado sirvió para establecer las esferas de influencia de samnitas y romanos en torno al territorio que circundaba el curso medio del río Liris, repartiéndose así ambas orillas. Esta era una zona de gran riqueza agrícola y minera, que también servía como punto clave de comunicaciones entre el centro y el sur de la Península Itálica.

El acuerdo entre romanos y samnitas se tambaleó con la entrada en escena de Capua, la ciudad más próspera de Campania. Según el relato tradicional, todo comenzó con el enfrentamiento entre los samnitas y los sidi-cinos. Estos últimos pidieron ayuda a sus vecinos capuanos que decidieron entrar en la guerra. Como respuesta, el ejército samnita marcha contra Capua y derrota a las fuerzas que le salen al paso en las cercanías de la ciudad. Los capuanos, ante esta situación de crisis, piden ayuda a Roma, que tras ciertas vacilaciones decide intervenir en el conflicto.

La injerencia romana en la guerra estaría motivada por su interés en Campania, la más fértil y productiva región de Italia. Con el control de este territorio Roma estaría en situación de aumentar sus recursos económicos y militares. Así empezaba la primera de las tres guerras que enfrentarían a romanos y samnitas por la hegemonía en el centro de Italia.

En las batallas que tuvieron lugar durante esta serie de conflictos, los samnitas demostrarían su capacidad militar llegando a causar humillantes derrotas a las invencibles legiones. La

más grave de todas ellas fue la ocurrida en las Horcas Caudinas (321 a. C.), donde un doble ejército consular (unos 50.000 hombres, según Apiano) fue emboscado y copado por los samnitas.

El ejército capaz de infligir tanta derrota a la poderosa Roma era heredero de una tradición ancestral. Probablemente, en los primeros tiempos, las fuerzas samnitas, al igual que los pueblos celtas, habría estado formado por bandas de guerreros dirigidos por su propio líder al que estaban unidos por un juramento de fidelidad. Los combatientes se dedicarían principalmente al saqueo y pillaje de las comunidades vecinas.

En la época de las guerras con Roma, el ejército samnita se ordenaba por tribus y presentaría una estructura muy similar a la que poseían las legiones. Según nos indican las fuentes, las fuerzas samnitas se organizaban en legiones, que a su vez se dividían en cohortes de 400 hombres. El mando supremo del ejército lo ejercía un general en jefe con gran experiencia militar. Las fuentes también mencionan la existencia de oficiales que serían equivalentes a los tribunos militares y centuriones romanos. Los contingentes samnitas contaban tanto con infantería como con caballería.

De la caballería samnita tenemos menos información en comparación con la infantería. No nos ha llegado una descripción detallada sobre sus características, aunque sabemos que en aquellos tiempos gozaba de buena fama, a pesar de que el Samnio era un terreno montañoso, que no favorecía el desarrollo de la caballería. El armamento era similar al de la infantería: vestían túnicas de distintos colores que se ceñían con anchos cinturones de bronce; portaban un casco de bronce de tipo ático coronado con plumas y un penacho.

Los jinetes más pudientes, al igual que ocurría con sus compañeros de a pie, protegían su pecho con pectorales de bronce de tres discos o cuadrados con forma anatómica. Incluso alguno de ellos llevaría una coraza de lino (*linotorax*). La mayoría de los com-

El sacrificio de Decio

La batalla de Sentino (295 a. C.), en la Tercera Guerra Samnita (298-290 a. C.), fue clave en el devenir histórico de la Península Itálica. Los romanos y sus aliados se enfrentaron a una coalición compuesta por samnitas y galos. Las legiones se distribuyeron en dos alas; la derecha, mandada por el cónsul Fabio Máximo Ruliano, combatiría contra los samnitas, mientras que el ala izquierda, dirigida por el cónsul Publio Decio Mus, haría lo propio contra los galos.

Una vez empezada la batalla, esta se desarrolla de diferente manera en cada ala. Mientras la derecha romana se mantenía a la defensiva, la izquierda se lanzó al ataque. En esta situación, el cónsul Publio Decio carga al mando de la caballería, pero es rechazado por los carros de guerra celtas. En su retirada la caballería romana desorganiza a su infantería que comienza la huida. Ante esta situación Publio Decio, imitando a su padre en la batalla del Vesubio (340 a. C.), realiza una *devotio*, un ritual romano en el que para conseguir la victoria un cónsul se sacrificaba a sí mismo lanzándose en solitario contra el enemigo. Este acto junto con la llegada de refuerzos del ala derecha consiguió restablecer las líneas romanas.

En tanto, Fabio Máximo rompía la formación samnita, envolvía a los galos y los aplastaba. Los romanos perdieron a 8.700 hombres, mientras las bajas de los samnitas y galos fueron de 25.000 muertos, más 8.000 prisioneros. Esta victoria y la de Aquilonia (293 a. C.) pondrían fin a la guerra y darían a Roma la hegemonía en Península Itálica.

La panoplia de los hombres de las montañas

Diversas fuentes literarias hablan de la equipación de los soldados del Samnio. También existen representaciones gráficas procedentes de las regiones de Campania y Apulia que, sin estar bajo el dominio de este pueblo, compartían la cultura osca. En general, los expertos coinciden en afirmar que el armamento de los guerreros samnitas sería muy similar al que aparece en estas representaciones.

Según nos cuenta Tito Livio, este pueblo luchaba con escudos trapezoidales que eran más amplios en su parte superior –para proteger los hombros y el pecho– y más estrechos en su parte inferior –para dejar más movilidad al combatiente–. Su forma recordaría a la de un triángulo invertido. Los samnitas también usaban otro tipo de escudos: las pinturas de tumbas y vasos cerámicos nos muestran a guerreros armados con escudos circulares embrazados. Los modelos representados nos recuerdan principalmente al aspis griego y al escudo lucano, este último hecho aparentemente de mimbre y con una forma que recuerda al típico sombrero de un campesino chino.

En algunas figuras también aparecen combatientes armados con escudos alargados y ovalados que nos recuerdan al escudo romano. Una cosa curiosa que nos encontramos en algunas pinturas es que algunos guerreros utilizan, para protegerse, una especie de manto que sujetan con su mano izquierda.

Por encima de su túnica, que solía ser muy corta, blanca o de vivos colores, el guerrero samnita podría utilizar un pectoral de bronce, que se ajustaba al cuerpo del combatiente mediante enganches metálicos, que a su vez servían para proteger los hombros de su portador. Por los restos arqueológicos y pinturas figurativas sabemos que este tipo de protección podía ser de varios tipos. La más característica era la coraza de tres discos, que tendría su origen

en los pectorales de un solo disco.

También se usaban petos y espaldares con forma anatómica de influencia griega, incluso en algunas pinturas vemos corazas anatómicas completas. Otras representaciones nos muestran a los samnitas sin ningún tipo de protección corporal y manejando como única arma defensiva un escudo. Probablemente este sería el caso de la mayoría de los combatientes que no tendrían recursos suficientes para armarse con algún modelo de coraza, protección corporal reservada para la aristocracia.

La cabeza se resguardaba con un yelmo de bronce, que sería una versión simplificada del casco ático de los griegos. Algunas versiones de yelmos presentan soportes para la sujeción de plumas y penachos, que harían parecer más impresionante y alto a su portador.

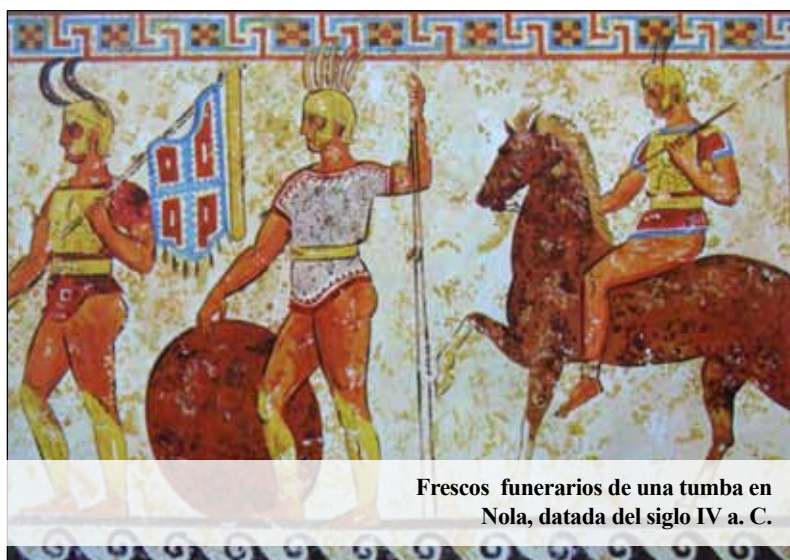
Las piernas se protegían con grebas. Podían llevarlas solo en la pierna izquierda –la más adelantada en combate– o en ambas. Por último, como medio de defensa, pero sobre todo como símbolo de virilidad los samnitas se ceñían al cuerpo un ancho cinturón de bronce.

Como armas ofensivas el guerrero samnita utilizaba principal-

mente la jabalina. Solían portar varias (entre dos y tres), que iban equipadas con un lazo de cuero en su centro de gravedad, para actuar como propulsor que aumentaba el alcance y la precisión del arma. Estas jabalinas terminaban en puntas de hierro y carecían de regatón.

En las pinturas llama la atención un tipo de lanza corta con punta de hierro y terminada en un pesado tope metálico que aseguraba que el arma estuviera bien equilibrada. El combatiente agarraba esta lanza por su extremo y la colocaba a la altura de su cintura, manejándola como un arma punzante. En su mano izquierda junto con su escudo llevaba varias jabalinas.

En cuanto al uso de espadas por parte de los samnitas, la arqueología confirma lo dicho por los autores clásicos. Los ajuares funerarios oscos contienen este tipo de armas, aunque en las representaciones gráficas aparezcan muy pocas. Las que se nos muestran son de un solo filo, de hoja ancha y curvadas hacia dentro. Éstas son del tipo que se conoce como kopis, de claro origen griego. También en alguna pintura podemos ver a guerreros representados con espadas cortas.



Frescos funerarios de una tumba en Nola, datada del siglo IV a. C.

batientes de caballería representados no lleva escudos ni grebas pero sí tobilleras.

Como equipo ofensivo suelen llevar dos jabalinas en la mano izquierda y en algunos casos se aprecia al jinete armado con un tipo de lanza corta propia de la infantería, la cual se agarraba por el extremo. De todas las pinturas que hemos examinado solo en una aparece un caballero equipado con espada. En la mayoría de las figuras se representa al guerrero montado volviendo victorioso del combate. Llama la atención lo que el jinete trae como trofeo: con la punta de su jabalina sujeta la túnica y el cinturón del enemigo derrotado. Parece que esta práctica era algo común en el sur de Italia y tendría un origen griego. En cerámicas de principios del siglo V a. C. podemos apreciar a jinetes griegos que portan en sus lanzas las túnicas de los prisioneros capturados mientras estos caminan desnudos delante de ellos.

La información sobre las tácticas samnitas es escasa. Se deduce que preferían las emboscadas al choque

directo de la batalla campal pero, si esta se daba, eran capaces de hacer frente a un ejército tan poderoso como el romano. En este tipo de enfrentamientos parece que su éxito, al igual que el de los galos, se basaba en un ataque inicial vigoroso capaz de desorganizar a un enemigo mal preparado. Pero si esto no daba resultado, cada momento que pasaba disminuía la moral y aumentaban las posibilidades de derrota de los samnitas. Cabe pensar que los samnitas no tenían un sistema de relevos comparable al de las legiones romanas. Aun así, en determinadas situaciones eran capaces de resistir durante largo tiempo.

La caballería samnita, en las batallas campales se colocaba en los flancos de su infantería desde donde intentaba derrotar a los jinetes contrarios. Además de esta función también realizaba tareas de exploración, incursiones de pillaje, ataques a los campamentos enemigos y participaba en escaramuzas.

Pese a que la caballería adolecía a veces de falta de disciplina, en conjunto los samnitas tenían fama

de buenos guerreros. Tito Livio nos dice que eran un pueblo belicoso y valiente, incluso en la adversidad. La mayoría de las batallas campales que los romanos sostuvieron contra los samnitas fueron largas y costosas. Tras doblegar a un enemigo tan tenaz Roma emergió como la fuerza hegemónica de la Península Itálica. ■

PARA SABER MÁS:

- CONNOLLY, P. (1981): *Aníbal y los enemigos de Roma*. Ed. Espasa Calpe.
- HEAD, D. (1982): *Armies of the Macedonian and Punic Wars*. Wargames Research Group.
- MONTERO, S. Y MARTÍNEZ PINNA (1990): *La conquista de Italia y la igualdad de órdenes*. Akal.
- SALMON, E. T. (1967): *Samnium and the Samnites*. Cambridge University Press.

PASIÓN POR ROMA

- ¿A qué sabe el pollo numídico?
- ¿Cómo se maneja un gladio?
- ¿Qué dicen las inscripciones?
- ¿Cómo se pone una toga?



Si quieres saber la respuesta a estas preguntas y charlar con personas interesadas en la historia y las costumbres romanas:

ASOCIACIÓN CULTURAL



HISPANIA ROMANA

www.hispaniaromana.es

BIOGRAFÍAS



La patria de Alejandro era el árbitro en las luchas que sostenían regularmente las polis griegas. En la foto, sarcófago helenístico con escenas de batalla.

El ocaso de la gran Macedonia

FILIPO V

Un siglo después de que Alejandro Magno cambiase para siempre la concepción del mundo, Macedonia seguía tutelando el destino de Grecia. La situación, sin embargo, estaba cambiando y Roma, potencia en auge, no iba a permitir que las veleidades expansionistas de terceros perjudicasen sus intereses en el Mediterráneo oriental. Las ambiciones de la Ciudad del Tíber y el rey Filipo V colisionaron en sendas guerras que marcaron el surgimiento de un nuevo orden en la zona.

Por **David P. Sandoval**.

A finales del siglo III a. C. la República Romana fijó sus ojos de manera definitiva en el mundo helenístico. El pretexto fue la piratería ilírica, aunque el uso del término piratería en este contexto no se diferenciaba claramente de la rivalidad comercial. Los mercaderes de las ciudades itálicas pidieron a Roma, aliada suya, que ejerciese de árbitro en las disputas. De esa manera, en el año 229 a. C., estallaba la guerra contra la reina Teuta. Polibio nos regala una descripción sumamente negativa, influenciada por su percepción de la mujer y, posiblemente, por el relato que dejó escrito el historiador Fabio Pictor, contemporáneo de los hechos. Por su parte, Apiano minimizará tanto la figura de Teuta que la describirá simplemente como “la viuda de Agron”.

En Polibio encontramos la narración de la Primera Guerra Ilírica que, en apenas un año de lucha, despojará a la reina de sus dominios en favor de Demetrio de Faros, aliado de Roma. La contienda concluyó con el intercambio de embajadas con Corinto y Atenas, y la primera participación de la Ciudad de las Siete Colinas en los Juegos Ístmicos. La verdadera razón de este primer conflicto con un reino helenístico en la órbita macedónica será más prosaica. Roma, una potencia naval recién salida de la Primera Guerra Púnica y poseedora de una flota poderosa, descubrirá pronto que Cartago no es el único enemigo que puede combatirla en el mar.

Iliria, pese a ser un pequeño reino situado en los márgenes del mundo helenístico, era una potencia naval capaz de movilizar 90 naves para realizar incursiones en la costa griega del

Egeo. Además, no sólo controlaba las rutas comerciales a través del estrecho de Otranto sino que poseía Corcira y Apolonia, ciudades importantes para Roma.

La primera aproximación, dentro del imperialismo defensivo tan característico de Roma, tendría efectos no deseados. Demetrio de Faros, el hombre que fuera alzado al trono ilírico, se reveló como un gobernante díscolo preocupado por construir una gran flota. Aprovechando el inicio de la Segunda Guerra Púnica, el rey inició hostilidades contra sus antiguos valedores.

La contienda se saldó con la victoria de Roma y la huida de Demetrio a Macedonia, reino con el que Iliria había mantenido importantes relaciones durante los últimos 50 años y que tenía una gran influencia en la zona desde los tiempos de Filipo II. Allí, de hecho, Demetrio se convertirá en uno de los consejeros del rey Filipo V quien, seguramente, comenzaría a conocer por sus palabras los rasgos distintivos de aquellos hombres que venían del otro lado del Adriático.

El precio de apoyar a Aníbal

Cuando el depuesto Demetrio de Faros llega a la corte macedónica, Filipo V cobra conciencia de que hay una nueva potencia a tener en cuenta en el oeste. En el contexto de la Segunda Guerra Púnica, Filipo realiza el movimiento que definirá en gran medida sus relaciones con Roma. Concierta un tratado con Aníbal, quien, tras la victoria en Cannas, parece situarse en una posición de lograr frenar el expansionismo romano y lograr su derrota, que no aniquilación. Dicho tratado, del que Polibio referencia algunos puntos, muestra una intención no de exterminar a Roma, sino de consolidar las áreas de influencia de ambos reinos, y de neutralizar al competidor común.

Macedonia apenas tiene una flota que enviar y sus pocas tentativas acaban en huida. Filipo entonces se centra en mantener la guerra en tierras continentales, en donde logrará numerosas ventajas. Ocupa Lissus, puerto de importancia, aunque fracasa

Tras los pasos de Alejandro

Filipo V era hijo de Demetrio II y descendiente de la dinastía Antigónida, fundada por Antígono "Monofthalmos". Nacido en el año 238 a. C. y muerto en el 179 a. C., su vida coincide en el tiempo con las dos primeras guerras púnicas, que le obligaron a desempeñar un papel difícil y, en ocasiones, equívoco para salvaguardar un antaño poderoso reino. Sin embargo, el soberano macedonio, no era el loco exaltado que Polibio trata de pintar. Sus acciones antes de la Primera Guerra Macedónica y posteriormente, mientras reconstruye su poder hacia oriente, son coherentes con un programa político heredado desde tiempos de los Diádocos. Los trabajos iniciales de F. W. Walbank ya tratan de ponderar de manera más objetiva sus acciones, aunque es el profesor F. Javier Gómez Espelosín quien mejor ha tratado los datos sobre Filipo V y la esfera política y cultural en la que se movió.

A la luz de estos trabajos, Filipo V aparece como un digno sucesor de las ideas políticas de un imperio universal, al estilo de Alejandro. Así, antes de su choque con Roma, su principal preocupación es renovar el poder macedónico sobre las ciudades-estado griegas que, como en el resto del ámbito helenístico tendían a unirse en ligas. Sus métodos para imponerse no

serán muy distintos de los usados por los demás gobernantes, ejerciendo en algunos casos el poder de manera brutal y en otras, clemente. Nada extraño en un estadista, a pesar de la propaganda romana contraria a él.

Durante la Guerra Social (220-217 a. C.) –en la que Macedonia y la Liga de Corinto se enfrentan a la Liga Etolia, Esparta y Elis–, Filipo V demostrará su pericia como comandante en acciones como la toma de Esparta, tras una marcha de seis días desde Leukas. La victoria final consagra al macedonio como el nuevo Alejandro que impone su orden sobre la mayor parte de Grecia y mantiene guarniciones en numerosas ciudades. Sin embargo, los miembros de la Liga Etolia, incapaces de aceptar la situación, vuelven sus ojos hacia la nueva potencia que cobra fuerza en la Península Itálica.



Moneda con la efígie de Filipo V.

sa en el ataque a Apolonia.

Roma, incapaz de luchar en varios frentes, concertó un tratado con la Liga Etolia para que esta retomara la lucha contra Filipo V a cambio de una serie de vagas promesas. Así, logrará con la diplomacia lo que no podrá ejercer militarmente: mantener al macedonio en una guerra constante contra los mismos enemigos de

siempre. Antes de terminar la Guerra Anibálica, sin embargo, los etolios, hastiados de no contar con el apoyo itálico se retirarán del conflicto. El ataque que sufrió el santuario de Apolo en Termo, donde la Liga depositaba sus fondos (en la tradición de las Anfictionías), es definitivo a la hora de decidirles a firmar el cese de la lucha contra Macedonia, la Paz de Fénice

(205). Mediante este tratado, Filipo V se garantizaba los terrenos ganados cerca de Iliria, algunas poblaciones antes aliadas de Roma, como contraprestación por renunciar a la alianza con Aníbal, en parte ya innecesaria. Con el tratado de Fénice el primer choque entre Macedonia y Roma acabó en tablas, aunque se dejaba la puerta entreabierta para que Roma irrumpiese, en el futuro, en el mundo griego.

Reconstrucción hacia Oriente

Terminado el primer enfrentamiento con Roma, Filipo V se dedicó a reconstituir el poderío del Estado. De esta fase tenemos constancia de las grandes acuñaciones de moneda, mejoras en el ejército y algunas campañas para fortalecer la posición de Macedonia en su entorno, aunque con el acceso a Occidente vetado para evitar un enfrentamiento con Roma.

Promovió una alianza con el Egipto ptolemáico y firmó con Antíoco III un tratado de no agresión. De este modo, las esferas de influencia de cada potencia quedaban definidas y fuera de todo conflicto. Así, Filipo V pudo dedicarse a reforzar su alianza con Bitinia y a prepararse contra Pérgamo, aliada de Roma, y Rodas, un obstáculo en su expansión en el Egeo.

Filipo tratará de neutralizar a los rodios y de paso expandir su poder hacia Oriente a costa de Lisimaquea, Calcedonia y Cíos, tres ciudades aliadas de la Liga Etolia. La diplomacia romana será equívoca y permitirá finalmente a Filipo V hacerse con ellas, pues no le interesa entrar en guerra nada más salir de un agotador pulso contra Cartago. Sin embargo, un truculento suceso en Atenas, relacionado con los Misterios Eleusinos, desencadenará las hostilidades. Atenas declara la guerra a Macedonia. Esta no tiene otro remedio que responder, lo que activa las complicadas alianzas de la región y arrastra a Roma a intervenir.

No existía, sin embargo, en Italia un ambiente propicio para declarar la guerra a Filipo V, según Tito Livio. Incluso los prestamistas a quienes el Estado adeudaba grandes cantidades por el enfrentamiento contra Aníbal adujeron que su dinero estaba confis-



Tras el primer traspies con Roma, Filipo refuerza el Estado con medidas como la acuñación de moneda (derecha) para sufragar la expansión hacia el Egeo.



cado si se quería usar para la guerra en el Este. Estos obstáculos, sumados a una serie de escrúpulos religiosos, llevaron a los cónsules a vender tierras públicas para sufragar los gastos y vencer las reticencias. Aun así, los *Comitia* debieron votar dos veces para lograr una resolución favorable a la constitución de una coalición con Pérgamo, Rodas y Atenas.

Entre tanto, Filipo V se había entregado con bastante éxito al propósito de resucitar —a la estela nada casual de Filipo II— la potencia de Macedonia, consolidando el poderío del reino con unas reformas militares que le brindaron un ejército de mayor tamaño y calidad.

La guerra se desarrollará tanto en el plano militar como propagandístico. La destrucción de Cíos y las esclavización de sus habitantes, en 202 a. C., se convierte en el recordatorio de la crueldad de Filipo V, a pesar de que el cónsul Flaminio, autoproclamado “liberador de Grecia”, también arrasó las ciudades de Elatea, Haliarto o Coronea. En lo militar, Roma atacará las posesiones y zonas de influencia de Filipo V en el sur de Grecia, donde

los itálicos se presentan como liberadores. Así se llegará al choque definitivo: Cinoscéfalos.

Azarosa batalla final

La batalla decisiva de la Segunda Guerra Macedónica fue confusa y no exenta de azar, empezando por su propia génesis. El hecho de que el cónsul Flaminio tuviese noticia de que sus sustitutos del año 197 a. C. estarían ocupados en la Galia Cisalpina espoleó su ambición. En la más pura tradición de rivalidad y predación de la clase política romana, rompió las negociaciones que podrían haber conducido a una paz como la de Fénice. Forzó las fortificaciones que guardaban la entrada a Macedonia y fue al encuentro de las fuerzas enemigas, a las que encontró en movimiento para salir de un territorio poco propicio para el combate.

El azar condujo a que ambos ejércitos chocasen en sus maniobras y que se trabase la batalla campal que Filipo había tratado de evitar. La lucha llegó

a una situación de equilibrio difícil de resolver, por lo que ambos contendientes iniciaron la retirada. Sin embargo, el atrevimiento y la rivalidad entre varios manípulos romanos llevó a varias de estas unidades hasta la retaguardia macedónica, a la que infligieron una severa derrota. Las fuerzas de Filipo comenzaron a rendirse y a huir.

Cinocéfalos rubricó no solo la derrota total del rey macedonio sino la decadencia de la falange como unidad militar. Lejos ya los tiempos de Alejandro, la fragmentación de su imperio había hecho muy heterogéneo el armamento de las tropas, a lo que se añadía un uso más pobre de la caballería.

Las repercusiones de la batalla fueron inmediatas. En el tratado de 196 a. C. Roma fue implacable: confinó a Macedonia a unos límites muy estrictos, la condenó al pago de una indemnización elevada y la situó en un plano de inferioridad tal que no podía hacer la guerra sin autorización romana. Sin embargo, dicha paz no contentó a los aliados etolios, que viraron hacia el Este, en vista de que su amistad con Roma no era todo lo beneficiosa que esperaban.

Aliado de Roma

Con el fin de sus sueños expansionistas, a Filipo V ya solamente le quedaba aceptar la intrusión romana en la esfera helenística y las rivalidades de los sucesores de los Diádocos. De esa manera, la ciudad del Lacio se abrió camino hacia Oriente Próximo y se encontraba nuevos enemigos. Uno de ellos resultaría ser, también, enemigo de Filipo V. Antíoco de Siria aprovechó el malestar etolio y la creciente desconfianza hacia Roma para alzarse contra la Ciudad del Tíber. No logró

Filipo se deshizo de uno de sus hijos al creer que Roma lo utilizaría a su muerte como rey-títere

vencer, aunque sí sobrevivir y ver cómo Filipo V mandaba incluso algunas de sus escasas naves para apoyar a sus impuestos aliados.

Será la época final del reinado de Filipo V cuando el hombre de Estado resurge. Privado de la expansión y la guerra (se dice que dirigió algunas cargas de caballería como antaño lo hiciera Alejandro Magno) se dedicará a estabilizar y fortalecer internamente su reino, ajeno a la política intrigante de las numerosas ciudades y ligas griegas. Reflotará el comercio, mejorará la moneda e incluso pagará con celeridad las cargas de la derrota impuestas por Roma. Incluso logrará el perdón de una cuantiosa parte de las indemnizaciones por su amistad con el antiguo enemigo.

La restauración de Macedonia será tan efectiva que Filipo tendrá que mandar asesinar a uno de sus hijos, Demetrio, antes rehén romano, cuando descubre que en Italia planean que éste le suceda antes que su hijo mayor, Perseo. Pero tan amarga decisión acelerará el fin de Filipo, quien en el año 179 a. C. morirá dejando un reino fuerte y una dinastía abocada a la desaparición por el recelo de Roma.

Curiosamente, sería un Filipo, pero esta vez romano, Quinto Marcio, cónsul del año 169 a. C., el que parecía estar destinado a acabar con la obra política de Filipo V. Pero no fue así; los avatares de la política romana y su agresiva competitividad hicieron que el consulado del año 168 a. C. fuera para un anciano del que poco se podía esperar. Sin embargo, L. Emilio Paulo obtuvo en las llanuras de Pidna una de las victorias más vibrantes de las legiones (Ver **Stilus 6**). De esta forma, el joven Perseo pagaba antiguas cuentas pendientes contraídas por su padre, en sus desavenencias y acercamientos a los rudos latinos. Filipo V no tuvo suerte como enemigo de Roma, ni como amigo. Pocas la tuvieron. ■

PARA SABER MÁS:

- HARRIS, W. V. (1986): *War and imperialism in republican Rome 327-70 a.C.* Columbia University.
- GOLDSWORTHY, A. (2005): *Grandes generales del ejército romano.* Ariel 2005.
- GRAHAM, S. (2001): *El mundo griego después de Alejandro.* 323-30 a.C. Editorial Crítica.
- MATYSZAK, P. (2005): *Los enemigos de Roma.* Oberon.
- WALBANK F. W. (2006): *Hellenistic world.* Harvard University Press.

Las falanges sucumbieron al empuje de la legión, una unidad más flexible. En la foto, un *pezetairoi* macedonio.



Foto: Jónatan Prieto

ASENTAMIENTOSHISPANOS

La ciudad que desató la guerra

SAGUNTO



Los restos fortificados recuerdan que este estratégico enclave fue ambicionado por numerosos pueblos a lo largo de su historia.

Una línea sinuosa corona el cerro desde el que se domina Sagunto y su puerto. Es la muralla que protegía la acrópolis de esta ciudad que, hace más de 2.200 años, se convirtió en el *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica. Pese a su posición aparentemente inexpugnable, Aníbal tomó el enclave y desató una conflagración formidable que, a la postre, supuso el nacimiento de un nuevo orden para el Mediterráneo occidental.

Por **Gabriel Castelló.**

Los muros del castillo de Sagunto captan poderosamente la atención del visitante y le hablan de tiempos turbulentos en los que la ciudad, que en época prerromana se llamaba *Arse*, plantó cara a Aníbal, el mayor genio militar de su tiempo. No en vano, es la primera ciudad de Hispania mencionada en la Historia de Roma. Hoy poco queda ya de aquella grandeza, valor, coraje y entrega. Solo unas cuantas piedras mudas y erosionadas invadidas por la maleza y los desperdicios. Pero sabemos que no siempre fue así. Sagunto fue una de las ciudades más influyentes de la costa levantina durante la Antigüedad clásica.

La fecha de fundación de la *Arse* ibera es incierta. Sí que podemos asegurar que la ciudad estaba dentro de

La primera referencia

La ciudad aparece mencionada por primera vez en el siglo VI a. C. Una carta comercial hallada en *Emporion* (Ampurias) y datada en torno al 500 a. C. menciona a un comerciante de *Saigantha* llamado Baspedas. La ciudad comienza a exportar aceite y vino y a acuñar dracmas con la leyenda *arsesken* (arsetano) sobre el 300 a. C.

la órbita de *Edeta* (Tossal de Manises, Llíria) y que sus habitantes eran considerados como edetanos. El cerro donde hoy se encuentra el castillo

ha estado poblado desde la Edad del Bronce. Se supone que el topónimo *Arse* deriva de una forma verbal indoeuropea que significa fluir, puede que relacionado con el cercano río *Palancia*, por entonces con agua abundante. La leyenda les atribuye la fundación de la ciudad a colonos griegos procedentes de Zakynthos, nombre del que podría derivarse *Saguntum*.

El territorio que dominaba *Arse* era extenso; desde las tres colinas de *Enesa* (El Puig, Valencia) y los alfares del *Pallantia* hasta el mayor templo conocido de época ibera dedicado a Artemisa. Se encontraba a poca distancia de la ciudad, cerca de un montículo en el actual Estany (Almenara, Castellón) y nos sirve de muestra de la temprana influencia griega en la zona. La aparición de nuevas factorías, alfares y el próspero intercambio comercial que provocaron fueron confiriendo a la ciudad más y más importancia e influencia en la costa edetana, rebasando incluso a la dominante *Edeta*. El antiguo puerto, desligado de la acrópolis, se encontraba ubicado muy cerca del actual Grau Vell y estuvo en activo desde el siglo V a. C. hasta casi el VII d. C.

El gran desarrollo comercial y político de la ciudad provocó una de las características innatas en toda Iberia, la envidia de sus vecinos. Tal fue el grado de enemistad manifiesta entre las ciudades carpetanas y orentanas, incluso la vecina *Edeta*, con la próspera *Arse* que convencieron a un joven comandante cartaginés, el cachorro de Amílcar, para que interviniese en sus rencillas y, de paso, humillase a una ciudad que se declaraba abiertamente amiga de Roma. Los dioses le presentaron a Aníbal la ocasión que anhelaba.

La ciudad de Sagunto se encuentra en una planicie de la última estribación de la Sierra Calderona, a tres kilómetros del mar y cerca de la desembocadura del río Palancia, un estrecho paso obligatorio para todo movimiento militar o comercial a través de la costa levantina. Por lo tanto, su ubicación está muy al sur del Ebro, frontera marcada por las dos potencias de la época para



Fotos: G. Castelló

Representación aérea de la acrópolis, donde los saguntinos resistieron nueve meses el asedio de Aníbal.

Arse cambia de nombre

El asedio de *Arse* por parte de los cartagineses supuso el estallido del conflicto más largo y sanginario en el que se vio inmersa la antigua República romana. Siete años después del asalto púnico, un joven Publio Cornelio Escipión recuperó la ciudad para Roma, donando de su propia pecunia suficientes fondos para comenzar las obras de reconstrucción. Fue a partir de aquel momento cuando se comenzó a abandonar progresivamente el nombre ibero original, cambiando a una forma latinizada del topónimo griego: *Saguntum*. Se siguió acuñando moneda con grafía ibera en una cara y romana en la otra hasta casi el cambio de Era.



delimitar las áreas de influencia. Una acción hostil contra *Arse* representaba una clara provocación a Roma, pero el joven Aníbal ya había sopesado las consecuencias de su decisión. El juramento de odio eterno a Roma que hizo de niño ante su padre debió de prevalecer a cualquier consejo sensato de los sufetes de Cartago.

Corría la primavera del año 219 a. C. cuando un imponente ejército cartaginés apareció ante las higueras de *Arse*. Se supone que acampó entre los actuales términos de Puçol y Rafelbunyol. El consejo de la ciudad decidió cerrarle las puertas y solicitar ayuda urgente a Roma, ciudad con la que había suscrito un tratado de alianza años atrás previniendo la expansión de Cartago en Hispania.

Ambos bandos esgrimían sus motivos; Aníbal alegaba que *Arse* estaba muy al sur de *Iberus*, por lo tanto en su zona de influencia y al margen de los asuntos de Roma. El Senado saguntino le replicó que atacar a una aliada de Roma era equivalente a atacar a la propia ciudad del Tíber. Tras nueve largos y duros meses de asedio, en los que el propio Aníbal salió herido por una falárica, se tomó *Arse* por el lado de poniente, el más accesible de todo su perímetro.

El inmenso ejército mercenario del cartaginés se quedó sin botín. Reza la leyenda que hombres, mujeres, niños y ancianos se envenenaron con tejo, o por sus propias manos antes de caer en manos enemigas, quemando antes todo cuanto poseían de valor. Aníbal tomó una ciudad asolada por sus habitantes.

Desde las Guerras Púnicas hasta las Sertorianas hay poca información sobre la ciudad. Se reconstruyó el foro aplanando parte de la acrópolis, el templo de Diana, las cisternas, la basílica y el lienzo amurallado. *Saguntum* recuperó y mantuvo su influencia hasta que el cónsul Décimo Junio Bruto instaló a sus veteranos a una jornada al sur de la ciudad, en el vado natural del río *Turius*: la nueva ciudad se llamó *Valentia*. Esta nueva colonia desplazó paulatinamente el poder administrativo romano hacia el centro del triángulo ibero *Edeta-Arse-Saetabis*, compuesto por ciudades fieles pero indígenas. Lógicamente, la colonia comenzó a ser el punto clave en la Edetania al estar mayoritariamente poblada por ciudadanos romanos y latinos.

Con el recrudecimiento de la guerra civil en el 82 a. .C., Sagunto se convirtió en un codiciado emplazamiento para ambos bandos. En principio, la ciudad secundó el alzamiento de Quinto Sertorio, sirviendo de base y refugio para el insurrecto durante las operaciones en el levante hispano. Algún conflicto interno tuvo que suceder hacia el 75 a. C. para que la ciudad cambiase de bando dos veces en el mismo año. Fue base de Pompeyo el Grande antes de lanzar el asalto a *Valentia* y la posterior batalla campal de *Sucrone* (Albalat de la Ribera) entre el *imperator* y Sertorio.

Tras aquel duro enfrentamiento sin un vencedor claro, Sertorio se refu-



gió en Sagunto huyendo de las fuerzas conjuntas de Metelo y Pompeyo, donde se vio obligado a presentarles batalla de nuevo frente a sus muros. Al igual que en *Sucrone*, la batalla tuvo un desenlace incierto, sumando decenas de miles de bajas por ambos lados. El cuñado de Pompeyo, Menio, murió durante la batalla, y el propio Metelo escapó de la muerte sólo por la rápida intervención de sus hombres.

Con el asesinato en *Osca* de Sertorio en el 72 a. C. acabó la revuelta y la paz volvió a tierras edetanas. La región quedó devastada y no recuperó su producción agropecuaria hasta los tiempos del Principado.

La ciudad cambió varias veces de bando durante las Guerras Sertorianas, sirviendo de refugio al general rebelde. A sus muros se sostuvo una nueva batalla de incierto resultado.

Fue en tiempos de Augusto cuando la ciudad comenzó a embellecerse, obteniendo el título de *municipium* junto a *Ilerda*, *Osca* o *Calagurris* entre otras, quizá a consecuencia de la reconstrucción de la red viaria y el retorno del comercio por la restaurada Vía Augusta.



Un evergeta

El pavimento del foro saguntino fue subvencionado por Cneo Bebio Gemino. Esta información procede de un podio conmemorativo cuya inscripción así lo confirmaba. El podio, coronado por una estatua del *princeps* Augusto, presidía este ámbito, que hoy presenta el aspecto que se ve en la foto de la izquierda.

Durante el Alto Imperio Sagunto gozó de su máximo esplendor. La feraz campiña del actual Camp de Morvedre era fecunda en vides y oliveras, favoreciendo el comercio con los excedentes de producción vinícola y aceitera que se embarcaban en el cercano puerto del Grau Vell. Se han encontrado teseras saguntinas desde Dinamarca hasta Siria. Esa bonanza económica hizo que algunas familias saguntinas prosperasen. Los Cornelios, exportadores de vino, o los Bebios, ayudaron de su propia pecunia a dotar a su ciudad de mejores infraestructuras.

Un acueducto llevaba agua fresca desde las sierras a la ciudad. Sobre el 50 d. C. se erigió un fabuloso teatro en la falda de la acrópolis con capacidad para 10.000 espectadores, un circo con capacidad para 15.000 y un nuevo puente de piedra para salvar la corriente irregular del *Pallantia*... Multitud de obras públicas para una gran ciudad digna de ser capital de provincia.

Todo este esplendor comenzó a degradarse a raíz de los problemas internos que sacudieron el mundo antiguo en el siglo III. Al colapso político y económico de Occidente se sumó en el 260 la primera algarada de los francos en la Tarraconense.

Saguntum sufrió graves daños, aunque de menos entidad que las

vecinas y arrasadas *Lauro* y *Valentia*. Con todo, aquella situación de inestabilidad que perduró hasta la expulsión de los bárbaros por parte del emperador Aureliano, en el 275, tocó de muerte la frágil economía local. Los viñedos se abandonaron, los asentamientos y las villas, como la del potentado Cornelio Rufo en el vecino término de El Puig, fueron arrasadas; se interrumpieron las exportaciones y los grandes recintos lúdicos quedaron condenados a su suerte, siendo utilizados como cantera para recomponer murallas y defensas.

La ciudad entró en un lánguido declive durante el Bajo Imperio. El martirio del diácono Vicente en la vecina *Valentia* supuso la puntilla a la maltrecha influencia saguntina en la administración tardo-imperial. Desde que el cristianismo

dejó de ser perseguido durante el siglo IV y la Iglesia sustituyó la decrepita estructura imperial, la ciudad donde había sido martirizado el ayudante del obispo Valerio acabó siendo sede eclesiástica y lugar de peregrinación y, por tanto, la plaza más relevante en la zona durante la dominación visigoda hasta la llegada de la media luna a tierras levantinas. ■

Una visión literaria del antiguo Sagunto

Los autores valencianos no han dedicado mucha atención a novelar los hechos históricos que sucedieron durante la Antigüedad en esta región. Uno de los pocos ejemplos es Vicente Blasco Ibáñez, que en 1901 publicó "Sónica, la cortesana" en la que repasa la caída de Sagunto a manos de los púnicos. A lo largo de la obra aparecen pasajes que retratan los ambientes que debían de encontrarse en aquella animada ciudad portuaria. Sirva un breve fragmento para hacerse una idea:

Cuando la nave de Polyantho, piloto saguntino, llegó frente al puerto de su patria, ya los marineros y pescadores, de vista aguzada por las distancias del mar, habían reconocido la vela teñida de azafrán y la imagen de la Victoria, que con las alas extendidas y una corona en la diestra, llenaba todo el filo de la proa, hasta mojar sus pies en las ondas.

—Es la nave de Polyantho, la Victoriata, que vuelve de Gades y Cartago Nova.

Y para verla mejor se agolpaban en el muelle de piedra que cerraba los tres lagos del puerto de Sagunto, puestos en comunicación con el mar por un largo canal.

PARA SABER MÁS:

- ARANEGUI GASCÓ, C. (2004): *Sagunto, Oppidum, Emporio y Municipio Romano*. Editorial Bellaterra.
- MUÑOZ IBÁÑEZ, M. (2004): *Opulentissima Saguntum*. Fundación Bancaja.
- PELLÓN, J. (2001): *Iberos, la vida en Iberia durante el primer milenio antes de Cristo*. Editorial Espasa.
- PÉREZ VILATELA, L. (2003): *La Valencia antigua. Historia General del Reino de Valencia*. Tomo II. Real Academia de Cultura Valenciana.



Inscripción honorífica hallada en Sagunto y labrada para Publio Escipión.

LAS CRÓNICAS DICEN...

CARTAGO

Adaptarse y desaparecer

Las Guerras Púnicas no solo transformaron el equilibrio de poderes en el Mediterráneo, sino también a sus contendientes. Ambos bandos tuvieron que evolucionar en función de las circunstancias. Cartago experimentó profundos cambios en todos los ámbitos, pero sus esfuerzos no fueron suficientes para imponerse al rival.

Por **Juan Antonio Martín Ruiz.**

Las Guerras Púnicas definieron qué potencia iba a dominar el Mediterráneo central y occidental. Sin embargo, mucho antes de resolverse las guerras, este enfrentamiento ya había marcado de forma indeleble el carácter de ambos combatientes. Sería erróneo pensar que todas estas guerras contra Roma no llegaron a afectar a la sociedad púnica de diversas formas, puesto que se vieron alteradas unas relaciones exteriores establecidas desde varios siglos antes. Por otra parte, este pueblo también vio modificados algunos aspectos del desarrollo que generaron contradicciones internas, en especial al incrementar los roces entre las facciones dirigentes de su estado.

La historiografía tradicional ha venido otorgando a los cartagineses un papel marcadamente hostil e imperialista que hoy tiende a matizarse. Cada día parece más claro que la actitud más o menos ofensiva que mostraron los púnicos dependía, en gran medida, de la ascensión al poder de determinados grupos aristocráticos, si bien nunca llevaron a cabo una política tan decididamente expansionista como sus oponentes romanos. De he-

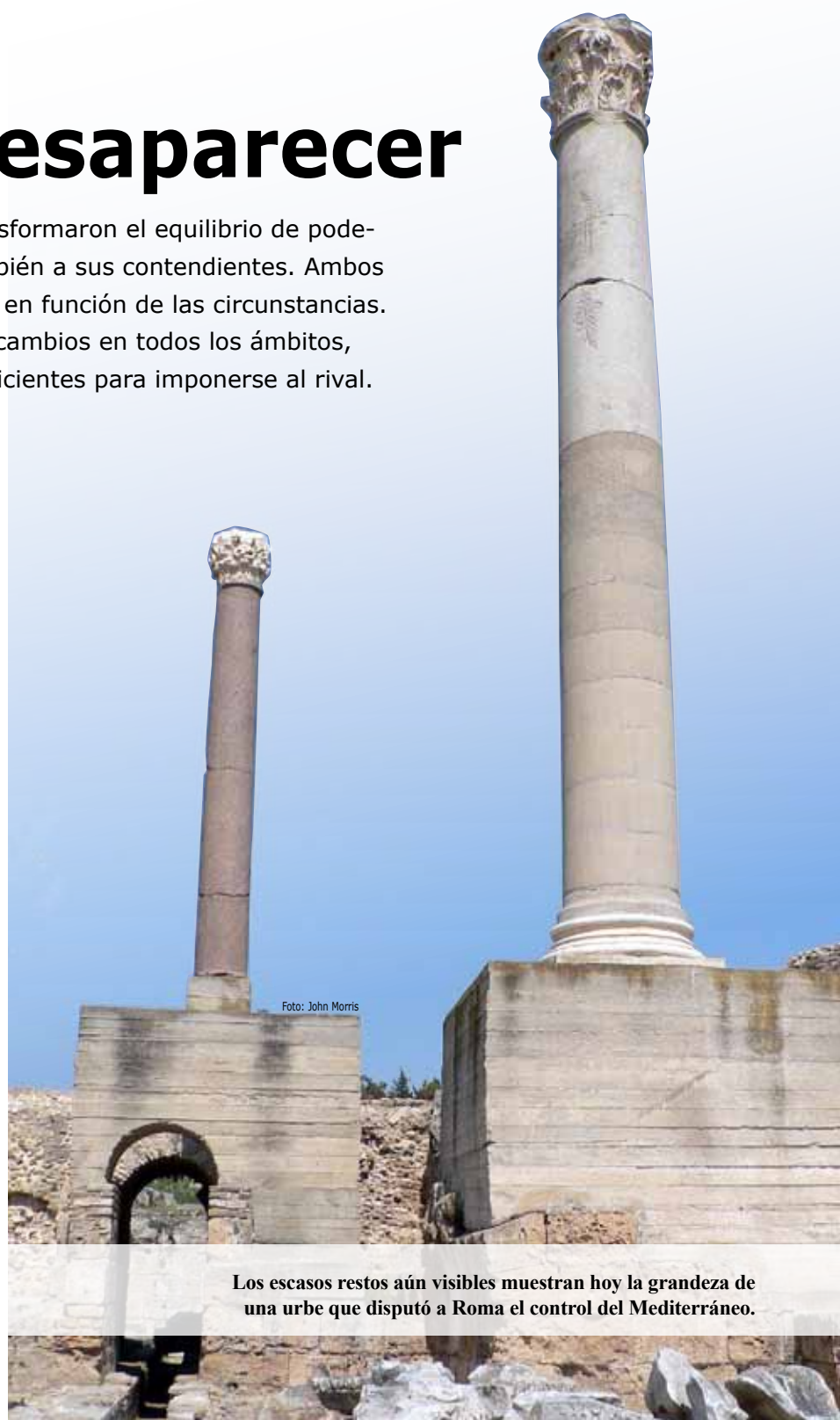


Foto: John Morris

Los escasos restos aún visibles muestran hoy la grandeza de una urbe que disputó a Roma el control del Mediterráneo.

cho, parece extenderse la idea de que la falta de una decidida posición belicista resultó a la larga perjudicial para los intereses cartagineses. O lo que es lo mismo, pese a lo que se postulaba hasta no hace mucho tiempo, Cartago nunca llegó a tener un imperio hasta que Asdrúbal llegó a Iberia.

Los graves perjuicios económicos que conllevó la derrota en la primera guerra púnica modificaron en buena medida la política exterior de la ciudad norteafricana, que a partir de ese momento, empieza a explotar decididamente los recursos mineros y agrícolas de la Península Ibérica.

Las diferentes estrategias han alentado una visión bipolar de la política púnica, en la que había dos grandes familias enfrentadas por el poder. De un lado, los Bárcidas parecían más dispuestos a defender la influencia cartaginesa en el Mediterráneo. En frente, los Hannónidas propugnaban una actitud más centrada en los intereses norteafricanos. A estas familias, se sumarían más tarde los Magónidas.

Tradicionalmente se ha visto que estas familias aristocráticas representaban intereses económicos contrapuestos, basados en el comercio o en la riqueza agrícola. Lo cierto es que estos intereses eran no pocas veces coincidentes y los enfrentamientos se debían sobre todo a las aspiraciones de cada grupo familiar por conseguir el poder. En íntima relación con estas circunstancias puede citarse la discusión acerca de si las monedas cartaginesas acuñadas en la Península, con ocasión de la segunda de estas guerras, representan efigies de Bárcidas, que llegaron a considerarse auténticos monarcas. Hoy se tiende a considerar que nunca tuvieron dicha pretensión, justamente por el recelo que tal hecho podía provocar en Cartago.

Un aspecto que aún está en fase de estudio es el papel que el pago a estos ejércitos, que integraba a numerosos mercenarios, tuvo en la monetización de Cartago. Esta hipótesis podría sustentarse en la aparición de varios millares de monedas en el puerto de Rusadir, la antigua

Perdida la ventaja naval, Cartago nunca pudo igualar el ritmo de construcción de barcos de su rival

Melilla, aun cuando dicha situación afectara sobre todo a las monedas de oro y plata. No debemos olvidar que fue justamente durante la II Guerra Púnica, cuando varias de las antiguas colonias fenicias instaladas en el sur de la Península Ibérica comenzaron a acuñar monedas fuertemente influenciadas por los patrones metrológicos cartagineses. Estas emisiones alcanzaron su máximo apogeo durante dicha contienda, con un volumen que no lograron alcanzar los romanos, si

bien tras su victoria una gran parte de esta masa monetaria pasó a manos del vencedor como indemnización.

Barcos y mercenarios

Desde un punto de vista militar, al comienzo de las Guerras Púnicas, Cartago contaba con una potente flota de guerra y una elevada experiencia marítima, aspectos de los que su rival carecía por completo. Pese a esta desventaja de partida desde el comienzo de las hostilidades, los cartagineses nunca lograron alcanzar el número de navíos que los romanos construían. Siempre tuvieron entre 20 y 40 navíos menos, lo que a la larga les llevaría a perder la supremacía naval, un elemento esencial si querían controlar territorios tan dispersos y no ver perjudicado su activo comercio. Una de estas naves ha llegado incluso hasta nosotros. Se trata de la de Marsala, que se hundió a mediados del siglo




¡búscanos en la red!

agenda
noticias
comentarios
actualidad
y mucho más...

<http://www.facebook.com/stilus.revista>



III a. C. Se cree que pudo irse a pique con ocasión del combate naval de las islas Egedas, que significó la derrota cartaginesa en la I Guerra Púnica.

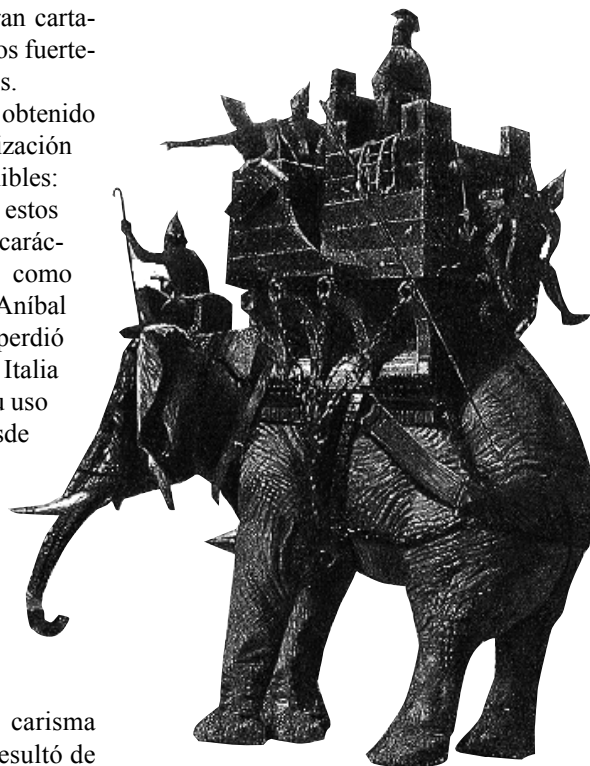
Respecto al ejército de la ciudad africana, sus fuerzas eran bastante reducido al comenzar las luchas. A medida que estas tenían lugar, fue preciso incrementar de forma notable los efectivos en un número que, por ahora, nos es desconocido. A veces resulta difícil aceptar las elevadas cifras que aportan las fuentes escritas romanas, que no dudan en exagerarlas para elevar la importancia de sus propias victorias.

Las batallas obligaron a Cartago a variar su concepción militar tradicional. Se abandonó el esquema de ejércitos no permanentes, compuesto de fuerzas no profesionales que se movilizaban cuando alguna situación concreta así lo requería. En sustitución, se hizo un uso intensivo de mercenarios, lo que a veces le confería un carácter excesivamente heterogéneo y de una fidelidad no siempre segura. Con todo, seguía habiendo un contin-

gente nada desdeñable de ciudadanos-soldado, sobre todo en lo relativo a la flota. Los cambios no afectaron a los oficiales, que siempre eran cartagineses o, a lo sumo, africanos fuertemente influenciados por estos.

Las fuerzas púnicas han obtenido una amplia fama por la utilización de armas consideradas terribles: los elefantes. En realidad, estos resultaban ser animales de carácter bastante impredecible como pudo comprobar el propio Aníbal en Zama, quien por cierto perdió casi todos los que llevaba a Italia tras su paso por los Alpes. Su uso resultó ser más efectivo desde el punto de vista psicológico que militar.

De cualquier forma, las expediciones de Aníbal son un caso excepcional tanto por la enorme profesionalidad que habían alcanzado sus soldados como por el gran carisma que tenía su jefe, algo que resultó de



Cartago: un **ocaso** en tres actos

Tres fueron las guerras que durante varios siglos sostuvieron los ejércitos romanos y cartagineses, siendo conocidas con el nombre de Guerras Púnicas, como las llamaron los vencedores. La primera de ellas duró de 264 a 241 a. C. Tuvo como escenario principal Sicilia, sin olvidar algún episodio como la fallida expedición de Régulo al continente africano el año 256 a. C., que terminó con su captura. Cartago asumió un papel meramente defensivo y, a pesar de que en un principio poseía una flota mucha más poderosa que la romana, hubo de reconocerse vencida tras la derrota naval de las islas Egedas. Se vio obligada a abandonar los territorios que poseía en la parte occidental de Sicilia, debiendo hacer frente, además, a una fuerte indemnización económica a los vencedores.

La segunda abarcó desde el 218 al 201 a. C. y estuvo dominada en su totalidad por la figura de Aníbal, hasta el punto de que no pocas veces es denominada la guerra de Aníbal, quien imprimió un carácter mucho más ofensivo a su ejército. A diferencia de la anterior, esta se desarrolló en distintos escenarios como Hispania, donde se inició el conflicto a raíz de la toma de Sagunto por Aníbal; Italia, con el famoso paso de los Alpes y escenario de las grandes victorias de Trasimeno en el 217 y Cannas al año siguiente; y Cartago, en donde la derrota de Zama obligó a los africanos a firmar una paz con durísimas condiciones.

Dado que durante esta guerra los cartagineses habían usado la Península Ibérica como retaguardia, los romanos desembarcaron en ella. Tras las victorias que lograron en *Baecula* e *Ilipa* consiguieron, a la

postre, la anexión de esta provincia para la República. Desde el 206 a. C. todo el sur de la Península estaba en su poder tras la firma de un *foedus* o pacto de amistad con *Gadir*.

La última y definitiva guerra comenzó el año 149 a. C., para finalizar tres años después. Cartago, que ya había perdido todos sus dominios fuera de África, realizó desesperados intentos por evitar la conflagración, entregando incluso su armamento. Las batallas se llevaron a cabo, en esta ocasión, íntegramente en suelo africano. A pesar de la tenaz resistencia ofrecida, la lucha acabó con la conquista y saqueo de Cartago durante seis días por parte de Escipión, a cuyo lado combatieron los reyes númidas. A partir de ese momento, el vasto territorio que señorease la urbe fundada por Dido pasó a ser gobernado directamente por los conquistadores.

suma utilidad como elemento aglutinador alrededor de su figura.

La creciente importancia que el ejército tuvo durante las Guerras Púnicas incrementó la tradicional desconfianza de algunos sectores políticos cartagineses hacia dicha institución. En especial, estos colectivos recelaban del comportamiento que pudieran desarrollar algunos de sus generales si concentraban en sus manos demasiado poder. A este respecto, resulta interesante recordar el enfrentamiento que sostuvo Aníbal con el Consejo de Ancianos tras conseguir el sufragio, para lo que no dudó en apoyarse en la Asamblea del pueblo.

El fin de un estado

Las contiendas continuadas no pudieron ser más perjudiciales para Cartago. Cada derrota suponía una nueva pérdida no solo desde el punto de vista territorial o económico, sino en la capacidad para hacer frente a otras amenazas como la de sus vecinos norteafricanos. Tras la I Guerra

Púnica hubo de vencer, además, una sublevación de mercenarios en su propio territorio que solo a duras penas pudo ser sofocada. Acto seguido se enfrentó a la rebelión de la isla de Cerdeña que terminó por perder ante la amenaza romana de intervenir militarmente. La delicada situación logró superarse en buena medida gracias a los beneficios que obtenía de la Península Ibérica.

La II Guerra Púnica volvió a suponer un grave quebranto para la economía de la metrópoli africana, al perder la hegemonía en el Mediterráneo. Aun así, Cartago estuvo en condiciones de rehacerse de nuevo hasta que la última de estas guerras acabó de forma tan trágica para ellos.

Aunque las fuentes literarias pretenden hacernos creer que la ciudad fue destruida en su totalidad y luego arrasada, las excavaciones emprendidas en los últimos años han puesto de manifiesto que no fue así. Hubo un verdadero ensañamiento con los vencidos, pero tras una nivelación del terre-

no que sepultó las edificaciones existentes, se erigió, de forma muy lenta durante el primer centenario, una nueva ciudad que terminaría por ser una de las más pujantes del Imperio. ■

PARA SABER MÁS:

- AA.VV. (2000): *La Segunda Guerra Púnica en Iberia*. Museo de Ibiza. Ibiza.
- AA.VV. (2005): *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico*. Museo de Ibiza. Ibiza.
- HUSS, W. (1993): *Los cartagineses*. Editorial Gredos. Madrid.
- LANCEL, S. (1994): *Cartago*. Editorial Crítica. Barcelona.
- MEDAS, S. (2000): *La marinería cartaginesa. Le navi, gli uomini, la navigazione*. Carlo Delfino Editore. Sassari.
- WAGNER, C. G. (2000): *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*. Editorial Alderabán. Madrid.

Guerras y responsabilidades

La historiografía romana muestra un singular interés por hacer recaer la responsabilidad de las Guerras Púnicas sobre los cartagineses. Sin embargo, modernos estudios emprendidos sobre el tema hacen que nuestra percepción de lo que realmente ocurrió comience a ser muy diferente. Así, conviene recordar que la I Guerra Púnica comenzó tras la lucha entre Mesina y Siracusa. Tras la derrota de la primera, esta pidió auxilio a Roma.

Hay un acuerdo generalizado a la hora de considerar que, detrás de este pretexto, se escondía el deseo de las elites romanas de conquistar la rica isla de Sicilia. En la ciudad del Tíber existían una serie de familias, como la de los Claudios y los Atilios, quienes, junto a otras instaladas en Campania, tenían fuertes intereses comerciales en juego. Sus intencio-

nes les llevaron a enfrentarse a los Fabios, que optaban por expandirse hacia los territorios itálicos del norte.

Mucho más clara se aprecia la actitud romana a la hora de hablar de la guerra anibállica, puesto que, en virtud del tratado firmado entre ambas potencias el año 226 a. C., Roma no podía intervenir en los sucesos que tuvieran lugar al sur del Ebro. Obviamente, la ciudad de Sagunto, origen del conflicto, se encuentra en dicha situación desde el punto de vista geográfico. Sin embargo, en un intento de justificar esta violación de lo firmado, investigadores modernos han llegado a plantear la existencia de dos ríos con el mismo nombre, siendo el río Júcar el segundo de ellos, lo que haría que Sagunto estuviese emplazada al norte del Ebro. Esta teoría resulta muy difícil de admitir,

de manera que la responsabilidad de romper el tratado fue claramente de Roma.

En la última de las contiendas que mantuvieron es manifiesta la intención romana de acabar a toda costa con lo que quedaba de Cartago, incluso impidiéndole defenderse de los ataques de sus vecinos. Una muestra de esta rígida postura se puede ver en Catón, cuyos discursos ante el Senado siempre concluían defendiendo su total destrucción.

El ultimátum para que los púnicos abandonaran la ciudad y se instalaran en otro punto más al interior no dejaba de ser algo del todo inaceptable. Así pues, y a tenor de lo expuesto, habría que admitir que fue Roma la potencia agresora en sus luchas con los cartagineses, quienes en el fondo no hacían otra cosa sino defender sus territorios e intereses comerciales.

MUNDO ANTIGUO

VIDA COTIDIANA

La despensa de un hogar ibero



La estructura de una sociedad se refleja en la alimentación de sus miembros. En el caso de los pueblos iberos esta afirmación es contrastable a través de las fuentes arqueológicas y los autores clásicos greco-romanos. La centralización de la producción agraria en los poblados fortificados para su posterior distribución sentaba las bases de una diferenciación bastante clara de la dieta de los habitantes de cada asentamiento.

Por **Roger Benito/Raquel Onrubia.**

La unidad básica de población en el ámbito ibérico era el *oppidum*, un núcleo amurallado que representaba el centro político, administrativo, económico y religioso de un territorio. Cada *oppidum* estaba dominado por un reyezuelo, apoyado en una casta militar que controlaba el terreno. Fuera de las murallas se encontraban las zonas productivas (cultivos, pastos y minas), así como pequeños núcleos escasamente defendidos donde se llevaban a cabo actividades de transformación como la metalurgia o el curtido de pieles. Un ejemplo muy clarificador de esta organización territorial se daba en la ciudadela de Calafell. Para la investigadora M.^a

Carmen Belarte esta fortificación tenía a su alrededor algunas estructuras defensivas, hoy desaparecidas, y pequeños núcleos especializados. Así, los restos aparecidos en Les Guàrdies (El Vendrell) se dedicaban al trabajo del hierro; Masies de Sant Miquel (Banyeres del Penedés) a las tareas agrícolas y l'Argilera (Calafell) a la pesca.

Los derivados producidos en los núcleos secundarios se trasladaban al *oppidum* para su distribución entre toda la población. De esta forma, la comunidad se aseguraba el control del excedente de producción para utilizarlo con fines comerciales, como denota el gran número de campos de silos situados a lo largo de la costa y las rutas comerciales. Asimismo, el

acopio de alimentos, detectable en la existencia, dentro de los *oppida*, de recintos de almacenaje de difícil acceso, hacían posible también la resistencia en caso de asedio.

Tras el reparto de alimento, los grupos aristocráticos tenían en su mesa abundante carne –tanto de caza como de animales de cría– y pescado. Tampoco carecían de cereales, huevos, leche, vinos de importación y otros alimentos exóticos.

Por contra, los campesinos consumían ocasionalmente carne procedente de los animales que ya no eran útiles para la producción. La dieta de este colectivo dependía en gran parte del cereal y las leguminosas, con complementos regulares como la recolección de frutos, mariscos, caza menor y pesca.

Legumbres y cereales, la base

Los iberos tenían unos hábitos alimenticios similares a la conocida hoy como dieta mediterránea. La base de la alimentación procedería de productos del campo. La agricultura ibérica era de rotación bianual, esto es, se dejaban reposar los campos un año entre siembra y siembra. Se cultivaban plantas leguminosas (lentejas, gar-

Los alimentos fluían hacia la ciudad, donde eran distribuidos entre la población

banzos, habas, alfalfa y guisantes) y cereales (trigo, cebada, mijo y avena).

La carne, que no era un plato de diario, provenía de los animales domésticos. Los rebaños ibéricos estaban formados principalmente por especies ovinas y caprinas, aunque también disponían en menor medida de cerdos, caballos y gallinas.

La edad de sacrificio de los animales era diferente según su sexo. Así, los ovicápridos machos eran sacrificados alrededor de los dos años, al alcanzar su tamaño máximo. En cambio, las hembras se sacrificaban entre los cinco y los ocho años de edad, cuando su utilidad secundaria (leche, crías, lana) deja de ser rentable. Este control permitía que se regenerase el ganado, manteniendo siempre la máxima productividad. Por eso mismo, también se sacrificarían las reses sobrantes después de la cría, con el objeto de mantener un número regular en la manada.

Una forma de satisfacer las necesidades que no cubría la producción ganadera era la caza de conejos, liebres, jabalíes y aves salvajes. Esta actividad, signo de prestigio, encontraba un fecundo campo en la riqueza cinegética de la zona, como atestigua Estrabón cuando habla de la Turdetania:

La abundancia de ganados de toda especie es allí enorme, así como la caza. Los anima-

El grano y las leguminosas cultivadas eran la principal fuente alimenticia de los iberos, aunque su dieta se veía complementada con otros aportes circunstanciales.

Los usos religiosos de los animales

La religión ibérica es desconocida en muchos aspectos, pero sabemos que veneraban animales como el lobo y que identificaban deidades con elementos naturales. A todos ellos les rendían culto en santuarios, templos y recintos urbanos. Los santuarios se situaban en cuevas y espacios apartados, aunque se cree que también había recintos con este fin a la entrada de los poblados. Estas áreas no se diferencian de las viviendas por la forma arquitectónica sino por no tener signos de que se desarrollase en ellos una actividad doméstica habitual.

En relación con ritos religiosos se han documentado sacrificios infantiles relacionados con la protección del hogar recién fundado. Son muy esporádicos y se distinguen de las inhumaciones domésticas porque no llevan ofrendas funerarias. En algunos casos, como el de la ciudadela de Calafell, van asociados a sacrificios de animales.

También se documentan numerosas inhumaciones animales, seguramente con carácter fundacional o protector. No se ha hallado ninguna pauta regular en su localización ya que se han localizado tanto en espacios domésticos (muros, pavimentos), como en espacios urbanos y muros de defensa del poblado. La variedad de animales usados es muy amplia: ovicápridos, suidos, équidos, gallinas y valvas de moluscos, de los que a veces solo se ofrece una parte de ellos. La mayoría de estos restos aparecen inhumados y no es extraño encontrarlos descarnados o quemados.

Fotos: Ibercalafell



les dañinos son raros, excepción hecha de unas liebreccillas que agujerean la tierra y a las que algunos llaman "leberides". Estos animales, como se alimentan de raíces, destruyen plantas y semillas. Así ocurre en casi toda Iberia, extendiéndose el mal también hasta *Massalia*, e incluso las islas (*Geografía*, III, 2, 6).

La pesca y la recolección de moluscos complementaban la dieta de los asentamientos cercanos al mar. No se conoce ningún resto de embarcación ibérica para la pesca, por lo que se cree que esta actividad se practicaba desde la costa, con redes y anzuelos. En las excavaciones de Alorda Park (cerca de la ciudadela de Calafell) se encontraron diversos anzuelos de pesca.

Los iberos conocían la utilidad del olivo y la vid. Relacionado con esta última especie está el vino. Platón afirma que «los iberos, como otros pueblos bárbaros y guerreros, beben el vino puro» (*Leyes*, I, 637). Por su parte, Posidonio dice que «los celtíberos toman vino con miel, pues la tierra da miel suficiente y el vino lo compran a los mercaderes que navegan hasta allí».

En lo que atañe a la calidad del vino ibérico los autores greco-romanos no se ponen de acuerdo. Para Plinio el Viejo, que escribe hacia el año 70 d. C., el vino de la Tarraconense, *Lauro* (Liria) y las Baleares era excelente. Sin embargo, Filipo de Tesalónica, hacia el año 50 d. C., opina que los caldos hispanos eran agrios. Sea cual fuese la opinión más extendida, lo cierto es que el vino pasaba por ser una bebida de prestigio como lo era también la cerveza. A este respecto, el escritor Ateneo de Naucratis recoge hacia el 200 d. C. una cita muy reveladora de Polibio:

Parecida en su aspecto y magnificencia supone Polibio la casa

La panificación de los cereales y los frutos secos era una práctica habitual, pero tampoco se puede descartar el tratamiento de los alimentos para prolongar su conservación, con vistas a los meses de invierno.



de cierto rey ibero. Cuenta que ese rey había tratado de igualar el lujo de los feacios, salvo el hecho de que las cráteras que estaban colocadas en el centro de la casa sólo contenían vino de cebada (*oinou krithinou*), aunque estaban hechas de plata y oro (*Deipnosophistai*, I, 28, 18).

La fruta también formaba parte de la dieta ibérica. Los estudios carpológicos han demostrado que consumían manzanas, ciruelas, higos y granadas. Estrabón indica: «Olivo, viña e higueras abundan en la costa de Levante y también en gran parte de la costa exterior. La costa norte no produce estos frutos por su frío» (*Geografía* III, 4, 16). Estas referencias no nos permiten saber si los alimentos procedían de frutales cultivados o bien de árboles silvestres.



Teniendo en cuenta que la mayoría de los alimentos se recogía en los meses de buen tiempo, era prioritario almacenar la producción para asegurar su conservación durante el resto del año. Tanto los cereales como las leguminosas se guardaban en recipientes cerámicos, silos, sacos y pieles. En estos últimos casos, los alimentos se elevaban del suelo para impedir el acceso a los roedores. Por su parte, los líquidos como el vino y el aceite se transportarían en ánforas.

Aunque la mayoría de cereales se guardarían para panificarlos, no podemos descartar que se consumiesen en forma de sopa, sémola o papilla. Es probable que se reservase una parte para elaborar cerveza y otra (de grano vestido) para comerciar con griegos o fenicios. Por su parte, la paja resultante de la cosecha se reservaría para alimentar a los animales.

El procesamiento de las legumbres era más limitado. Se panificaba en caso de necesidad, pero habitualmente se consumiría después de hervirlo, salvo la alfalfa que seguramente se destinase sólo a la alimentación de los animales estabulados.

La conservación de la fruta resulta más complicada, ya que es un producto que se ha de consumir enseguida. Se secarían al aire las almendras, los higos, las pasas, los piñones y las avellanas. «Los montañeses se nutren de bellotas, que secan y pelan moliéndolas luego para hacer pan» (Estrabón, *Geografía*, III, 3, 7). El resto de frutas (manzanas, membrillos, ciruelas) se conservaría en recipientes cerámicos después de hervirlos con miel y agua hasta formar una compota.

Por último, en el caso de la carne y el pescado, lo más habitual era secarlos, ahumarlos en tiras delgadas o salarlos. En algunos casos, siguiendo la experiencia de la aceituna, se maceraba el pescado en aceite o vinagre.

Alimentación y sociedad

Tenemos noticias de los hábitos alimenticios de los estratos más altos. No es descabellado afirmar que la estratificación social de los iberos se reflejaba en su dieta. Así, los mejores alimentos y bebidas estaban reser-

vados para los personajes poderosos y sus círculos de confianza. No solo tenemos el ejemplo del pasaje de Polibio que citaba Ateneo de Naucratis. Estrabón también hace referencia a las costumbres culinarias de la nobleza: «Beben *zýthos* –un tipo de cerveza, según el profesor Fernando Quesada–. Y el vino, que escasea, cuando lo obtienen lo consumen enseguida, derrochándolo en espléndidas comilonas familiares», en las que las mujeres de la tribu de los bastetanos «bailan también mezcladas con los hombres unidos unos y otros por las manos» (*Geografía*, III, 3, 7).

Los banquetes de los iberos del norte eran diferentes, ya que saltaban por encima del fuego demostrando su destreza. Los asistentes a estos eventos se sentaban en bancos de piedra «ocupando los puestos de más respeto, según su edad y dignidad» y se iban pasando la comida en orden.

Entre los pueblos del interior también se organizaban festines para celebrar grandes acontecimientos. Dio-

doro describe uno de ellos, al hablar del matrimonio de Viriato:

Habiéndose expuesto con motivo de sus bodas gran cantidad de copas de plata y de oro y vestidos de muchas clases y colores, Viriato se apoyó en su lanza, miró con desdén todas estas riquezas sin asombrarse ni maravillarse de ellas, antes bien manifestando desprecio...

A pesar de que le rogaron insistentemente, ni se lavó ni tomó asiento en la mesa que estaba llena de todo tipo de manjares. Únicamente tomó panes y carne y los distribuyó entre sus acompañantes, limitándose por su parte a llevarse a la boca un poco de comida. Luego mandó que le llevaran a la novia, sacrificó a los dioses al modo que suelen hacer los iberos, sentó a la novia en su caballo y partió al punto hacia la sierra en busca de su escondida morada (*Biblioteca Histórica*, XXXIII, 7, 1-6).

No podemos documentar cuáles eran los productos que consumían los estratos más bajos de la sociedad ibérica. Por oposición podríamos afirmar que no bebían vino ni cerveza o, si lo bebían, era de baja calidad. Es probable que la dieta fuera fundamentalmente de productos proteínicos de origen vegetal, leguminosas sobre todo, para aguantar las jornadas de trabajo. ■

La aparición de las élites

Entre el siglo VIII y el VI a. C., época conocida por los investigadores como el periodo Ibérico Antiguo, se fueron acentuando en los pueblos ibéricos las diferencias entre el estrato aristocrático y el campesinado.

Entre el V y el III a. C., el Ibérico Pleno, la expansión del poder administrativo y la intensificación agrícola dieron origen a nuevos grupos dedicados a tareas más específicas. En la cúspide aristocrática se situaba el estamento militar: el reyezuelo, los guerreros más destacados y sus familias. Un paso por detrás estarían los aristócratas civiles, sacerdotes y escribas. Por último, encontramos un amplio y heterogéneo grupo formado por artesanos, campesinos, pescadores, ganaderos, entre otros.



PARA SABER MÁS:

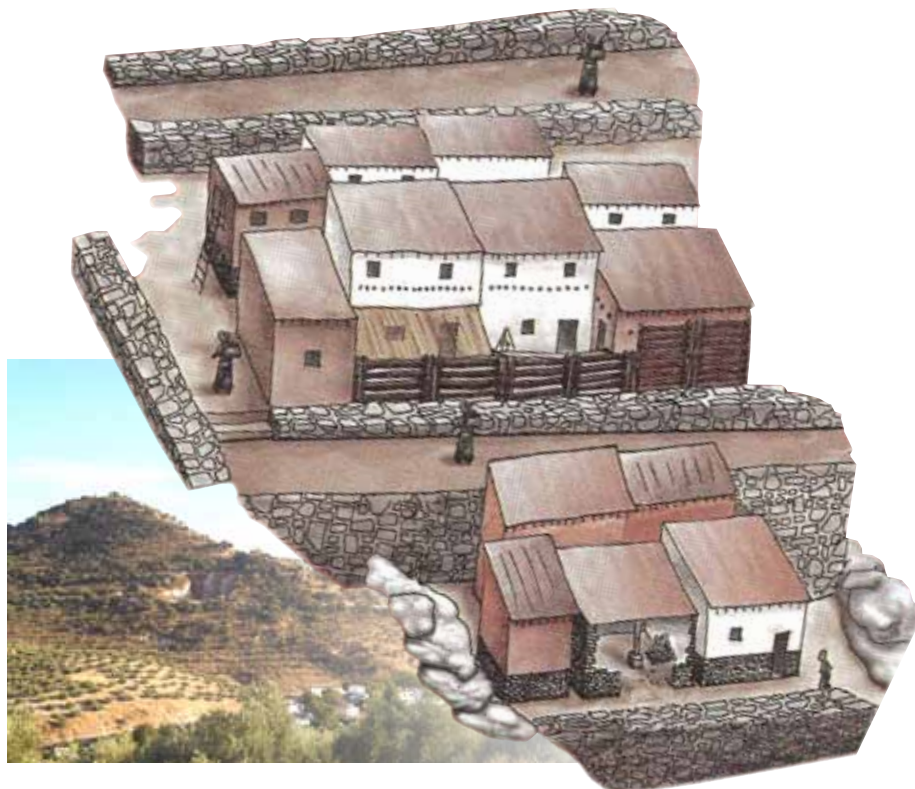
- BERMEJO TIRADO, J. (2007): *Breve historia de los iberos*. Ediciones Nowtilus.
- PELLÓN, J. (2006): *Íberos de la A a la Z. La vida en Iberia durante el primer milenio antes de Cristo*. Espasa, Madrid.
- SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (2005): *Els Ibers del Nord*. Rafael Dalmau Editors. Barcelona.

MUNDO ANTIGUO

IBEROS

Un episodio de **resistencia** en plena **Bastetania**

El yacimiento del Cerro de la Cruz de Almedinilla (Córdoba) ejemplifica el proceso de romanización nada pacífico, lento y bastante traumático que la ciudad del Tíber llevó a cabo en el sur de la Península Ibérica. El estudio de esta ciudad bastetana está deparando sensacionales resultados sobre cómo vivían sus moradores, pero también de cómo fueron duramente reprimidos los que osaron oponerse a la arrolladora expansión de la potencia itálica.



Por **I. Muñiz Jaén/F. Quesada Sanz.**

Los bastetanos formaban un pueblo de filiación ibera que habitó una zona comprendida entre las serranías del sur de la actual provincia de Córdoba, las del sur de Jaén y el norte de Granada. Uno de sus enclaves estaba situado en el Cerro de la Cruz, en el término municipal de Almedinilla (Córdoba).

Entre finales del s. III a. C y el año 130 a. C. se construyó en el altozano un asentamiento importante. Desde el poblado fortificado (*oppidum*) ibérico se vislumbra una comunidad campe-

sina indígena subordinada a poderes que la obligaban a producir por encima de sus necesidades socioeconómicas. La tierra aparece como fuente de excedentes que mantenía la forma de vida de los conquistadores romanos y de las élites indígenas asociadas a ellos, fuerzas que terminaron por imponer su poder económico, político y cultural.

Con una extensión de 5 hectáreas, el poblado se extendía por la cima y las laderas meridional y oriental del cerro. La entidad de este núcleo se revela en el empaque de sus estructuras, su riqueza material y su cuidada

El desnivel del Cerro de la Cruz (a la izquierda) obligó a los pobladores bastetanos a acomodar el urbanismo a una orografía escarpada. Arriba, reconstrucción hipotética de la zona excavada.

trama urbana. Ya se han documentado tres calles –y la confluencia entre dos de ellas– y parte de las tres manzanas de viviendas que se levantaban allí.

Los muy escasos y rodados fragmentos de cerámica ática de barniz negro de cronologías más antiguas, hallados siempre en el nivel superfi-

cial y removido, proceden sin duda de las zonas más altas del cerro, donde la erosión ha hecho más daño. Sin embargo, en la zona excavada no se aprecia más que una gran fase constructiva con remodelaciones menores, que no deben remontarse más allá de principios del s. II a. C.

Los materiales arqueológicos apuntan a una datación en torno a mediados o el tercer cuarto del s. II a. C. para el conjunto del poblado. Así cabe interpretar los hallazgos de monedas (hasta ahora todas romanas salvo quizá un bronce indígena muy desgastado para su identificación), la escasa cerámica importada de tipo Campaniense A y B antigua, la propia cerámica ibérica de imitación y las ánforas tardías greco-italicas. También se han documentado ánforas pequeñas de forma cilíndrica, a menudo conocidas como “tipo campamentos numantinos” por su presencia en los campamentos romanos del asedio del 133 a. C., pero de cuya procedencia gaditana y su probable carácter de contenedor de salazones hay poca duda.

No es posible asegurar o probar la existencia de un poblado estructurado, o de cierta entidad, en el Cerro de la Cruz antes de finales del siglo III a. C. Tampoco las intensas prospecciones en los alrededores han permitido identificar un hábitat próximo del siglo IV a. C. Este hecho plantea un desfase entre la cronología del poblado ibero y los materiales que se creen procedentes de la necrópolis excavada por Maraver. Estos restos, depositados hoy en el Museo Arqueológico Nacional y el Museo de Córdoba, se extrajeron de las más de 250 sepulturas excavadas a finales del siglo XIX y fueron estudiados por Desiderio Vaquerizo, quien dio dataciones fundamentalmente del siglo IV a. C. El desajuste de fechas es un fenómeno bien conocido en otros yacimientos ibéricos, donde la diferencia cronológica entre los materiales hallados en las necrópolis y aquellos hallados en las zonas de hábitats parece apuntar a reutilizaciones, entre otras posibles explicaciones.

Parece que el poblado ibérico del Cerro de la Cruz se ocupa y destruye en poco tiempo, al menos como *oppi-*

diario de excavación

Las primeras aproximaciones

El poblado ibérico de Almedinilla se conoce desde finales del siglo XIX, cuando Luis Maraver y Alfaro intervino en la exhumación de su rica necrópolis. La memoria de la excavación se terminaría publicando en la Revista de Bellas Artes e Histórico-Arqueológica, en 1867. Esta actuación aportó un listado concienzudo, pero totalmente descontextualizado, de los materiales hallados en el interior de las sepulturas, entre los que destacó una enorme cantidad de armas que consideró erróneamente de época romana.

En 1903 los académicos franceses Pierre Paris y Arthur Engel, pioneros en la arqueología de la cultura ibérica, acudieron a Almedinilla con la intención de renovar la investigación en el Cerro de la Cruz, así como ampliar el estudio por los alrededores. El resultado de sus pesquisas se hizo público en su obra *Fouilles et recherches á Almedinilla (Province de Cordoue)*, publicado en la revista gala Revue Archéologique,

el año 1906. El trabajo de Paris y Engel, aunque escaso en detalles sobre el Cerro de la Cruz y pese a que plantea numerosos problemas, supuso un avance científico notable respecto a los precedentes ya que por primera vez aproximan una cronología correcta para los restos hallados, apuntando a una época ibérica.

Con la partida de los investigadores franceses se abre un largo periodo de silencio para el yacimiento, con actuaciones esporádicas que no generaron documentación reseñable.



Pierre Paris (izq.) y Arthur Engel.

El poblado tuvo una existencia fugaz. El fin llegó cuando aún no estaban finalizadas varias construcciones

dum de cierta entidad. El fin sobreviene sin estar acabadas del todo una serie de construcciones como los aljibes, y con escasas fases de reparación. Exis-

ten señales de una nueva ocupación durante la Baja Época Ibérica de los yacimientos de Torre Alta (Priego de Córdoba) y del Cerro de la Celada (Alcaudete, Jaén). También se produjo la ocupación del Cerro de la Cruz durante este posible breve periodo de cincuenta años en el siglo II a. C. Este hecho, así como la aparición en este momento de otros yacimientos menores, puede indicar la reorganización del territorio. Quizá los pequeños núcleos de población dependían en cierto modo del *oppidum* principal de *Iliturgicola* (Fuente Tójar), situado como

mirador de la comarca de la Campiña. En este caso podrían haber funcionado buscando nuevas tierras serranas para colonizar y poder así pagar los impuestos a Roma, bien en un intento de huir precisamente de la presión romana, más activa en la Campiña.

Las tierras que rodean el poblado del Cerro de la Cruz no son de las más fértiles de la comarca. Sabemos por los análisis de polen y fauna la extensión y preponderancia que debió tener el bosque mediterráneo. De esta manera, la mayor ventaja del enclave del Cerro de la Cruz parece haber sido la proximidad al cauce del río Almedinilla y al paso natural originado por dicho curso de agua que comunica la Campiña con la zona sur peninsular de serranías, resaltando la amplia y privilegiada visibilidad hacia el norte, por encima de cualquier otro yacimiento de la comarca.

El sector excavado, ya más de 1.000 metros cuadrados, muestra un urbanismo articulado con amplias manzanas rectangulares de más de 25 metros de largo por 15 de ancho. Estas manzanas dan a calles bien trazadas a cordel, en dos niveles de terraza: uno al norte y otro al sur. Los viales son rectos, con viviendas que suelen reproducir el esquema de porche con acceso directo a la calle (a la misma cota) con aljibes, zonas de molienda y posibles hogares, junto a almacenes. También se suelen encontrar zonas

Las excavaciones han permitido ver cómo vivían los bastetanos (abajo, reconstrucción de una cabaña), pero también cómo murieron. Los restos humanos no inhumados (derecha) presentan signos de violencia. Bajo estas líneas, reconstrucción de los cuerpos encontrados en plena calle.

Ilustración: Carolina Garvía Ballesteros

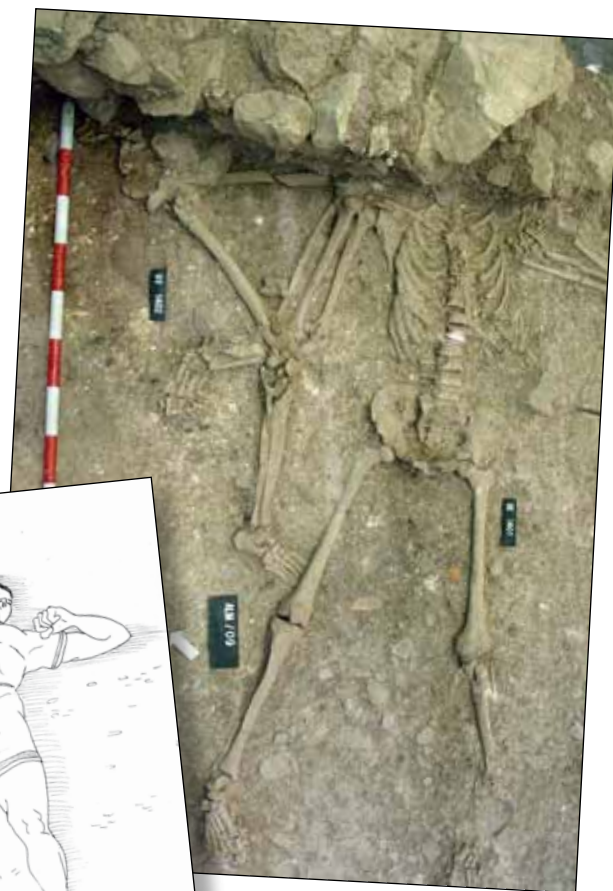


Foto: Rafael Jiménez

de trabajo con telares. Estos espacios multifuncionales quizá estarían dotados de altillos, posible zona para dormir en las viviendas.

El yacimiento presenta una clara influencia púnica. Posee aljibes con revestimientos hidrófugos, muros de “tirantas”, ánforas llamadas “ibero-púnicas”, elementos decorativos y del repertorio cerámico (*askoi*, ollas globulares con asas altas...). Estos elementos hacen referencia al ambiente semitizado del valle del Genil. También podrían

tener relación directa con las ciudades púnicas de la franja costera meridional, es decir, dentro de la Bastetania pero en su zona de contacto con la Turdetania.

Un fuego arrasador

La vida doméstica del poblado tuvo un fin abrupto, hacia el año 130 a. C., década arriba, década abajo. Los vientos abrasadores de un fuego generalizado redujeron todo a escombros. Los restos de este incendio y destrucción violenta son visibles en todas las zonas excavadas del poblado. Debió perdurar días ya que hay sectores donde la cerámica está completamente reducida, ennegrecida por el fuego, donde los muros de adobe o tapial se han convertido en ladrillos cocidos o en una masa de barro informe y pétreo por el calentamiento y posterior enfriamiento de la cal de paredes y techumbres.

No hay duda de que se produjo una destrucción violenta, porque no se removieron los restos, no se terraplenó

para reconstruir, y no hay fases constructivas posteriores. Y sobre todo, porque entre el nivel de incendio y sobre las calles originales encontramos huesos humanos en conexión anatómica, hecho verdaderamente singular en el panorama de la arqueología peninsular.

En la llamada Sala de los Molinos se encontraron los restos de dos cuerpos. Eran adultos masculinos de bastante robustez, tanto en extremidades superiores como inferiores. En una de las calles, otros dos individuos, femenino y

El incendio que acabó con el poblado duró días. Hay rastros del fuego por todas partes

masculino. Tres de los cuerpos hallados hasta ahora estaban afectados por el fuego. Fueron expuestos a muy altas temperaturas cuando los cadáveres aún mantenían tejidos blandos.

Una de las calles del poblado, documentada por los arqueólogos con el nombre de UE 1401 y 1402 y realizada con capas de tierra sucesivas, multitud de fragmentos cerámicos y óseos, y lechadas de arcilla con menos materiales, aparecieron más restos humanos. Sobre el pavimento original, cubiertos parcialmente por un derrumbe ibérico y cortados en sus extremidades superiores por un muro posterior de época emiral, estudiamos in situ dos cuerpos articulados y extraordinariamente conservados.

diario de excavación

Los grandes estudios de la década de los 80

Tras décadas de práctico abandono, en 1983 se denunció en la Revista de Arqueología y en otros medios el saqueo masivo que estaba sufriendo el Cerro de la Cruz. Los furtivos usaban incluso excavadoras para arrasar las terrazas bajas del yacimiento. Las zanjas crearon enormes cicatrices, perfectamente visibles hoy.

A raíz de ello Desiderio Vaquerizo, quien por entonces realizaba su tesis doctoral sobre los viejos materiales de la necrópolis excavada por Maraver, solicitó una primera campaña de excavación sistemática en el Cerro. En esta tarea le acompañó como subdirector Fernando Quesada, además de un equipo técnico que incluía a Juan Francisco Murillo. Todos ellos se convertirían más adelante en codirectores de un proyecto de mayor alcance, dentro de las directrices que precisamente en la segunda mitad de los años ochenta emanaron de la Junta de Andalucía.

Se realizaron tres campañas de excavación sistemática en la ladera meridional del Cerro de la Cruz, además de otra serie de actividades arqueológicas regladas por el territorio. Todos estos trabajos se enmarcaron dentro de un proyecto de investigación que partió del Seminario de Arqueología de la Universidad de Córdoba, denominado "Protohistoria

y romanización de la Subbética cordobesa: aproximación al desarrollo de la cultura ibérica en el sur de la actual provincia de Córdoba", y que se prolongó hasta 1992.

El equipo de investigación apreció claramente la magnitud del poblado ibérico del Cerro de la Cruz. Por primera vez se consiguió una secuencia estratigráfica coherente, que revelaba una fase de ocupación clara del siglo II a. C. con algunas modificaciones menores posteriores. También se constató la ausencia de fase romana y presencia medieval en los primeros niveles de la zona excavada.

Los estudios arqueológicos sacaron a la luz unas estructuras muy bien conservadas y pusieron de manifiesto la gran riqueza de los materiales exhumados, principalmente cerámicos. Estos hallazgos dieron lugar a los primeros estudios tipológicos modernos de la cerámica del Cerro de la Cruz, que constituyen la base para una tipología general de la cerámica ibérica de Baja Época en Andalucía, inexistente hasta entonces.

Las excavaciones permitieron también asegurar una destrucción violenta del poblado hacia mediados o durante el último tercio del siglo II a. C. Se recuperaron estructuras de habitación completas de enorme importancia para los estudios de tipo

microespacial y la reconstrucción de la vida doméstica del poblado, dado que conservaban la totalidad de su ajuar doméstico, no recuperado ni removido tras el incendio a gran escala que causó la destrucción.

Las labores arqueológicas documentaron estructuras tales como muros de aterramiento para adaptar la pendiente del cerro al urbanismo del poblado, calles y casas construidas con zócalo pétreo. También se hallaron muros de adobe enlucidos que, a veces, llegan a conservar hasta los dos metros de altura. Es notable el hallazgo de restos de cubiertas vegetales dispuestas en varios niveles (zona de almacenamiento, zona residencial y porche con aljibes para la captación de agua). Asimismo, se excavaron varias zonas interpretables como espacios públicos.

Finalizadas en 1989 las intervenciones arqueológicas en el Cerro de la Cruz, el yacimiento quedó abandonado a su suerte, al igual que le ocurriría a la villa romana de El Ruedo. La única actuación que se tomó ese mismo año fue la instalación de un vallado provisional, que venía a añadirse a la tramitación del expediente de declaración de Bien de Interés Cultural (BIC), máxima figura de protección de la Junta de Andalucía, iniciado el 4 de noviembre de 1987.

El registro antropológico del hallazgo, a pie de campo, permitió verificar el momento y las condiciones en las que estos individuos quedaron allí: dos individuos adultos masculinos, jóvenes (uno de entre 20-25 años, y otro entre 30-35), yacían desplomados y entrelazados. Tras su caída y de forma prácticamente inmediata, por las evidencias de perfecta articulación, un derrumbe generalizado cae sobre ellos ocultándolos de manera desigual a la intemperie (colmatación mixta y numerosas fracturas y fisuraciones por aplastamiento).

Uno de ellos, el más joven, presenta heridas por traumatismo directo por arma cortante en hombro y cadera derechos, sin signos de recuperación. Tiene una estatura de 1,68 metros aproximadamente y en su actividad cotidiana ejercía de manera constante los músculos de los brazos y las piernas, provocándole ya a esa edad algunas lesiones degenerativas en las articulaciones.

El otro individuo comparte con el anterior un rasgo que algunos autores consideran tiene parte de componente hereditario, los huesos sesamoideos, aunque en un individuo aparecen en la mano y en el otro en los pies. También es bastante robusto, mide 1,67 metros de estatura y presenta calcificaciones y degeneraciones articulares en las extremidades inferiores, por su constante uso. El análisis detallado de este individuo evidencia dos fracturas directas por arma cortante sin signos de recuperación vital, una en el codo derecho y otra en el tobillo izquierdo.

Derribados a golpes de espada en las piernas, brazos, cadera, espalda o cuello, asesinados y abandonados sobre la calle, o sorprendidos por el derrumbe del piso alto de la casa donde se habían escondido y quizá fueron muertos, los esqueletos del Cerro de la Cruz son prueba de que no todos sus habitantes pudieron conservar la vida. El poblado ibérico del Cerro de la Cruz fue incendiado, sus habitantes masacrados o expulsados para nunca regresar, y sus ruinas abandonadas salvo para alguna visita ocasional, quizá para la construcción entre las ruinas de alguna casita de campesino.

Con toda probabilidad la responsabilidad de esta destrucción es del ejército



Recreación de un banquete romano, una de las iniciativas de divulgación del pasado de Almedinilla.

Foto: Xosé López

Una zona de alto valor histórico y etnológico

El yacimiento del Cerro de la Cruz, único yacimiento de Baja Época Ibérica puesto en valor y visitable de Andalucía, forma parte de un proyecto municipal del ayuntamiento de Almedinilla, el Ecomuseo del Río Caicena. Esta iniciativa coordina diversos yacimientos arqueológicos visitables, (como la villa romana de El Ruedo, por ejemplo) y otros recursos de interés como el Museo Histórico, el Taller de Restauración y Almacén de Fondos, las Aulas del Campesinado y del Caicena, el Centro de Exposiciones Temporales, el alojamiento de investigadores, varias rutas museizadas...

Existe también otro tipo de actividades culturales relativas a la investigación, catalogación, formación, difusión y turismo. Uno de los planes más llamativos en difusión es el de "Un día en la Bética Romana", que brinda a los participantes la oportunidad de disfrutar de cenas y comidas ambientadas en una casa romana todos los fines de semana. El menú de estas citas gas-

tronómicas proviene del recetario de Marco Gavio Apicio. Otras actividades de interés cultural y artístico asociadas al Mundo Clásico son las representaciones teatrales de los fines de semana; o las Jornadas Iberorromanas Festum, durante la segunda semana de agosto.

El hilo conductor del proyecto museístico es el río Caicena que explica al habitante y al visitante lo que encontró y encuentra en su transcurrir: el bosque de riberas que forma el propio río y sus paisajes de cascadas y huertas tradicionales, la Sierra de Albayate (declarado Complejo Serrano de Interés Ambiental), las industrias que movió su fuerza (molinos harineros y aceiteros), las construcciones tradicionales para el regadío, el urbanismo serrano, los propios yacimientos arqueológicos que se levantan a sus pies (entre ellos el poblado ibérico de El Cerro de la Cruz y la villa romana de El Ruedo), así como las tradiciones, saberes, sabores y valores de un mundo rural frágil y cambiante.

romano. Quizá la destrucción obedece a la obligación de descender a zonas llanas, menos defendibles y más controlables por Roma. El asentamiento no se volvió a ocupar y su desaparición tampoco está relacionada con el saqueo de sus riquezas. Se documentan almacenes

de ánforas ibero-púnicas llenas de grano, escaña, yero, pepitas de uva, huesos



Foto: Rafael dP

aceitunas, huesos animales... En las habitaciones también aparecen todos los enseres (herramientas de trabajo, molinos, etc.).

La fecha aproximada de la destrucción del *oppidum* tal vez hace relación a la presencia de Viriato en estas tierras. De hecho, Apiano señala que el adalid lusitano anduvo por lo que hoy es la actual Martos y la actual campiña cordobesa por los años en que se produjo el fin del poblado. Todo lo anterior junto con los cortes de arma puede que nos hable de un plan para acabar con la memoria de un lugar que osó enfrentarse al poder romano y resistir.

Habrían de pasar mil años para que, a finales del siglo IX, el Cerro de

Askos encontrado en el Cerro de la Cruz. Museo de Almedinilla.

diario de excavación

Almedinilla toma las riendas

Tras los estudios arqueológicos del Cerro de la Cruz, en los 80, habría que esperar hasta 1994 para que el ayuntamiento de Almedinilla, dentro del proyecto recién elaborado de ecomuseo, asumiera la recuperación de este importante yacimiento arqueológico. El proceso se hizo de forma algo atropellada, ya que esta institución debía lidiar con un presupuesto insuficiente para acometer al mismo tiempo los distintos aspectos que conforman la gestión del patrimonio arqueológico del término municipal.

Las últimas intervenciones practicadas en este excepcional enclave arqueológico han tenido una duración de cuatro años. Entre 2006 y 2009 se realizaron sendas campañas orientadas a poner en valor el yacimiento. Estas tareas fueron dirigidas por el Ignacio Muñiz, director del Ecomuseo del Río Caicena-Museo Histórico de Almedinilla. También participó Fernando Que-

sada, profesor titular de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, gracias a un convenio de colaboración que Almedinilla y esta universidad firmaron en el año 2002. Apoyaron la iniciativa Andrés Adroher, el profesor titular de la Universidad de Granada, y Rafael Carmona, director del Museo Histórico de Priego. Todos ellos contaron con la participación de un amplio equipo multidisciplinar compuesto por miembros de diferentes universidades.

Los trabajos de investigación han aportado hasta ahora cuatro voluminosos informes de excavación, así como algún artículo específico. Sin embargo, aún falta por publicar la memoria final. Sí existe una publicación de carácter divulgativo (pero amplia y detallada) donde se presentan ya los resultados, y que puede descargarse de Internet (ver a la derecha, en "Para saber más").

la Cruz fuera reocupado por un grupo humano de cierta entidad que construyó una población defendida en alto. Esta comunidad, mucho más modesta que el poblado ibérico cuyas ruinas eran todavía entonces parcialmente visibles en superficie, tuvo sin embargo la suficiente importancia como para que su nombre probable, Wasqa, haya sido conservado a través de las fuentes árabes. Era una época convulsa: la fitna o guerra civil entre el emirato Omeya de Córdoba y los muladíes (gentes de origen hispano-visigodo con vertidos al Islam) junto a otras gentes agrupadas en torno a Omar ibn-Hafsun.

Otros 1.000 años después, el 6 de julio de 1937, el Cerro será testigo del tercer drama: un ataque bélico, al situarse en él, rompiendo restos emirales e ibéricos, un conjunto de trincheras correspondientes a una de las posiciones del frente de una nueva confrontación. Los tres años de Guerra Civil (1936-1939) cierran un drama en tres actos repleto de luchas y resistencias que, a pesar de los intentos, no han podido quedar en el olvido. ■

PARA SABER MÁS:

• MUÑIZ, I. y QUESADA, F. (eds.) (2010): "Un drama en tres actos. Dos milenios de ocupación humana en el Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)", para la revista *Oikos*. Ecomuseo del Río Caicena.

Accesible en <http://www.ctalmedinilla.com/images/abmi/oikos2.pdf>

• VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J. F. (1992): "La cerámica ibérica del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Departamentos O, P, Ñ". *Anales de Arqueología Cordobesa* 3, 51-112.

• VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J. F. (1994): "Unidades de hábitat y técnicas constructivas en el yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)", en *Anales de Arqueología Cordobesa* 5, 61-97.

• VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J. F. (2001): *Protohistoria y romanización en la Subbética Cordobesa*. Sevilla.

MUNDO ANTIGUO

CELTÍBEROS

Organización y gobierno antes de la llegada de Roma

Los escritores romanos que relatan la campaña que Catón realizó en el 195 a. C., internándose hacia el Sistema Ibérico, describen una Celtiberia salpicada de ciudades. Los territorios controlados por estas ciudades estaban ocupados por una multitud de asentamientos de pe-

queño tamaño, aldeas y otros emplazamientos estratégicos perfectamente comunicados entre sí. Existían castillos y poblaciones de mediano tamaño dotados de buenas defensas artificiales que permitían el control y dominio de amplias zonas y de sus vías de comunicación.

Por **Alfredo Jimeno.**

La sociedad celtibérica, a lo largo de los siglos VI-I a. C., fue adoptando una estructura más jerarquizada. Inicialmente, se caracterizó por comunidades relacionadas por estrechos lazos de parentesco a través de un antepasado común, con un uso colectivo de la tierra o territorio en que se asentaban. El conjunto de sus miem-

bros se regían por una serie de deberes, derechos y prácticas religiosas, que obligaban a todos. Esta forma de organización suprafamiliar, quedaba estructurada en *gentilitates* (etnológicamente, clanes), divisiones de una organización superior –la *gens* o tribu– que a su vez podían agruparse o confederarse constituyen-

do lo que se conoce históricamente por *populi*, como los celtíberos.

A partir del siglo V a. C. se observa una marcada tendencia a una mayor complejidad social, que se aprecia en la incorporación de nuevos y más variados elementos de procedencia diversa, relacionados con el Medite-

Casas celtibéricas reconstruidas en Numancia. Constan de tres estancias: vestíbulo, cocina-hogar y despensa. También hay una sala subterránea para almacenar los alimentos.



rráneo, el valle del Ebro y la Meseta, además de ciertas aportaciones de la órbita continental de la cultura de La Tène. Este proceso de jerarquización conllevará el abandono de las estructuras parentales anteriores, estableciéndose nuevas raciones de dependencia personal, basadas en la propiedad privada de la tierra, sobre todo a partir del siglo IV y III a.C., desembocando en la creación de ciudades.

Inicialmente, los celtíberos se basaban en la propiedad colectiva de la tierra o territorio. En la cúspide de esta sociedad se encontraba una élite guerrera que concentraba el poder político, proporcionando al resto de la población protección frente a posibles ataques exteriores. El estatus privi-

Antes de la llegada de Roma la sociedad celtíbera ya estaba organizada en ciudades

legiado de los miembros de este grupo venía marcado por el nacimiento y no por los méritos adquiridos en vida, y les permitió ejercer relaciones de igualdad a través de instituciones como el *hospitium*, que fue evolucionando a lo largo

del tiempo. Surgen así la clientela –que establecía relaciones recíprocas pero asimétricas entre el patrón y sus clientes– y la *devotio*, una versión extrema y con contenido religioso de la clientela en la que el guerrero podía incluso llegar a dar la vida para proteger a su jefe. Las tumbas de este grupo aristocrático atesoran ricos ajuares compuestos por armas y elementos de adorno, referentes de su estatus.

Aunque la riqueza era la ganadería, el sustento dependía del trabajo de la tierra. Es posible, como indica Estrabón para los cántabros, que fueran las mujeres las

que se ocupaban de la tierra y la casa, mientras los hombres se dedicaban a la guerra. También eran aquellas las que escogían marido entre los guerreros más valientes, las que transmitían la herencia, además de estar dispuestas, como se observa en algunos textos, a participar en los conflictos bélicos, peleando como los hombres, si no eran estos capaces de ocuparse eficazmente de los asuntos de la guerra.

A partir del siglo III a. C. se acusa un proceso de celtiberización visible en la expansión de las fibulas de caballito (reflejo de una clase ecuestre predominante), junto a otros elementos como los sufijos en “-briga” de las ciudades, así como antropónimos celtibéricos, los gentilicios en genitivo plural y las tésaras de hospitalidad, incluso de algunas divinidades célticas, que se extienden por las zonas de medio ambiente pastoril, con un sustrato socioeconómico y etnocultural similar de las zonas de la Meseta y del norte peninsular, llegando también a zonas extremeñas, como la Beturia Céltica.

Con anterioridad a la llegada de los romanos, la organización parental celtibérica, con la extensión de la agricultura, había comenzado a modificar sus bases, mostrando diferencias sociales y perdiendo su condición igualitaria, extendiéndose la propiedad privada e iniciándose el desarrollo urbano. Se establecieron nuevas relaciones de dependencia impulsadas por el trabajo especializado de artistas y artesanos (orfebres, bronceístas, herreros, ceramistas...) que cubrían las necesidades y fabricaban con gran maestría y singularidad objetos que resaltaban el prestigio de estas élites.

Una estructura compleja

Será con la conquista romana cuando los textos clásicos aportan referencias e información para aproximarnos a la organización social del mundo celtibérico, pero esta documentación corresponde al momento de máximo desarrollo, cuando la cultura celtibérica ya se organizaba en ciudades.

En ese momento, la referencia política y jurídica para un celtíbero era su marco urbano de procedencia, entendido con el territorio que con-

Foto: A. Plaza



Foto: Ecelan

Dos muestras de la artesanía celtibérica. Arriba, fibula de caballito con jinete, de la necrópolis de Numancia. A la izquierda, jarra trilobulada con decoración figurada, hallada en la ciudad. Archivo Museo Numantino.

trola y le da sentido, donde se distribuye la población rural, diseminada en entidades menores o aldeas y los “castillos” de control. A esta realidad se refieren las crónicas cuando dicen que «Escipión dio Numancia y su territorio a aquellos indígenas que le habían ayudado a conquistar la ciudad» (Apiano, *Sobre Iberia*, 98). Se trata de una organización de ciudades-estado, hasta tal punto independientes, que cuando tienen conflictos en el enfrentamiento con los romanos y se plantean acuerdos de paz, cada una envía legados o embajadores a la propia Roma, residiendo dentro de la ciudad los representantes de las ciudades aliadas y fuera de ella los de las no aliadas.

Estas referencias indican una organización compleja, donde se pone de manifiesto la existencia de una élite, que estaría representada en la asamblea de ancianos o notables (*seniores*), que ostentaba mayor poder de decisión, al controlar la ciudad política y económicamente.

Había otra asamblea, de tipo popular, en la que participaba el pueblo en armas, que nombraba a los jefes militares para conducir la guerra. Pero la diferencia sobre la composición de estas dos asambleas alude también a la existencia de grupos de edad, entre *seniores* y la *juniore*s; es decir, está reflejando una organización no parental de contenido social, con enfrentamientos frecuentes entre ambas, al entender, de manera diferente lo que era mejor para la ciudad (ver recuadro de esta página).

La ética de la guerra

Otra figura que se cita también en las crónicas romanas es la de los líderes o jefes militares. Eran elegidos por la Asamblea para hacer frente a determinadas situaciones o necesidades bélicas. Tal designación se producía en reconocimiento a su valor, capacidad militar, e incluso, cierta aureola religiosa. Estas creencias muestran la importancia de la guerra como forma de adquirir riqueza y prestigio, con el ejemplo máximo de los combates singulares. Existía en estos pueblos una ética agonística vinculada a la

El gobierno, en manos de veteranos y líderes jóvenes

Las crónicas antiguas permiten identificar dos instituciones principales que tenían un peso específico en el gobierno de las ciudades celtíberas. Una era la asamblea de ancianos (*seniores*), cuyas funciones se veían complementadas por la asamblea de los jóvenes (*juniore*s), los que empuñan las armas.

Estos órganos institucionales aparecen bien reflejados en un episodio del cerco de Escipión, cuando el jefe numantino Retógenes se dirige a la ciudad de *Lutia* pidiendo ayuda para Numancia, ante su inminente caída. Apiano relata las reacciones encontradas que esta petición creó entre los jóvenes y la asamblea de ancianos. Las disensiones se saldaron de forma trágica: «En *Lutia*, ciudad opulenta, a trescientos estadios de Numancia, los jóvenes se declararon por los numantinos y empujaban a la ciudad para que los socorriese; pero los ancianos avisaron a Escipión. Recibió Escipión estas noticias a la hora octava, y se puso en marcha seguidamente con cuantas tropas ligeras pudo; a punta de día rodeó *Lutia* con sus soldados y exigió que se le

entregasen los cabecillas de la juventud. Como se le contestase que se habían escapado, amenazó por medio de un pregón con saquear la ciudad si no se los entregaban. Aterrorizados los de *Lutia*, le presentaron hasta cuatrocientos jóvenes. Escipión les hizo cortar las manos y, retirando sus tropas, a la aurora del día siguiente se hallaba de nuevo en su campamento» (Apiano, *Sobre Iberia*, 93, 79).

En otra ocasión, los textos antiguos indican que los arévacos despreciaron a sus enemigos, y por ello «la multitud reunida en pública asamblea decidió la guerra contra los romanos» (Apiano, *Sobre Iberia*, 94).



Báculo de distinción.
Necrópolis celtibérica de Numancia.
Archivo Museo Numantino.

guerra, que asoma en la iconografía de las representaciones cerámicas. Es el caso del jefe Caros, «famoso por su valor», elegido conjuntamente por los numantinos y segedenses para hacer la guerra contra el ejército de Nobilior (153 a. C.).

A la muerte de Caros los arévacos congregados en Numancia es-

cogen a Ambon y Leucon, aunque posteriormente será el jefe Litennon quien pacte la paz con Marcelo. En un momento más avanzado se citará a Megara y ya, en época del cerco de Escipión, a Retógenes, de sobrenombre Caraunios, «el más esforzado de los numantinos». Finalmente, para tratar la rendición con Escipión

enviaron los numantinos cinco emisarios con el jefe Avaros a la cabeza. A su vuelta, conocidas las condiciones pactadas, se les acusó de traición y fueron ejecutados.

En diferentes ocasiones se menciona la figura de legados o heraldos que negocian la paz. En 152 a. C. un enviado de los nertobrigenses se presenta en son de paz cubierto con piel de lobo, ante Marcelo. El general romano exigió que el acuerdo fuera firmado por todos los celtíberos, por lo que las ciudades de belos, titos y arevacos destacaron legados a Roma para estas negociaciones (Apiano, *Sobre Iberia*, 48).

También se alude en Numancia a la existencia de magistrados. En 137 a. C., tras el desastre sufrido por el ejército romano de Mancino e iniciadas negociaciones de paz, el cuestor Tiberio Graco trata con los magistrados de la ciudad para que le fueran devueltas las tablillas de cálculos y cuentas de su gestión, que formaban parte del botín tomado por los numantinos (Plutarco, *Tiberio Graco*, 5, 5).

Sirvientes en el mundo celtibérico

«Pero Retogenes de Numancia, llamado de sobre-nombre Caraunio, el más esforzado de los numantinos, con cinco amigos a quienes había persuadido, igual número de sirvientes y otros tantos caballos, atravesó en una noche oscura el espacio que los separaba de los romanos llevando consigo una escalera plegable. Llegando a la muralla, la escaló él y sus amigos; mataron a los centinelas, y enviando atrás a los sirvientes y haciendo trepar a los caballos por la escalera, cabalgaron hacia las ciudades de los arévacos, con ramos de súplica, pidiéndoles que enviasen auxilio a sus hermanos los numantinos».

Apiano, *Sobre Iberia*, 93, 79

Algunas veces se mencionan sirvientes o esclavos, que revelan la existencia de población al servicio de estas élites. Así sucede en un episodio de la vida de Retógenes, en el que elude el cerco de Escipión acompañado por cinco clientes y cinco criados. Este tipo de relación clientelar, asimétrica, entre individuos de alto rango y los grupos de menor nivel social, está bien documentada en las referencias escritas sobre los celtíberos.

La existencia de jerarquización en Numancia y las ciudades celtibéricas se puede deducir sobre otro pasaje que habla de la situación preponderante de Retógenes sobre el resto de los ciudadanos, así como de las diferencias entre unos barrios y otros:

«Reducidos ya los numantinos a la última desesperación y abatimiento, sobresaliendo él [Retógenes] entre todos los ciudadanos por su nobleza, riquezas y honores

hizo un montón de materias inflamables en su barrio, el más hermoso de la ciudad, y le prendió fuego» (Valerio Máximo, *Hechos y dicho memorables*, III, 2, ext. 7). ■

PARA SABER MÁS:

- BURILLO, F. (2007): *Celtíberos. Etnias y estados*. Ed. Crítica, Barcelona (2.ª edición ampliada y actualizada).
- BURILLO, F. (ed.): *Simpósios sobre los Celtíberos: I, Los Celtíberos* (1986); *II, Necrópolis celtibéricas* (1990); *III, Poblamiento Celtibérico* (1995); *IV, Economía* (1999). Institución Fernando "El Católico, Diputación de Zaragoza, Zaragoza; *VI, Ritos y mitos* (2008), Fundación Ségeda, Zaragoza.
- JIMENO, A. (ed.) (2005): *Celtíberos, tras la estela de Numancia. Catálogo de la exposición Celtíberos*. Salamanca.
- LORRIO, A. J. (2005): *Los Celtíberos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 25, Complutum Extra 7, Real Academia de la Historia, Madrid (2.ª edición ampliada y actualizada).
- SALINAS, M. (1996): *Conquista y romanización de Celtiberia*. Universidad de Salamanca. Salamanca.



Reconstrucción de la muralla norte de Numancia, con la puerta protegida por torres cuadradas de madera.

MUNDO ANTIGUO

CELTÍBEROS

La muerte entre los vacceos

Caer en la batalla era un fin honorable para los guerreros celtíberos, ya que de esta forma pensaban que llegarían más directamente al mundo de ultratumba. Sus viudas seguirían habitando el hogar, custodiado por las ánimas de los hijos fallecidos en la más tierna infancia y enterrados bajo el suelo familiar. La muerte era algo ubicuo y familiar para los que habitaron el norte de la Meseta antes de la llegada de los romanos.

Por **Eduardo D. Sandino**

Hace ya 2400 años, el pueblo vacceo de la ciudad de Pintia estableció un lugar en el que depositar a sus muertos. La necrópolis de las Ruedas se encuentra en Padilla de Duero (Peñafiel, Valladolid) y se utilizó durante nada menos que seis siglos, desde el IV a. C. al II d. C., momento en el que se detuvo su actividad.

Este espacio sirvió probablemente como punto sagrado de encuentro entre los vivos y sus antepasados, un lugar en el que centrar el culto a los ancestros y hacer presente la memoria de los ausentes. En la necrópolis de Las Ruedas más de una veintena de generaciones de vacceos, algunos de ellos ya plenamente romanizados, recibieron el último adiós.

El desarrollo de una investigación continuada y sistemática en la necrópolis de Las Ruedas y en la ciudad de Las Quintanas, en Pintia, está proporcionando referencias novedosas. Más allá de su valor como ejemplo único de las costumbres de los habitantes del medio Duero frente al hito de la muerte, la necrópolis ha rendido depósitos funerarios de excepcional riqueza, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. Pues son muy numerosas en cada tumba las ofrendas y ajuares que acompañaron en su postrer viaje a los finados; y los elementos que marcan un alto estatus social no son extraños en el ámbito funerario de Las Ruedas, y se hallan presentes en un número notablemente elevado de los conjuntos exhumados. Las intervenciones nos están ofreciendo la posibilidad de acercarnos, a través de la arqueología de la muerte, a las características de la sociedad, la economía y el sistema religioso y ritual del pueblo vacceo.

Puñal decorado, encontrado entre el ajuar de una tumba de Pintia. Museo de Valladolid.



Entre los pueblos célticos de Hispania existía un concepto de honra en la muerte que relacionaba esta con la manera de morir. Las fuentes nos confirman que la existencia de dos rituales funerarios diferenciados para aquellos que habían muerto en la guerra –con honor– o de enfermedad u otras causas. Entre celtíberos y vacceos (a pesar de que ha sido duramente debatido el caso de estos últimos) se expone al aire libre a aque-

Caer en combate era uno de los máximos honores al que podía aspirar un guerrero

llos que han muerto en combate, y se incinera a los que no han muerto de ésta manera. Esto implica en cierta forma que la muerte en combate se consideraba más honrosa.

Los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al

Treinta años de estudios de un yacimiento único

A menos de medio kilómetro de la ciudad de las Quintanas, donde se halla el yacimiento en el que encuentran los restos de Pintia, está la necrópolis. El arroyo de la Vega separa el antiguo núcleo urbano de la zona de enterramiento, que constituiría un importante vertebrador del día a día pintiano.

Los estudios, entre ellos la destacable estratigrafía horizontal documentada por Sanz Mínguez, nos permiten conocer un área que se expande en dirección norte, cada vez más cerca de la zona conocida como Los Cenizales. Esta reveladora toponimia corresponde al pago en el que probablemente se encontraría el *ustrinum*, el lugar donde se cremaban los cadáveres.

El interés principal de los estudios del recinto funerario radica en que la mayoría de las necrópolis muestran factores de conservación muy favorables, así como hallazgos inusuales en otros contextos. Al mismo tiempo ofrecen la posibilidad de datar relativamente los artefactos exhumados al tratarse de depósitos cerrados.

Las intervenciones arqueológicas en la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid), si bien de forma intermiten-

te, vienen realizándose desde el año 1979. Los trabajos de excavación que se desarrollaron entre 1985 y 1987 afectaron a una superficie de 500 metros cuadrados, en la que se recuperaron más de 70 tumbas y se definió una modélica estratigrafía horizontal que transcurre desde el siglo IV a. C. al I d. C. Los trabajos en la necrópolis vaccea de Las Ruedas ofrecieron una primera aproximación a la escatología vaccea hasta entonces desconocida o inédita. No hay que olvidar que Las Ruedas constituye un enclave único dados los pocos datos extraíbles de otros yacimientos como Eras del Bosque, Tariego de Cerrato y Palenzuela (Palencia) o Cuéllar (Segovia).

A partir de 2000 y, sobre todo, desde 2002, momento en el que se inician los trabajos ya de manera ininterrumpida hasta 2010, este cementerio ha venido proporcionando nuevas evidencias. Se han recuperado casi medio centenar de nuevos conjuntos funerarios, amén de numeroso material en posición secundaria, resultante de tumbas



Vista aérea parcial del yacimiento de Pintia. En amarillo la zona de Las Quintanas, datada en la Segunda Edad del Hierro. En rosa, la zona de Zorita, con restos de la Primera Edad del Hierro.

destruidas que ofrecen un interés complementario.

Nos encontramos frente al registro arqueológico de uno solo de los pasos de un ritual funerario que probablemente tuviera una evolución dilatada en el tiempo. Probablemente implicaría actitudes cuya existencia no nos ha dejado evidencias de ningún tipo, por pertenecer estrictamente al ámbito de las creencias. Pese a las limitaciones de este registro arqueológico, las excavaciones son las únicas fuentes de datos con los que rellenar la información sesgada por los siglos y la falta de fuentes escritas sobre la vida –y la muerte– entre los vacceos.



Foto: Ángel Torres

fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra, los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que estos son animales sagrados (Claudio Eliano, *Historia de los animales*, X, 22).

Se ha afirmado en fuentes secundarias que los vacceos incluso consideran una cobardía la muerte de un varón fuera del ámbito guerrero. Desde un punto de vista antropológico, el muerto en combate no necesita ser purificado por el fuego, pues su manera de morir ya es pura por sí misma, haciendo innecesario este ritual.

El combate individual es también algo harto frecuente entre estos pueblos,

Felices en la batalla

«Los celtíberos tienen preparado el ánimo para la muerte y el cuerpo para la fatiga y luchan contra ellos mismos cuando no existe contrincante exterior [...]. Se muestran felices en las batallas y se lamentan en las enfermedades».

Silio Itálico

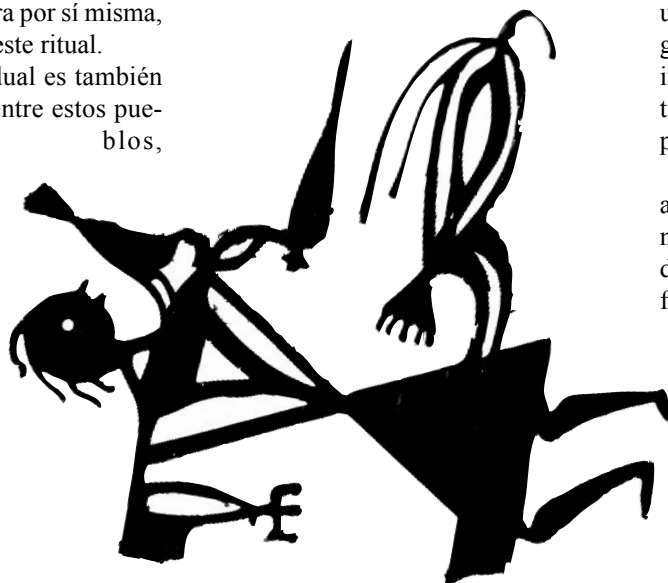
tanto contra enemigos como entre hombres del mismo grupo. La lucha uno contra uno es también un ceremonial previo al combate, un sistema para augurar el resultado de la batalla, o una manera de mostrar el valor individual del combatiente y del contingente al que representa.

Este sistema, que resultaba extraño a los cronistas militares romanos, muestra su importancia durante el asedio de *Intercatia*, cuando un jefe de la ciudad retó a un combate a Escipión. Generalmente el guerrero que lleva a cabo la acción heroica del combate individual es no solo el más diestro, sino el que disfruta de una posición más elevada dentro del grupo social. Este tipo de combates individuales destinados a la ostentación de la propia habilidad y valor parece reservado a los jóvenes.

El combate individual también aparenta ser una actividad relacionada con el rito funerario, como se desprende de la descripción de los funerales de Viriato, en los cuales

numerosas parejas de guerreros se batían a muerte ante la tumba de este en señal de duelo. A estas monomaquias parecen referirse los restos de estelas discoides encontrados en la necrópolis, relacionados con los del grupo burgalés de Clunia,

Una figura humana rodeada de aves. Esta imagen, hallada en una cerámica pintiana parece representar el ritual de descarnamiento del cadáver de un guerrero vacceo.



Lara o Bezares y de otros hallazgos próximos como la estela soriana de Borobia.

Podemos observar monumentos funerarios parecidos en otras zonas. Así, tenemos las grandes estelas discoides con decoración astral de Cantabria (en Lombera, Barros y Zurita, con algunas de dos metros de diámetro); las estelas sin decoración de Asturias (Aller, Duesos, Caravia o Coaña, con 1,5 metros de diámetro); o las piezas con motivos de lacería y esvástica, desarrolladas en época romana a partir quizás de la tipología discoide preaugustea de los ejemplares conocidos de Clunia. Estos monumentos exhiben la iconografía característica del jinete lancero o con escudo (*caetra*). Otros motivos habituales son un guerrero ante un toro y también la representación de serpientes rodeando la figura de un animal carnívoros sobre un bóvido y peces. Algunos de estos últimos ejemplares presentan inscripciones.

Destaca el papel jugado por el armamento en una sociedad con una ética fuertemente agonística, en la que la actividad de la guerra era la

En algunos momentos la mortandad infantil llegó a situarse entre el 55 y el 72%

forma de conseguir prestigio, riqueza y reconocimiento social a través de razias, mercenariado, combates singulares, etc. La “muerte bella” es la culminación de un modo de vida agonístico y las armas son los instrumentos adecuados y más preciados para conseguir ese ideal.

El enterramiento infantil

En los cementerios vacceos llama la atención la escasa representación de tumbas de niños. No olvidemos que la tasa de mortalidad infantil en la Antigüedad supera con creces el 25% en los infantes menores de un año, alcanzando niveles de entre el 55% y el 72% en algunos momentos de la Edad del Hierro si ampliamos

el margen de muestra a los individuos menores de trece años.

En Pintia, las excavaciones recientes proporcionan algunos restos humanos inhumados en la ciudad de Las Quintanas, correspondientes a niños neonatos o de edad inferior a dos años, bajo los suelos de sendas viviendas. Estamos hablando de un ritual diferente para un sector de la población que, dada su alta tasa de mortalidad, no es considerado o reconocido socialmente en tanto en cuanto no supera una edad crítica. Elocuente en este sentido es el pasaje que afirma que «es una costumbre universal no incinerar a una persona antes de que le salgan los dientes» (Plinio, *Historia Natural*, 7, 72).

En Numancia, las excavaciones antiguas proporcionaron numerosos restos humanos inhumados, entre ellos los de un niño bajo el suelo de una vivienda. En el ámbito celtibérico está documentada esta práctica en lugares como Fuensaúco, en La Coronilla, Alto Chacón y el Cabezo de las Minas de Botorrita. En la necrópolis de La Yunta, de 109 enterramientos, se han podido identificar el sexo y la edad en 68 de ellos, lo



Las piedras hincadas señalan la existencia de enterramientos pintianos, que se prolongaron hasta bien entrada la ocupación romana de la zona.

que representa un 61,5%: 33 mujeres (48,5%), 29 hombres (42,5%) y 6 niños (9%). Una situación similar se constata en necrópolis ibéricas como la de Cabezo Lucero, donde los niños siempre tienen edades superiores a los dos años. Tampoco hay restos de individuos perinatales en la necrópolis pintiana.

La incineración, ritual normativo

La cremación del cadáver se llevaba a cabo en el *ustrinum*, en el paraje conocido expresivamente como Los Cenizales, por el cúmulo de cenizas allí existente. Localizado a unos 300 metros de la necrópolis de Las Ruedas, en este lugar se practicaba la incineración utilizando piras de madera. El conocimiento de las piras funerarias resulta escaso; referencias a manchas carbonosas relacionadas con los *ustrina* en el mejor de los casos.

En Numancia se han podido diferenciar cincuenta y ocho manchas carbonosas y cenicientas, sin restos de cremación humana, ni ajuar. La madera detectada se corresponde con pino y, en menor medida, sabinas y encina. Las referencias desde el marqués de Cerralbo a este tipo de hallazgos son frecuentes, así como en cementerios excavados más recientemente donde se habla de *silicernia* o fuegos de ofrenda. Recientes análisis de la necrópolis de Numancia (con 23 sepulturas) permiten señalar la selección de la muestra ósea –sobre todo restos de cráneo y de huesos largos– y su notable fragmentación, parece que intencionada.

Llama la atención, de un lado la escasa presencia de huesos en tumba –de las 155 solo 76 cuenta con ellos– y de otro la escasez de la misma, con cantidades realmente limitadas, de máximo 41 gramos. Dato que no se corresponde con lo acaecido en la necrópolis de La Yunta, donde la cantidad alcanza hasta los 500 gramos, con una media de 300. La temperatura a la que se realizaba la cremación oscila entre los 600 y los 800 °C.

Una vez reducido el cuerpo a unos pocos huesos, estos eran recogidos



Foto: Libertykitty

Elementos habituales en una tumba a orillas del Duero

El estudio de los enterramientos es una de las formas más habituales de acercarse a una sociedad, ya que el registro arqueológico de la última morada revela mucho sobre la ideología y las prácticas de las gentes que los construyeron. En la Pintia de finales del primer milenio a. C. los expertos suelen encontrar, sea cual sea la situación social de su ocupante, elementos bastante habituales en todos los depósitos:

♦ **Loculus:** Hoyo de dimensiones variables abierto en la terraza geológica estéril formada por arenas y gravas.

♦ **Ajuares y ofrendas.** La cremación iba acompañada de diversos elementos, propios del difunto y ofrendados por sus allegados, que incluyen alimentos y bebida para

realizar el tránsito al Más Allá. Existen también algunas ofrendas animales que testimonian el banquete funerario, e igualmente el carácter viático, junto con algunos contenidos en recipientes, para el mundo de ultratumba (en la imagen superior, ajuar encontrado en una excavación, en Pintia). Un aspecto llamativo de algunos ajuares es la inutilización a la que han sido sometidos en ocasiones espadas, puñales, puntas de lanza y *soliferrea*; así como también placas decorativas.

♦ **Lajas** situadas en la parte interna del enterramiento, que suelen tener una función eminentemente selladora.

♦ **Estelas** con función externa señalizadora y, en ocasiones, también selladora.

habitualmente en una urna cerámica junto a los ajuares asociados, trasladándose al hoyo abierto en el cementerio. Estos hoyos en Pintia son de forma oval o redonda, en ocasiones protegidos por piedras.

El análisis de los ajuares funerarios permite establecer una serie de asociaciones que, por su repetición, cabe vincular con grupos característicos de la sociedad celtibérica. Existe un conjunto de tumbas de varones guerreros, en las que aparecen espadas, puñales, lanzas, jabalinas, escudos y cascos en diferentes combinaciones. A ellos suelen asociarse cuchillos, arreos de caballo y punzones, menos usualmente hoces y tijeras. También, en ocasiones, podemos encontrar broches de cinturón y fibulas.

Un segundo grupo está formado por ajuares con elementos de adorno personal: espirales, pulseras, brazaletes múltiples, pendientes, pectorales, etc., así como fibulas, broches de cinturón o las fusayolas, punzones, cuchillos. Estos enterramientos corresponden a individuos femeninos, pero en ocasiones tal vez también masculinos, como se ha demostrado en Carratiermes, donde se han hallando tumbas con pectorales, o en Numancia, con *signa equitum*.

Por último, existe un número importante de tumbas que resultan de difícil adscripción, con objetos que aparecen indistintamente en uno u otro grupo, sobre todo fibulas y bronce de cinturón.

Actualmente, los investigadores del mundo vacceo se centran en las diferencias entre los ajuares, que muestran en un primer momento una clara distinción entre objetos metálicos y otros cerámicos, especialmente cerámicas vasculares. La mayoría presentan objetos de carácter personal, mientras que otros recogen ofrendas de lo que podríamos considerar una liturgia funeraria.

Asimismo, el análisis de los residuos en los restos de cerámica vascular permitirá definir y confirmar la existencia de determinadas sustancias en el entorno funerario. Su estudio permitirá conocer en



Representación moderna en metal de una estela circular con jinete, en la necrópolis de Las Ruedas, en Padilla de Duero (Valladolid).

Foto: R. Pastrana

mayor medida el ritual que precedía y seguía al momento del depósito de los restos en la necrópolis. También conoceremos mejor los pasos del ritual entre los cuales podemos con total probabilidad con-

tar algún tipo de banquete ritual e incluso juegos funerarios. Todo ello nos acercará más a este pueblo que tantos problemas causó a los romanos antiguos en los bosques del territorio vacceo. ■

PARA SABER MÁS:

● BURILLO MOZOTA, F. (coord.) (1990): *Necrópolis celtibéricas*. II Simposio sobre los celtíberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

● DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (eds.) (1995): *Arqueología y medio ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla y León, Valladolid.

● DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., MARTÍN VALLS, R. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): "Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero". En F. Romero Carnicero, C. San Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Valladolid, págs. 397-470.

● HODDER, I. (1990): *Análisis espacial en arqueología*. Crítica, Barcelona.

● MARTÍN VALLS, R. (1985): "Segunda Edad del Hierro". En J. Valdeón (dir.), *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*. Ámbito, Valladolid, 104-131.

SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): "Los vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", en *Memorias, Arqueología en Castilla y León*, 6. Valladolid.

● SANZ MÍNGUEZ, C. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (eds.): "Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea". En *Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.

● WATTENBERG, F. (1959): *La Región Vaccea: celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 2. CSIC y Diputación de Valladolid, Madrid.

MUNDO ANTIGUO



La llegada de Roma transformó profundamente la vida y el entorno de algunas zonas. En la foto, panorámica de Las Médulas (León).

Fotos: Grupo de Investigación sobre Estructura Social y Territorio. Arqueología del Paisaje. CCHS. CSIC.

LOS PUEBLOS DEL NOROESTE

Una luz diferente sobre la sociedad castreña

Los pueblos del noroeste de la Península Ibérica han aparecido tradicionalmente como herederos de la tradición celta y renuentes a la romanización. Inés Sastre Prats, investigadora del CSIC, revisa los tópicos sobre estas sociedades y propone un nuevo enfoque que las convierte en las principales afectadas por la irrupción de nuevos valores y formas de vida llegadas desde el Mediterráneo.

Por **Inés Sastre Prats**.

Durante más de veinte años, el grupo de investigación sobre “Estructura social y territorio. Arqueología del Paisaje” del CSIC ha desarrollado proyectos de investigación en el noroeste y el occidente de la Península Ibérica

centrados en los cambios que impuso la dominación romana de estos territorios. Estos proyectos se han basado en estudios sobre las dinámicas de los paisajes antiguos.

Entre los resultados más relevantes del grupo de investigación está la reinterpretación de las sociedades del Hierro del noroeste. Nuestros estudios de paisaje han proporcionado una imagen bastante diferente de la generalmente admitida y que sigue imperando en gran medida en



Instituto del Patrimonio Cultural de España

Torso de un guerrero galaico. Escultura procedente de Armeá (Orense).

el mundo académico. El conjunto del noroeste peninsular —incluyendo Galicia, Norte de Portugal, y occidente de Asturias, León y Zamora— ha sido considerado tradicionalmente el ámbito de desarrollo de la cultura castreña. Como elementos definitorios de esta cultura se han utilizado algunos rasgos arqueológicos característicos de los sectores costeros meridionales en los momentos más tardíos de la Edad del Hierro, como son los guerreros galaicos, las llamadas saunas o los asentamientos fortificados de mayor tamaño.

El referente más popular para definir a los grupos humanos es el de los celtas, tras el cual se suele esconder la idea de que son sociedades gobernadas por guerreros. Se suponen formas de vida y pensamiento iguales a las de las sociedades europeas más jerarquizadas, bien contemporáneas, o bien incluso posteriores. Por eso la vida de los castros se ha ilustrado, por ejemplo, recurriendo a las descripciones de Julio César sobre las Galias o a los textos medievales irlandeses que narran las historias míticas de héroes locales.

Estas etiquetas, propias del historicismo cultural, han consolidado una visión erróneamente homogénea de un territorio muy amplio y muy diverso, ya que se basan en la utilización de modelos inadecuados para entender las formas de organización social.

Resistencia a las jerarquías

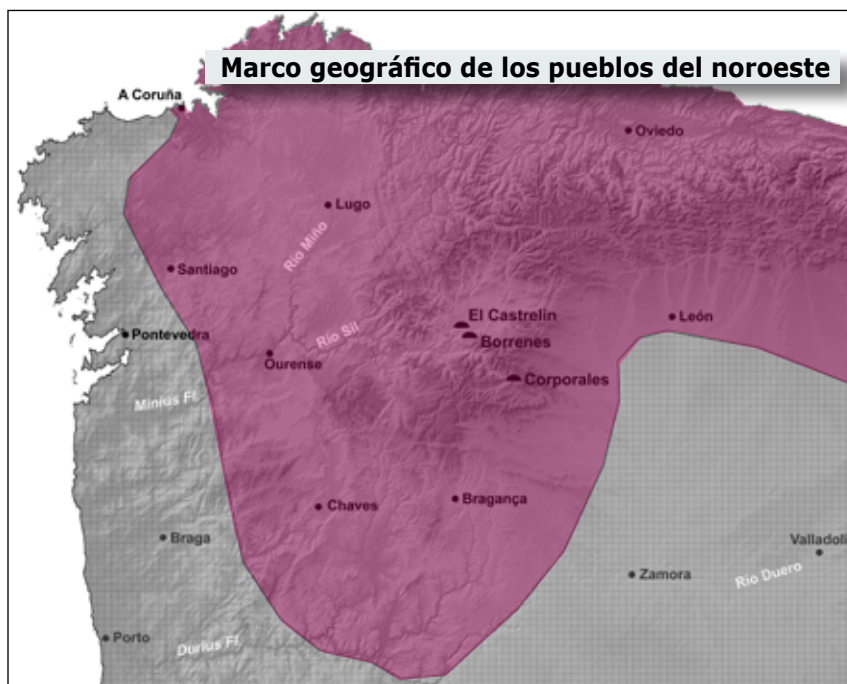
Parece que se considera necesaria la existencia de poderosos jefes en estos momentos avanzados de la Protohistoria, puesto que se teme que otras alternativas condenen al subdesarrollo y al atraso a las sociedades del pasado (¿y con ello también a sus “descendientes” actuales?). Por ello se han sepultado en el olvido las comunidades agrarias, cuya relevancia es fundamental puesto que, en torno a ellas, se explica el registro arqueológico de las sociedades castreñas. Estas comunidades desarrollaron importantes estrategias productivas, sociales, políticas y simbólicas que resultan estar perfectamente en consonancia con lo que ocurría en otras regiones europeas y con lo que les exigía el devenir

El paisaje, una creación social

El término paisaje, originario de la geografía, hace referencia a las realidades espaciales que surgen de la interacción entre las sociedades y su espacio habitado. Este concepto ha sido adoptado por una corriente académica que pretende superar la idea de que el espacio es un mero marco pasivo en el que actúan las sociedades. En opinión de la arqueología del paisaje, el espacio es una creación cultural que forma parte integrante de esas mismas sociedades. Su estudio incluye, entre otras cosas, la distribución del poblamiento y su relación con los recursos y con otros elementos medioambienta-

les que le rodean. Esta corriente también hace especial hincapié en las formas en las que un pueblo delimita y se apropia del espacio, así como la conceptualización simbólica de estos actos, que se analizan desde un punto de vista diacrónico para definir los procesos de cambio.

Por la naturaleza de sus preguntas, los arqueólogos del paisaje abordan sus investigaciones tratando de encajar los registros arqueológicos y el análisis crítico de las fuentes literarias. En la unión de estas dos fuentes buscan la respuesta a cómo se organizaban las sociedades antiguas.



de los tiempos que les tocó vivir.

Una de sus particularidades es haber conseguido neutralizar la división social y las tendencias a la jerarquización. No son, ni mucho menos, residuales o atávicas, sino que muestran procesos históricos originales que están resultando para nosotros, los investigadores actuales, una fuente importantísima de reflexión tanto desde el punto de vista arqueológico como antropológico.

Hemos definido estas sociedades centradas en la comunidad/castro a partir del registro arqueológico de dos regiones leonesas: el Bierzo y la Cabrera. El talento extraordinario de M.^a Dolores Fernández-Posse permitió caracterizar con maestría sus rasgos esenciales a partir del estudio de tres asentamientos leoneses y su territorio: El Castrelin de San Juan de Paluezas, el Castro de Borrenes (en el Bierzo) y la Corona de Corporales (en la Cabrera).

Fernández-Posse se basó para ello en el concepto sociológico de campesinado. A partir de estos asentamientos hemos desarrollado un modelo de sociedad que consideramos típico de la Edad del Hierro del noroeste (VIII-I a. C.), aunque con numerosas variaciones locales. Quedan excluidas las regiones más meridionales y costeras a partir de, más o menos, el siglo III a. C.

Pequeñas comunidades

Los castros prerromanos son comunidades pequeñas con una delimitación clara y visible. No suelen superar los 200 habitantes, aunque la mayoría seguro que albergarían muchos menos. Esta cifra es importante porque es la que

manejan habitualmente los antropólogos como umbral crítico para entender la complejidad social. Por encima de este umbral surgen problemas y conflictos sociales que ya no se pueden resolver en el cara a cara cotidiano.

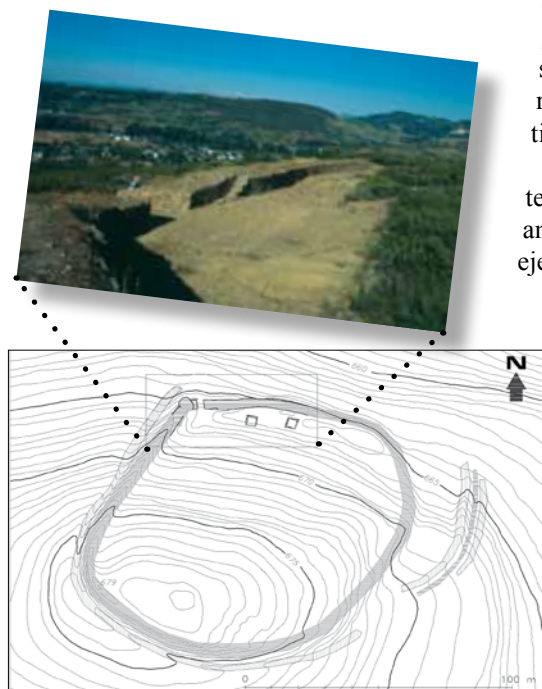
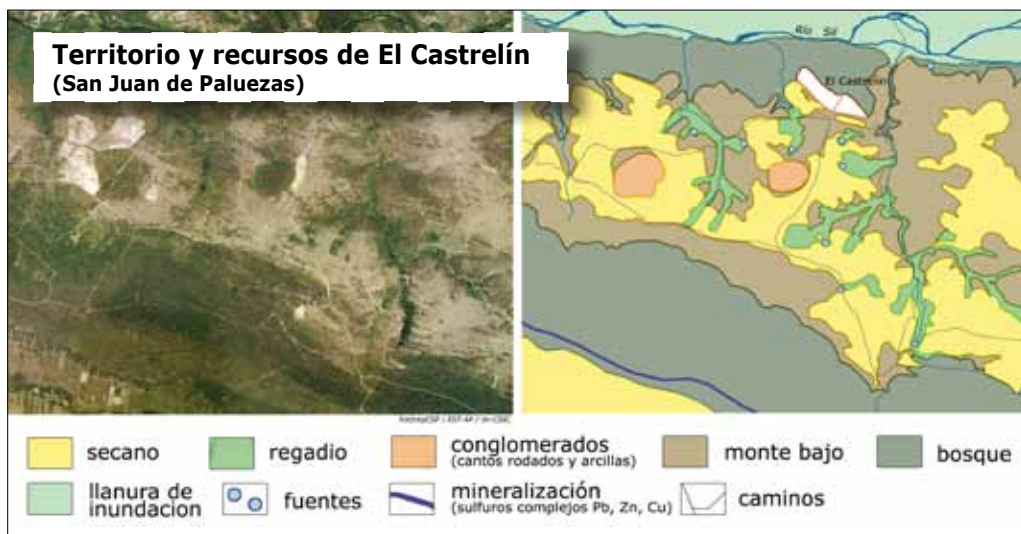
Los castros están claramente delimitados y suelen estar amurallados. Sabemos por los ejemplos bercianos que la muralla era el primer elemento que se construía cuando se iniciaba un asentamiento. Con ello se ponía límite al crecimiento de la población.

No se ha documentado ningún caso de castro prerromano que supere ese límite y cuyas edificaciones lo desborden. Deducimos de esto que las pobla-

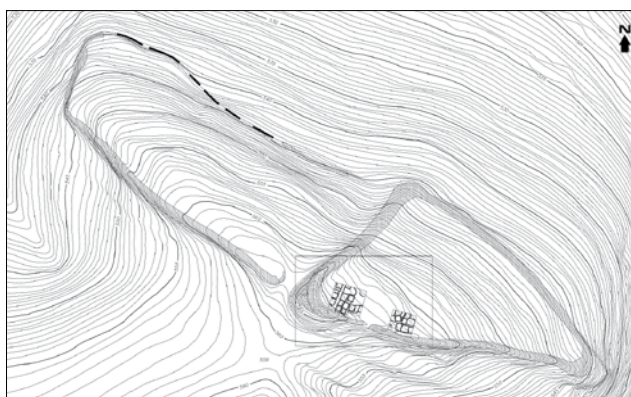
ciones evitaban activamente llegar a ese umbral crítico, de modo que cuando la población crecía, seguramente el castro se segmentaba dando lugar a otro asentamiento. La muralla, por otra parte, también tenía una función hacia fuera: resaltaba el castro y proclamaba su preeminencia sobre el espacio circundante, sustento de sus moradores.

El hecho de que toda la población habitara en el mismo tipo de asentamiento indica que las comunidades estaban muy bien definidas y claramente contrapuestas las unas frente a las otras. Todos sus habitantes tenían muy claro quién formaba parte de cada comunidad y poseía, por tanto, acceso a sus recursos. Esto es algo muy característico de las sociedades agrarias complejas: la vida se adapta al ciclo agrario, cuyos rendimientos involucran a varias generaciones.

Los estudios sobre el territorio de los castros indican que en el entorno cercano las poblaciones disponían de todos los recursos necesarios para desarrollar un sistema productivo autosuficiente. La estrategia económica estaba condicionada por la minimización de riesgos y la diversificación de la producción. Como se ve en el caso de El Castrelín, el entorno circundante incluye zonas aptas para el cultivo de secano y



Sobre estas líneas, plano del castro de Borrenes (León), con una fotografía de parte de su muralla. A la derecha, el yacimiento de El Castrelín de San Juan de Paluezas, también en la provincia de León.



de regadío, puntos de agua, áreas de extracción de materias primas (arcilla, hierro), etc.

Todas las unidades domésticas del poblado tenían acceso a la tierra y controlaban su propia producción agraria. Esto se puede saber a través del estudio de las viviendas y de su distribución dentro de cada asentamiento. Las unidades domésticas estaban construidas por agregación de espacios con distinta vocación funcional: hogar, zonas abiertas, pequeños talleres y almacén.

Los almacenes son las construcciones que presentan un mayor cuidado en su ejecución. Se trata de un espacio sobreelevado en el que se conservaban alimentos y producciones agrarias (grano, carnes curadas, etc.). Es digno de mención el hecho de que los almacenes mantienen un tamaño similar a lo largo del tiempo. Todas las unidades domésticas disponen de un espacio total más o menos equivalente, poseen su propio almacén y se distribuyen en el asentamiento buscando autonomía y aislamiento. Esto lo consiguen construyendo sus propios muros (no existen muros medianeros con otras unidades domésticas) y definiendo es-

Unidades domésticas de El Castrelin de San Juan de Paluezas. Foto de un sector excavado y plano.

Cada unidad doméstica (en distinto color) está conformada por la agregación de espacios.



pacios de acceso exclusivos y visualmente ocultos para otras unidades domésticas. No existen espacios públicos que articulen las diversas unidades domésticas. Existen espacios de tránsito, pero no calles a las que se abran las viviendas y permitan articular de manera global el espacio.

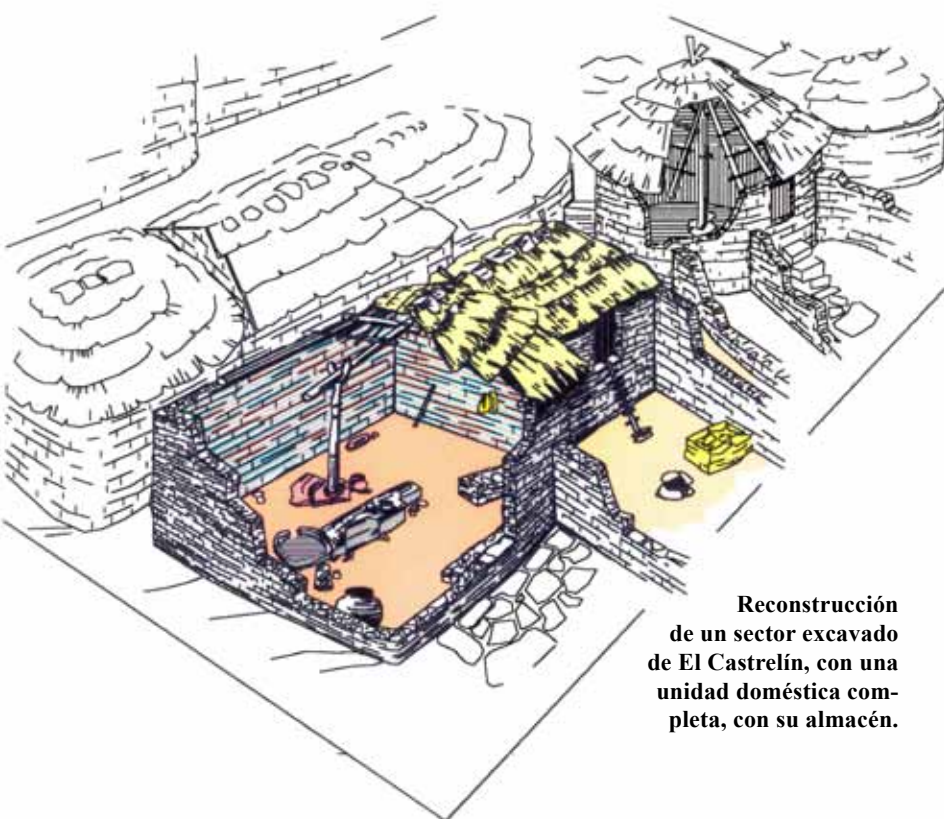
Además de la autosuficiencia económica, los castros se caracterizan por su independencia política. No hay todavía ningún análisis regional que

permita definir una jerarquización de asentamientos castreños o una diferenciación funcional de los mismos en un momento estrictamente pre-

romano. Esto nos lleva a suponer que cada castro tomaba sus propias decisiones a escala comunitaria.

¿Cómo se establecieron las relaciones entre castros? Por una parte, parece claro que estas relaciones fueron conflictivas. Cada comunidad está cerrada sobre sí misma, y se identifica muy claramente frente a las otras comunidades. Pero al mismo tiempo, necesita a los demás, puesto que una comunidad de menos de doscientos habitantes no puede, por razones biológicas, ser autosuficiente en cuanto a la reproducción. Hay que suponer, por tanto, la existencia de relaciones entre asentamientos que no dieron lugar a la definición de entidades políticas supra-locales de carácter regional.

Por lo tanto, la estructura social de estos castros gira en torno a dos niveles, articulados por dos tipos de segmentos sociales repetidos. Por una parte, la comunidad/asentamiento. Por otra, las unidades domésticas dentro de cada asentamiento. De aquí deducimos que estamos ante formas de organización social comunitarias en las cuales funcionan mecanismos que neutralizan el surgimiento de jerarquías o grupos dominantes, dando lugar a lo que hemos denominado como sociedades agrarias segmentarias. Entre estos mecanismos destacan el control de crecimiento de la población y de la estabilidad del sistema productivo.



Reconstrucción de un sector excavado de El Castrelin, con una unidad doméstica completa, con su almacén.

El metal en la Edad del Hierro

En el yacimiento de la Corona de Corporales se ha documentado una excepción a la autosuficiencia de los hogares castreños. Allí ha aparecido un espacio especializado en la producción metalúrgica, como revela la gran cantidad de escoria documentada en el lugar. Esta herrería tal vez proporcionase las herramientas necesarias para todo el poblado a cambio de productos agrarios, puesto que no posee almacén. Sea como fuere, esto indica nuevamente que, a pesar de la autonomía de las diversas unidades domésticas, el sistema productivo solo está completo a escala comunitaria, de modo que el peso de la comunidad es fundamental para entender la estructura social.

El herrero fabricaba también productos de bronce y de plata, algunos de un nivel tecnológico bastante alto, como indican los

fragmentos de moldes de síntulas, calderos metálicos con un probable uso ritual. Es posible que estos herreros fueran también orfebres, aunque la metalurgia del oro no está documentada directamente en estos casos leoneses.

Hay que insistir en que todos estos metales (hierro, plata, cobre, estaño) pueden extraerse en las cercanías de la Corona de Corporales. Lo mismo pasa con el oro que era extraído de los ríos mediante el bateo, según indica Estrabón. Esta labor exige cierto dominio técnico, pero puede llevarse a cabo a escala doméstica o familiar, como ocurre en el caso de las aureanas, mujeres de una Galicia más reciente que extraían oro de los ríos de manera estacional para complementar la economía familiar.

RESTOS DE LA FUNDICIÓN EN CORONA DE CORPORALES

- ▽ Bronce
- Hierro
- Escorias de hierro
- Revestimiento de horno
- ◡ Crisol
- ◡ Restos de crisol fundido



Lo anterior no quiere decir que se tratara de poblaciones idílicas, pacíficas y sin conflictos. Las desigualdades de género, edad y prestigio pueden darse por supuestas. Incluso hay que suponer la existencia de desigualdades en cuanto a riqueza, si por ello entendemos un mayor éxito en la producción y en la reproducción de determinadas unidades domésticas por comparación con otras. Pero es de suponer que todas estas unidades domésticas estaban igualmente representadas y tenían los mismos derechos y deberes en las asambleas o reuniones en las que se tomaban las decisiones. Existieron formas de desigualdad, pero lo importante es destacar que no rompieron los límites impuestos por el peso de lo comunitario, porque la propia estructura social impedía activamente esa ruptura. Es lo que denominamos resistencia.

En relación con esta idea de riqueza es forzoso hablar de la orfebrería castreña, sobre todo del oro, y eso a pesar de que en el ámbito leonés de nuestros castros esta orfebrería es muy limitada. Hay que reconocer que las joyas plantean uno de los retos más difíciles para nuestro modelo de organización social comunitaria-segmentaria, sobre todo frente a los que defienden alternativas jerarquizadas o célticas, y sobre todo cuando uno se enfrenta a joyas como los torques de oro, que tan directamente se han relacionado siempre con jefes y guerreros.

Como hemos visto, todo el registro arqueológico es claramente comunitario y doméstico, y la propia extracción de los metales, incluido el oro, puede explicarse en ese mismo contexto. A esto hay que unir el hecho de que no existe ningún elemento documentado arqueológicamente que se refiera al ámbito de lo simbólico, religioso o funerario entre estos castros prerromanos, a excepción –aparentemente– de la joyería. Por ello, nos resulta más lógico intentar explicar lo excepcional (torques) a partir de lo habitual (registro comunitario) que no al revés.

En general la orfebrería castreña (arracadas, etc.) puede más o menos

explicarse dentro de las esferas domésticas de esas unidades que ejercen fuerzas “centrífugas” dentro de la cohesión comunitaria, pero que son incapaces de romper con ella y promover la división social.

El caso de los torques es algo más complejo. Para entenderlo hay que considerar como elemento esencial ese concepto de resistencia antes indicado. Estos castros son el resultado de un proceso histórico que ha favorecido la imposición de formas de organización comunitaria en un momento en el que otras comunidades, no demasiado lejanas, derivaban hacia formas jerarquizadas de relación social.

Los habitantes de estos castros segmentarios conocen la desigualdad y la jerarquización, pero viven en sociedades cuya organización permite que triunfe la resistencia frente a eso. Uno de los mecanismos para ello es anular el carácter jerarquizante que pueden tener determinados símbolos en otros sistemas sociales. Posiblemente el torque fue utilizado para enfatizar la cohesión comunitaria en las relaciones entre castros, permitiendo identificar a algunos individuos en calidad de representantes – no de jefes– de sus comunidades. Es decir, que un mismo símbolo pudo tener significados muy distintos en distintas sociedades en un mismo momento histórico.

Muchos estudiosos han considerado que esta interpretación sobre el mundo castreño resulta demasiado excepcional para ser correcta. Pero lo cierto es que en otros ámbitos europeos se han planteado también interpretaciones que ponen seriamente en cuestión la existencia de jerarquías guerreras durante la Edad del Hierro. Por no hablar de la revisión general que han sufrido los paradigmas célticos en los últimos tiempos.

Muchas corrientes antropológicas y sociológicas plantean la necesidad de atender a los procesos históricos de construcción de relaciones sociales igualitarias en épocas recientes. Dichas corrientes coinciden en la crítica al funcionalismo y alertan contra un fenómeno de enorme inte-

rés: La expansión de determinados Estados (antiguos y modernos) ha conllevado la imposición de una determinada visión distorsionada de los otros, evidentemente peyorativa. No sólo eso: Casi siempre se ocultan las formas de organización comunitarias –difíciles de conceptualizar– y se imponen visiones muy jerarquizadas de las comunidades sometidas, absorbidas o exterminadas.

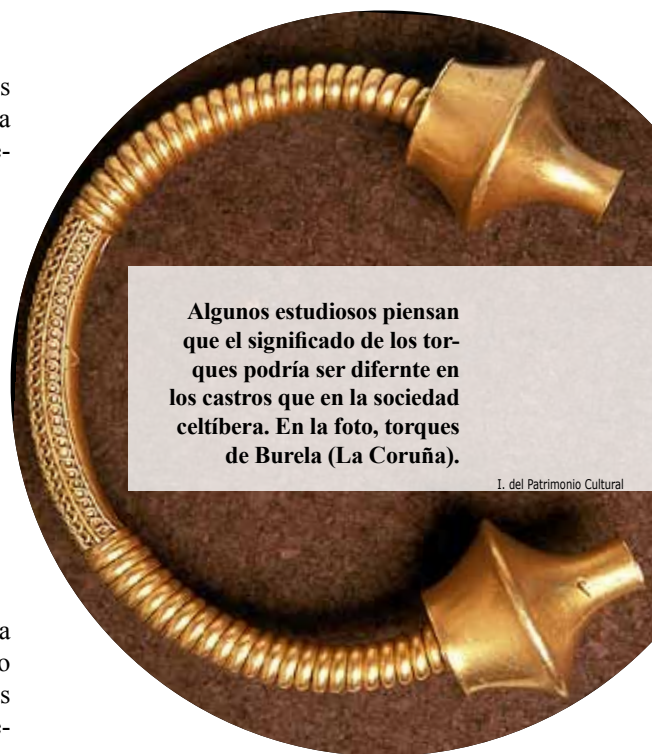
Algo así ocurrió con la dominación romana. La resistencia a la jerarquización de los castros segmentarios fracasa a partir de la conquista. El dominio romano se basó en la imposición de un sistema tributario a través de las *civitates*, lo que implicó la aparición de nuevas formas de organización social y territorial.

La aparición de las clases

Durante bastante tiempo aún pervivieron algunos rasgos castreños (formas constructivas, cerámicas...), lo que se ha interpretado tradicionalmente como síntoma de continuidad y de escaso impacto de la romanización. Sin embargo, nuevos análisis como los realizados en Las Médulas (área a la que se vinculan El Castrellín y el Castro de Borrenes) indican que hubo cambios sustanciales a finales del siglo I a. C. A partir de esa fecha, variaciones en las formas de organización de la producción, la relación entre asentamientos, la distribución de su espacio interior y otros

aspectos, denotan un cambio social de primer orden.

La conclusión de los nuevos estudios es paradójica. Territorios que se catalogaron siempre como zonas indómitas y reflectantes de cualquier influjo civilizador mediterráneo, en realidad posiblemente fueron las que sufrieron un cambio más radical con el dominio romano. Mientras otros territorios peninsulares llevaban siglos habituados a formas de organización basadas en la explotación social, para las gentes de los castros, con Roma llegó el gran cambio, el que ya no tuvo marcha atrás: la aparición de la sociedad de clases. ■



Algunos estudiosos piensan que el significado de los torques podría ser diferente en los castros que en la sociedad celtibérica. En la foto, torques de Burela (La Coruña).

I. del Patrimonio Cultural

PARA SABER MÁS:

- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (1998): “Las comunidades campesinas en la cultura castreña”, en *Trabajos de Prehistoria* 55.2, 127-150.
- HILL J. D. (1996): “Weaving the strands of a new Iron Age”, en *British Archeology* 17
- PARCERO, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del noroeste*. Ortigueira.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (editor) (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León.
- SASTRE, I. (2001): *Formaciones sociales rurales de Asturia romana*. Madrid. Ed. Clásicas.

LASHUELLASDELASLEGIONES

La pesadilla lusitana

A mediados del siglo II a. C. los belicosos lusitanos se rebelaron contra el dominio romano. Durante 15 años las legiones fracasaron a la hora de sofocar el levantamiento. Los restos de un campamento con imponentes defensas, cercano a Llerena, recuerdan uno de los episodios iniciales de un enfrentamiento que llegó a ser la bestia negra del Senado.

Texto: **F. J. García Valadés.**

El complejo militar de El Pedrosillo se sitúa tras las últimas estribaciones de Sierra Morena, a 7 kilómetros al noreste de Llerena (Badajoz). Está a 1,5 kilómetros al norte de la carretera que une esta localidad con Ahillones. Se puede acceder a través de una pista de acceso restringido para vehículos, ya que ocupa actualmente tierras de cultivo dentro de una finca privada.

Los trabajos arqueológicos han puesto de relieve la singularidad del yacimiento. Se trataría de todo un complejo de estructuras asociadas a un recinto campamental principal. Por lo que no hablamos de una instalación aislada, como ocurre en la mayoría de los yacimientos militares romanos de la Península.

UBICACIÓN

El Pedrosillo, Casas de Reina (Badajoz).

COORDENADAS

38° 16' 04" N; 5° 56' 37" O.

DESCRIPCIÓN

Complejo militar republicano probablemente asociado a un campo de batalla de las guerras lusitanas.

DATACIÓN

Teniendo en cuenta sus características, es similar a los campamentos romanos de Renieblas I, II y III (ver **Stilus 5**) y el de Aguilar de Anguita. Por lo tanto, al igual que aquellos, se dataría entre el primer y tercer cuarto del siglo II a. C. Considerando además su ubicación en la Beturia y próxima a los *oppida* de Regina y Arsa, podríamos ponerlo en relación con las Guerras Lusitanas –siguiendo a Apiano– alrededor del 140 a. C.

Ocupa una superficie superior a 350 hectáreas, a ambas orillas del arroyo de El Pedrosillo. Se trata de un emplazamiento ideal para un campamento de campaña. Se sitúa en una leve loma con amplias vistas, con suministro continuo de agua,

con proximidad a un vado fluvial, amplia zona de praderas para pastos, con bosquillos de encinas y abundante piedra en superficie que facilita la construcción.

Entre las estructuras localizadas se identifican dos recintos amuralla-



Vista oeste de la cresta rocosa sobre la que se elevaba el recinto principal del campamento.

dos de forma trapezoidal, uno mayor que otro; agrupaciones de pequeños recintos circulares (*castellae*); estructuras anexas utilitarias y todo un sistema de defensas en *titulum*.

El recinto principal (C2, en el plano de las estructuras) tiene forma más trapezoidal y ocupa una extensión de 9,90 hectáreas. Está delimitado por una muralla baja de 1226 metros de longitud, con una altura entre 1 y 1,20 metros, construida según la técnica del *emplecton*. Con un montaje cuidado de los paramentos. La anchura media de la muralla es de 2 metros, aunque puede variar entre 1,80 y 2,50. Solo muestra una puerta de 70 centímetros situada al este.

En lo alto del campamento

El paramento interno del muro no es vertical, sino ligeramente inclinado para engrosar la base y es unos 30 centímetros más alto que el exterior, que sí que es vertical. El muro está flanqueado por dos taludes laterales: uno externo, con pendiente pronunciada, y otro interno, más suave. El interior del recinto parece haber sido nivelado. A lo largo del campamento discurre una espina rocosa que ha sido rebajada en el centro del recinto, quizás con la intención de

Dos imágenes de la muralla del recinto principal. A la derecha, la zona sur tras su excavación.

Abajo, otra vista en la actualidad.



Foto: F. J. García Valadés.



Plano: J. G. Gorges y F. G. Rodríguez Martín.

ubicar el *praetorium*. Las esquinas se encuentran redondeadas.

El recinto secundario (C2a) se encuentra en la parte más elevada de la loma y se sitúa al sureste del recinto principal. De idéntica



Foto: Gorges y Rodríguez Martín.

construcción al principal, tiene forma de trapecio. Posee una pequeña puerta en clavícula de 70 centímetros al sureste. El interior está aterrazado y nivelado, ocupando 3,50 hectáreas. Sin embargo, se trata de un pequeño recinto incluido en un

aterrazamiento mayor, visible en vista aérea, que se correspondía con un recinto campamental anexo al principal al noroeste y flanqueado por un *vallum* y un foso, en sus lados este y sur. Se accedería por una puerta en pseudo-clavícula, en la que la puerta se dispone entre dos muros que discurren paralelos durante un tramo antes de la abertura. Esta disposición supone una variante sobre la clavícula clásica en la que el paramento exterior se adelanta en cuarto de círculo sobre el interior.

La estructura delimitada por el *vallum* parece haber sido una fase preliminar del resto del conjunto o bien pudo pertenecer a una campaña anterior. Esto se deduce de apreciar en vista aérea que la terraza del recinto pequeño (C2a) y del recinto de la empalizada en la que está inserto

Glosario

- **Amicus Populi Romani:** Título que el pueblo de Roma otorgaba a aquellos extranjeros que habían procurado beneficios para la República romana.
- **Castella:** Reducto circular amurallado.
- **Devotio:** Vínculo de fidelidad que se establecía entre un líder y sus seguidores.
- **Emplecton:** Técnica de construcción consistente en dos paramentos externos que se rellenan en seco con empedrado.
- **Oppidum:** Núcleo destacado de población dentro de un territorio generalmente fortificado.
- **Praetorium:** Residencia del general dentro de un campamento romano.
- **Titulum:** Segmento de muro.
- **Vallum:** Cercado con estacas de madera clavadas sobre terraplén.

fue recortada para la edificación del recinto principal (C2). Pudo tratarse entonces de un puesto de control o de una avanzadilla que iniciaría la posterior instalación. El mismo objetivo parece que desempeñaron los recintos empalizados a 100 metros al sur del yacimiento (C1 y C1a). Su forma es ovalada, con una puerta de grandes dimensiones, flanqueados por un foso y una fuerte empalizada, que les caracteriza como *castella*. Claramente vinculados al primer asentamiento romano en la zona, pudieron ser también puestos avanzados de control de la vía.

El campamento de El Pedrosillo parece apto para albergar una sola legión y sus cuerpos auxiliares

Lo que verdaderamente hace singular al yacimiento de El Pedrosillo es el complejo de estructuras defensivas asociadas, que le hace ser uno de los más relevantes de los conservados en la Península.

Para defender el asentamiento de posibles ataques por el norte, los romanos desplegaron un sistema de fortines (F) a ambas partes del arroyo, delimitados en piedra, entre 1 y 2 metros de grosor, o empalizada, en los casos de los más grandes. Sus dimensiones son diversas. Parece que su función era de control, quedando claramente manifiesta en el caso de fortín que se emplaza sobre la vía que se dirige al castro de Las Dehesillas (F4) o el que se abre a una zona de cercados (F8).

Asociados a los fortines levantaron recintos circulares u ovalados. Se

Mumio y el primer levantamiento

El territorio del pueblo lusitano se encontraba en el suroeste de la Península Ibérica. Comprendería todo el centro y sur del actual Portugal y la región de Extremadura. Su lucha contra Roma discurrió de forma paralela a la que sostuvieron los pueblos celtíberos. El mismo año que el cónsul Lúculo arrasaba la meseta norte (155 a. C.), se produjo la primera rebelión lusitana.

Los escasos recursos con los que contaban estos pueblos se limitaban a una pobre agricultura y al pastoreo. Según nos cuenta Diodoro Sículo, buena parte de los jóvenes lusitanos abandonaban sus hogares en su momento de plenitud física forzados por la carestía. Se equipaban con poco más que el valor y sus armas y se arrojaban al monte. Allí se incorporaban a bandas de considerable tamaño con el único objeto de practicar el pillaje mediante ataques rápidos y ágiles. Veamos primero los antecedentes del caudillo Viriato.

El primer cabecilla del que Roma tuvo conocimiento se llamaba Púnico. Llegó a contar con una banda de hombres que sobrepasaba el millar y que constituía un auténtico ejército con el que podía controlar buena parte del territorio lusitano. Consiguió cruzar el Guadalquivir, que constituía

la frontera natural entre el mundo romano y el bárbaro. En sus correrías por la bética arrasó muchos pueblos aliados de Roma. Para acabar con el levantamiento, la metrópoli envió al pretor Mumio que fue estrepitosamente derrotado por Púnico, provocándole más de 6.000 muertos y entre ellos su propio cuestor Terencio Varrón. Púnico logró así tener vía libre para asaltar todo el sur peninsular. Consiguió establecer una alianza con los Vettones, pueblo celtíbero cuyos dominios se extendían a ambos lados del Sistema Central. Junto con ellos sometieron buena parte de la actual costa andaluza y a los denominados blastofenicios, aliados de Roma.

Púnico pereció en combate en el 153 a. C. y fue sustituido por Cesáreo que continuó con la campaña de éxitos. Nuevamente Mumio llegó a la Península, esta vez con un ejército consular. Mumio consiguió que se replegaran del valle del Guadalquivir y les siguió en su huida con la intención de acabar finalmente con su resistencia. Pero tal huida la realizaron organizadamente, y a modo de cebo, lograron que las legiones se internaran en territorio lusitano por terrenos cuyas condiciones agresivas impedían su maniobrabilidad. Fue entonces cuando los lusitanos

se volvieron contra sus perseguidores infringiéndoles cerca de 9.000 muertos. Mumio se rehízo con sus supervivientes y los sometió a duro adiestramiento. Sumó a sus tropas refuerzos de la Hispania Citerior y de tribus aliadas. Aprovechando el exceso de seguridad de los lusitanos les dio batalla y consiguió con una gran victoria que cruzaran definitivamente el Guadalquivir.

Esta batalla no hizo sino reactivar el conflicto. Tribus lusitanas cercanas al Tajo se levantaron en armas y tomaron la ciudad aliada romana de *Conistorgis*, en el Algarve. Consiguieron llegar a la costa andaluza y en un alarde de operatividad cruzaron el estrecho para asaltar poblaciones del norte de África. Mumio reforzó nuevamente su ejército y consiguió una nueva victoria que causó más de 15.000 muertos entre los lusitanos. Se hizo con un gran botín y obtuvo el triunfo en Roma.

En el 152 a. C., Marco Atilio Serrano fue nombrado pretor de la Ulterior. Se internó en territorio lusitano y tomó Oxthracas, una de sus principales ciudades. Sometió la mayor parte de la Lusitania y firmó tratados con los vencidos. Pero la retirada del pretor al valle del Guadalquivir supuso la reanudación del bandidaje.

han contabilizado en torno a quince. Elaborados generalmente en piedra, con la técnica del *emplecton*, con grosores entre 1 y 2 metros y una altura no elevada, de unos 1,40 metros que garantiza protección y una posición idónea para el uso de armas arrojadas. Los más grandes (C8) están limitados con empalizada. Constituirían auténticas torres junto a los fortines.

Muros contra la caballería

Finalmente, dispusieron a media ladera obstáculos para impedir el ataque organizado de la caballería enemiga. Se identifican hasta más de un centenar de muretes, diferenciados en tres conjuntos. Dos de ellos paralelos a ambos lados del arroyo y un tercero, perpendicular al resto, cortando el acceso por el este. Generalmente contruidos en piedra mediante *emplecton*, con una anchura de 2 a 3 metros y una longitud de entre 10 a 30 metros. La altura actual ronda los 50 centímetros. Pudieron estos *titula* estar precedidos de foso, pero no hay evidencias al respecto.

Se añadió a las defensas, un pequeño afluente del arrollo El Pedro-sillo, que discurre paralelo frente al conjunto perpendicular de *titula*, que fue rebajado hasta el nivel de roca madre para convertirlo en un ancho foso de 4 metros.

Para finalizar, además del conjunto defensivo, se localizan numerosas construcciones anexas que probablemente fueran recintos para alojar parte del bagaje y animales de carga propios de un ejército romano en campaña. Es curiosa la construcción que se ubica en altura sobre el conjunto, muy próxima al recinto principal (F3), y que está flanqueada al este por una muralla serpenteante y todo el sistema de *titula* que se despliegan a ese lado del arroyo. Además se vería defendida por un recinto circular al norte (C6), lo que contrasta con una entrada de 10 metros en pseudo-clavícula. Los arqueólogos han querido ver en él un posible recinto balístico. Más al este, el conjunto F2 podría tratarse de corrales para el ganado. Curio-

Viriato, la creación de Galba

En el 151 a. C., Servio Sulpicio Galba llegó como nuevo pretor con la firme resolución de acabar con el problema lusitano, que suponía una amenaza constante a las posesiones romanas en Hispania. Salió al encuentro de los insurrectos en una marcha agotadora. Al llegar hasta sus posiciones, sin mediar descanso, atacó con su caballería que puso en retirada a los lusitanos. Pero rápidamente se reorganizaron y devolvieron el golpe causando una masacre entre las exhaustas legiones. Perdió más de 6.000 hombres y buena parte de las insignias. Se replegó hasta la actual Carmona hostigado cruentamente por los rebeldes. Juró venganza.

Con un nuevo ejército reforzado arrasó los campos y ciudades de la Lusitania. Agotados por tan cruenta campaña, los lusitanos enviaron embajadores para negociar una paz. Galba aparentó aceptar las condiciones y citó a 30.000 guerreros en un valle con la excusa de entregarles tierras ricas a cambio de sus armas. Dividió el contingente en tres grupos, los desarmó y lanzó a las legiones contra ellos acabando con 9.000 y esclavizando a otros 20.000. Pocos se salvaron. Uno de ellos fue Viriato.

Galba consiguió salvarse de las acusaciones que recibió en Roma por la vileza de sus métodos y las sospechas de enriquecimiento ilegal. Lo hizo gracias al enorme botín que procuró para la ciudad. No pudo con él ni el mismísimo Catón el Viejo. Pero también consiguió la unidad de todas las tribus lusitanas y con ellas, la insurrección de otros pueblos peninsulares.

Viriato, al que se le ha querido ver oriundo de la Sierra de la Estrella, había casado con la hija de un acaudalado terrateniente lusitano, Astolpas, que a su vez colaboraba con los romanos. Poco más se

sabe de su origen. Incluso su propio nombre resulta oscuro al tener una posible raíz latina (*vir*, hombre), aunque otros la creen céltica (*viria*, brazalete).

Viriato, tras salir superviviente de la masacre de Galba, centró todos sus esfuerzos en reunir un ejército con el que combatir al invasor. En el año 147 a. C., tan solo tres años después del infame pretor, ya se había convertido en el nuevo cabezalla de la rebelión y desplazó el teatro de operaciones de nuevo a la Turdetania.

Comenzó a atacar posiciones romanas aisladas mediante emboscadas. Pero no dudó en salir a campo abierto, haciendo frente a las legiones con la táctica de la simulación de una huida desorganizada y la repentina vuelta al combate en un ataque frontal por sorpresa. Los romanos, confiados en su victoria, se lanzaban en desorganizada persecución rompiendo la formación que les garantizaba la superioridad táctica. De este modo, eran aniquilados, al volverse los lusitanos bruscamente contra ellos.

Viriato se refugió en la serranía de Ronda, en la ciudad de *Tribola*. Allí siguió incorporando más hombres a su causa. El pretor de la Ulterior, Cayo Vetilio, decidió hacerle frente. Avisado de ello, Viriato ordenó que parte de su caballería actuara de cebo hasta atraer a las legiones a los valles abruptos de la serranía. Apostados sus hombres en los flancos del valle, se precipitaron sobre las incautas tropas romanas que no pudieron manio-brar en la angostura. Perdieron allí la vida 4.000 hombres, incluido el pretor Cayo Vetilio. Tras el desastre, controlaba toda la Hispania Ulterior. Podía ahora acometer el territorio carpetano de la meseta sur. Llegó a conquistar hasta Segóbriga.

samente no se divisa desde fuera del campamento. Por otra parte, el gran conjunto oriental (F8), por sus dimensiones y la proximidad al arroyo, parece que estuvo claramente destinado a guardar animales.

Los arqueólogos han constatado la escasez de material considerado típicamente romano (ladrillos, tejas, cerámica...). Tan

solo han aparecido algunos elementos metálicos como una punta de *pilum*, glandes de plomo, piquetas y una curiosa moneda hispano-cartaginesa.

El complejo defensivo parece estar orientado a defender el asentamiento de un ataque por el norte y el noreste. Lo que con-

Pasa a la página siguiente



Las campañas de excavaciones en el campamento han localizado diversos objetos como la punta de un *pilum* y una pequeña moneda hispano-cartaginesa (sobre estas líneas).

El infierno de las legiones

A mediados del siglo II a. C. Hispania se había convertido en un hervidero en el que el poder de Roma amenazaba con el colapso. Para contener la situación, el Senado envió a la zona a un nuevo pretor, Plaucio, que reforzó los restos del ejército romano con aliados peninsulares. Puso en pie un ejército tácticamente superior al enemigo, pero la primera batalla campal que sostuvo mostró que el temor había minado la moral romana: las legiones fueron arrasadas. La persecución lusitana se cebó con los pueblos celtibéricos que colaboraban con los romanos. Plaucio fue procesado en Roma y condenado al destierro.

La rebelión se había extendido a toda la Península. El Senado, en vez de enviar pretores, encomendó la tarea a cónsules que prorrogarían su mandato si fuese necesario. Los efectivos legionarios debían duplicarse, pero el reclutamiento era difícil porque nadie deseaba ser enviado a la Península. Esta era la situación que se encontró el cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano, hijo de Emilio Paulo (ver **Stylus 5**) y hermano de Escipión Emiliano. Estableció su base en la actual Osuna, en donde sometió a sus tropas a un largo entrenamiento.

El primer encuentro fue en campo abierto. Fabio Máximo Emiliano, después de infligir un fuerte castigo a las tropas de Viriato, prefirió no perseguir a su ejército. Viriato se rehízo en las sierras próximas a Bailén. Un nuevo cónsul, Quinto Pompeyo Aulo, sobreestimando su superioridad se

enfrentó de inmediato a los lusitanos que de nuevo barrieron las legiones practicando el contraataque tras simular la huida. Después inesperada derrota se resguardó en sus cuarteles hasta agotar el mandato. Para entonces, la fama de Viriato levantó a muchas tribus en armas contra Roma: arévacos, vacceos, titos y belos.

El cónsul que sustituyó a Pompeyo fue el hermano de Fabio Máximo Emiliano, Fabio Máximo Serviliano. Llegó con un poderoso ejército de 20.000 hombres entre legionarios y tropas aliadas. Evitó un encuentro precipitado con Viriato y esperó refuerzos del rey númida Micipsa, que le aportó jinetes y elefantes. Fue entonces cuando decidió enfrentarse a los lusitanos, dirigiendo sus tropas contra *Tucci* (Martos, Jaén) en la que se hacía fuerte Viriato.

Nuevamente las tropas romanas se confiaron al contemplar a los lusitanos en retirada. La persecución duró varios días, hasta que se reorganizó el contraataque lusitano provocando otra carnicería entre las legiones romanas, que optaron por refugiarse en las tiendas de sus cuarteles negándose incluso a la defensa de estos, presas del pánico. Serviliano no consiguió restablecer la disciplina y pudo rechazar el asalto de Viriato, que optó por hostigar el enclave sin descanso. Ante esta situación, Serviliano decidió abandonar el fuerte y encaminarse protegido por la noche hacia *Tucci*, en donde la defensa parecía más fácil.

Con el enemigo en retirada, Viriato desmovilizó a sus hombres y regresó a casa. Después de varios años de guerra, el peligro romano parecía aplacado. Sin embargo, este hecho fue aprovechado por Serviliano para reconquistar numerosas ciudades que habían apoyado a Viriato. Luego abandonó el valle del Guadalquivir y se encaminó a la Lusitania. Alertados de estas intenciones, los lusitanos salieron a su encuentro nuevamente dirigidos por Viriato y sus veteranos y le causaron graves pérdidas, así como la toma de numerosas insignias y bagajes. Días después, se recuperó del ataque y reemprendió la lucha recuperando buena parte de lo perdido y dándoles un fuerte castigo que le dejó libre el camino para internarse en territorio lusitano. En su avance, Serviliano no tuvo piedad, tomó numerosas ciudades, e hizo uso de la decapitación y la amputación de manos entre muchos hombres, así como de la esclavización de miles de lusitanos.

Viriato volvió a movilizar a sus hombres para detener el avance del cónsul Serviliano y su estrategia de tierra quemada. Nueva batalla campal y nueva victoria lusitana, que cerró a Serviliano y los supervivientes en un desfiladero. El caudillo ofreció la paz a los romanos, que tuvieron que reconocer la independencia de Lusitania. El propio Senado declaró a Viriato *amicus pupuli Romani*. La victoria era completa y definitiva. O, al menos, así parecía.



Vistas desde lo alto del recinto principal. Marcado en un círculo rojo se haya el castro de Regina.

trasta con el sector sur, en el que se extiende una amplia llanura, como si se invitara al enemigo a operar en campo abierto por sólo esa zona. Esta particularidad, sumada a los cuidados en la defensa, ha llevado a los expertos a contemplar el área como lugar de un campo de batalla de las guerras lusitanas.

Para nosotros, el presente estudio es una oportunidad para introducirnos en un mundo del que casi sólo nos han llegado leyendas. El yacimiento parece que alojó a una sola legión y a sus cuerpos auxi-

liares. Es decir, podría tratarse del ejército de un pretor en incursión por la Beturia, en las estribaciones mismas de la Lusitania. Avanzado el conflicto contra los lusitanos, las tropas desplazadas se incrementaron hasta sumar ejércitos consulares y proconsulares. Podría tratarse entonces, de un ejemplo cercano a los primeros tiempos de la guerra, ligado a pretores como Atilio Serrano o Sulpicio Galba, que consiguieron llevar el conflicto hasta sus propias tierras, antes incluso del legendario Viriato. ■

PARA SABER MÁS:

• GORGES J.-G. y RODRÍGUEZ MARTÍN F. G. (2006): "Un probable complejo militar romano de época republicana en la Beturia túrdula: notas preliminares sobre el campamento del Pedrosillo (Casas de Reina, Badajoz)", en *Arqueología militar romana en Hispania: producción y abastecimiento en el ámbito militar* (II Congreso Internacional de Arqueología militar romana en Hispania [León, 2004]).

• GORGES J.-G. y RODRÍGUEZ MARTÍN F. G. (2006): "El Pedrosillo, battlefield"; Morillo A. y Aurrecoechea J. (eds.), *The Roman army in Hispania: an archaeological guide*, León.

La revancha de Cepión

En 140 a. C. la Península Ibérica volvía a estar en paz, tras 15 años de violencia y destrucción. Las sucesivas victorias lusitanas habían llevado a Roma a aceptar la existencia independiente de esta entidad política. Sin embargo, esta situación duraría poco: El procónsul enviado ese año a la Hispania Ulterior, Quinto Servilio Cepión, hermano de sangre del derrotado Servilano, envió cartas al Senado para que revocara el tratado, que consideraba indigno para Roma. Y lo consiguió.

Nuevamente las tropas romanas se internaban en la Lusitania, ascendiendo hasta tierras vettonas, arrasando todo lo que encontraban a su paso. Viriato consciente del desgaste de tantos años de guerra entre los suyos envió embajadas

de paz. Una de ellas estaba formada por sus lugartenientes Audax, Ditalcón y Minuro. Cepión no dudó en granjearse su apoyo mediante el soborno.

Los sobornados tramaron cómo llevar a cabo su traición. Llegaron al refugio de Viriato con la noticia de que la paz y el reparto de tierras era un hecho. Los lusitanos comenzaron a festejarlo. Aprovechando la noche, se internaron en la tienda de Viriato. Mientras dormía le cortaron el cuello, sin darle oportunidad de defenderse. El gran líder lusitano había muerto y comenzaba el mito. Los traidores volvieron ante la presencia de Cepión para reclamarle el pago de su vileza, a los que, según cuenta la leyenda les contestó la célebre frase: "Roma no paga a traidores".

Los funerales fueron de proporciones gigantescas. Duraron varios días y se realizaron combates a muerte en honor del jefe con el que les ligaba la *devotio*. Los restos de Viriato fueron finalmente colocados en una enorme pira en la que se realizaron numerosos sacrificios.

Tántalo tomó el turno de la venganza, pero Cepión pudo acabar fácilmente con las pretensiones de un hombre sin las excepcionales cualidades de líder de su antecesor. Se firmó la paz pero a Cepión, por los métodos utilizados, no se le concedió el triunfo. Habría más revueltas lusitanas, pero las llamas del conflicto se empezaron a apagar con las de la pira del traicionado Viriato. Fueron ocho años de guerra que ni Roma, ni la Historia, olvidarán.

BIOGRAFÍAS

Un gaditano en la guerra contra Sertorio

L. CORNELIO BALBO

Hacia el año 76 a. C. Hispania era una provincia devastada por la guerra. Después de años de enfrentamientos, los ejércitos del Senado eran incapaces de controlar el levantamiento de Sertorio. Pompeyo logró dar un giro a la situa-

ción y apuntarse un éxito más en su brillante carrera militar. El siguiente artículo analiza la importancia que pudo tener en este hecho un joven colaborador, un tal Cornelio Balbo, que por entonces empezaba a destacar.

Por **Enrique Santamaría.**

Hay momentos de la Historia que resultan cruciales porque marcan el destino de las siguientes generaciones. Uno de ellos es el fin de la República romana. Sus protagonistas, Cicerón, Catón, Bruto o César son bien conocidos. Pero hay otros personajes que, teniendo un papel importante, resultan mucho menos familiares. Ese es el caso de Lucio Cornelio Balbo, que figura en la Historia a la sombra de los estadistas más importantes de su tiempo.

Su relevancia no pasó desapercibida a los coetáneos ni a los historiadores romanos posteriores. Es uno de los personajes más nombrados por Cicerón. Tanto Plinio como Plutarco resaltan su papel. Sin embargo, la historiografía (a excepción de unos pocos estudios honrosos) ha dejado caer en el olvido la vida de este hombre oscuro y extraordinario, cuyos inicios están ligados al sur de Hispania.

Orígenes fenicios

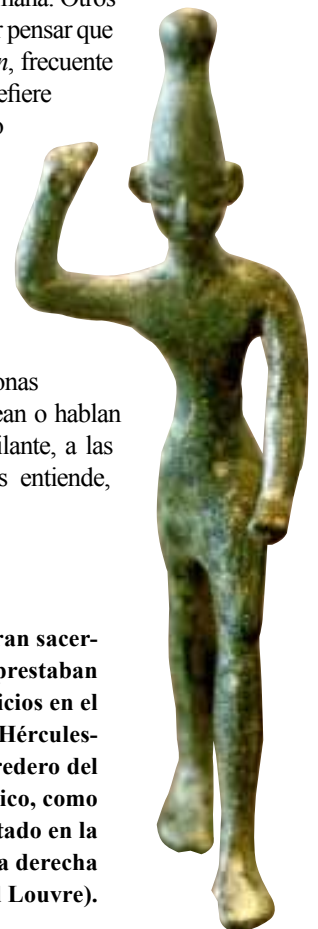
La familia de Balbo pertenecía a la élite política y comercial de la colonia fenicia de *Gades*, por lo cual es lógico atribuirle este origen. La ciudad estuvo en la órbita de Cartago desde que las

fuerzas púnicas desembarcaron en la Península, desempeñando las funciones de capital del territorio hasta que Asdrúbal fundó Cartagonova.

Durante la Segunda Guerra Púnica los sucesivos reveses sufridos por la potencia africana impelieron a los gaditanos a replantearse su política de alianzas. En 205 a. C., esperaron a que la flota de Magón saliese del puerto para pasarse a los romanos. El acuerdo firmado con Escipión nunca fue completamente refrendado por Roma, lo cual era lógico motivo de inquietud para los habitantes de la ciudad.

Por lo que sabemos los Balbos desempeñaban funciones religiosas en el templo de Hércules-Melkart, forma fenicia del tradicional dios asiático Baal. Este dios era adorado en Cartago como Baal-Hammon y aparecía ligado a la mayoría de los grandes personajes de aquella ciudad. Así “Aníbal” procede de Hanni-baal, el que goza del favor de Baal. En los templos de la Antigüedad, ante los dioses, se firmaban acuerdos comerciales, se decidían pleitos e incluso se guardaban mercancías, lo que aproximaba estas instituciones a unas lonjas de contratación sacralizadas. El sacerdocio, lógicamente, otorgaba una gran preeminencia política y económica.

Algunos autores creen ver rastros de Baal en el nombre que la familia Balbo adoptó al conseguir la ciudadanía romana. Otros se inclinan por pensar que este *cognomen*, frecuente en Roma, se refiere a un defecto del habla y la pronunciación. No en vano, *balbus* es una voz latina para designar a las personas que tartamudean o hablan de forma vacilante, a las que no se les entiende,



Los Balbos eran sacerdotes que prestaban sus servicios en el templo de Hércules-Melkart, heredero del Baal semítico, como el representado en la figura de la derecha (Museo del Louvre).

origen del actual ‘balbucear’. En este caso podía ser debido, quizás, a su acento extranjero o a algún otro problema de dicción.

En una carta a Papiro Peto, Cicerón le narra lo agradecido que Balbo se había mostrado por que le hubiera invitado a una celebración y «no despreciara a los que hablan con deficiencias a favor de los elocuentes» (Cicerón, *Ad familiares*, 194, IX 19). Asimismo, en una de sus cartas, Ático (*Ad Atticum*, 239, XII 3) llama peyorativamente «balbuceador» a una persona que parece ser Balbo. Estos indicios hacen pensar que la familia gaditana escogiese para sí un nombre ya romano que se les adaptaba en más de un aspecto.

Y tú, ¿qué hiciste en la guerra?

En el año 80 a. C. Quinto Sertorio llega a Hispania e inicia una guerra contra las fuerzas fieles al dictador Sila que durará casi una década. La ciudad de *Gades* se mantiene fiel al gobierno de Roma, tras negociar en el 78 a. C. la renovación del pacto con Escipión, aunque esta vez tampoco consiguió una ratificación oficial, ya que el documento no fue presentado para su aprobación ante el pueblo en Roma.

Al poco de firmarse el tratado, el joven Balbo se une a las fuerzas senatoriales y colabora estrechamente con todos los grandes comandantes de ese bando: Metelo, Memio y el propio Pompeyo. Cuando este llega a Hispania, en el 76, pasa a su servicio y establece con él una estrecha amistad que allana el camino para que Balbo logre la ciudadanía romana. No solo él se beneficia del honor, sino también su hermano, su padre, su sobrino... De una sola vez toda la familia logra el ansiado estatus, algo que no consta que se hubiera realizado antes.

Conceder la ciudadanía no era algo extraordinario. Cicerón cita varios casos en su *“Pro Balbo”*. Sin embargo, siempre era a título individual, a magistrados o a soldados que habían realizado alguna gesta heroica. Un honor tan singular como el recibido por Balbo sólo vuelve a repetirse con Séleukos de Rhosos, en la época de Augusto, que “sirvió en el ejército y en la flota”, participando como “navarca” (comandante naval) en la guerra contra Antonio.

Gades, que anhelaba regularizar su situación con Roma, se mantuvo fiel al Senado durante las guerras setorianas. En la foto, teatro romano de Cádiz.



En el 76 a. C. Balbo y toda su familia consiguen la ciudadanía romana. Nunca había pasado nada parecido.

Pero, ¿qué hizo Balbo para conseguir el ascenso social? No lo dice nadie. Ningún historiador clásico lo menciona. No sabemos de ningún contingente militar gaditano que pudiera comandar, de ninguna gesta heroica en la que tomara parte.

Cicerón evita el tema en su alegato en defensa de esa concesión, escudándose en el buen criterio de Pompeyo, recordando que formó parte del Estado Mayor de Metelo y de Memio y mencionando de pasada que la ciudad de *Gades* «aportó suministros al ejército», algo generalmente aceptado como causa de ese honor, pese a carecer de toda lógica. Roma nunca anduvo realmente necesitada de vituallas en Hispania: Metelo vivía como un sátrapa y se esforzaba por que sus hombres no carecieran de nada para que no se pasasen a Sertorio; si necesitaba algo, lo tomaba.

Otra posibilidad es que los Balbos compraran a Pompeyo la ciudadanía. Es factible, a tenor de las quejas del general por los gastos que le suponía

mantener su ejército privado en Hispania. Con todo, estas palabras iban destinadas al Senado para obtener fondos, por lo que la hipótesis pierde apoyos. Los Balbos podían ser gente importante a escala local, pero su fortuna, en aquella época, no sería nada para uno de los amos del mundo. Además, si la situación realmente hubiera empujado a Pompeyo a vender la ciudadanía, ¿por qué la de Balbo tuvo un carácter extraordinario?

Un honor inusitado

Aunque ahora pensemos que en aquella época el dominio romano del mundo era algo firme y establecido, no lo percibían así los contemporáneos. El país estaba dividido por los conflictos políticos. En Asia campaba Mitridates, la gran mayoría de la Galia permanecía inconquistada, las rebeliones de esclavos eran un peligro permanente —la mas grave, la de Espartaco, estalló justo en el 72 a. C.— y en Hispania dominaba Sertorio.

El frente hispano distaba de ser secundario. Plutarco nos cuenta que en Roma muchos estaban convencidos de que Sertorio se preparaba a marchar sobre la ciudad como un nuevo Anibal:

En Roma no se hablaba de otra cosa sino de que Sertorio llegaría antes a Italia que Pompeyo. ¡A este punto llevó la pericia y destreza de Sertorio a los primeros y más hábiles generales de aquel tiempo! (*Sertorio*, XXI).

La aristocracia senatorial surgida al amparo de las proscripciones de Sila estaba aterrorizada. Las numerosas cartas de políticos importantes encontradas en poder del general rebelde, tras su muerte, revelan que muchos se preparaban ya para esta posibilidad. El mismo Pompeyo, que había conseguido el primero de muchos mandos “especiales” gracias a ese temor, en su famosa carta al Senado, expuso lo desesperado de su situación.

Plutarco relata que el general envió un ultimátum al Senado clamando por fondos para continuar la guerra, amenazando con retirarse a Italia si no se los enviaban:

Hallábase entonces de cónsul Lúculo, [...quien] se empeñó en que se mandaran los fondos que reclamaba por temor de que se diera este pretexto a Pompeyo, que deseaba retirarse de la guerra de Sertorio en favor de la de Mitridates, en la que le parecía que había más ocasiones de gloria por ser un enemigo más asquible. (*Pompeyo*, XX)

En realidad el peligro no era tan grave. Los hispanos que formaban el grueso de las fuerzas sertorianas podían reunirse en gran número y luego desaparecer, pero no eran un ejército regular y es muy dudoso que hubiesen seguido a su jefe fuera de su territorio.

Se retiró Sertorio, dispersando su ejército; porque este era su modo de retirarse, y luego volvía a reunirse la gente; de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas veces volvía a presentarse con ciento cincuenta mil hombres, a manera de torrente que repentinamente crece. (*Pompeyo*, XIX)

Sea como fuese, en el año 74 a. C. la percepción en Roma era que sus fuerzas en Hispania eran incapaces de vencer al general rebelde. En esta situación los responsables de sofocar la revuelta cambian de táctica y centran sus esfuerzos en minar el apoyo popular que sostenía a su rival. La eje-

cución de este plan no está del todo clara (ver el recuadro de esta página), pero su efectividad fue innegable, a tenor de las noticias sobre numerosas desafecciones que conmovieron el movimiento sertoriano.

Al mismo tiempo, desde Roma, César, que acaba de llegar de su exilio en

Asia y ha conseguido su primer cargo público en 73 a. C. aumenta la presión sobre los insurgentes con una iniciativa legal. Como tribuno militar impulsa la *Lex Plocia*, que según Suetonio buscaba allanar la vuelta de L. Cina, hermano de su esposa, y de todos los que habían participado en las guerras

Una solución no militar frente a un estratega invencible

En 74 a. C. la República romana se enfrentaba a un panorama sombrío, amenazada por desafíos que parecían insalvables. En el Este la ambición de Mitridates resurgía una y otra vez pese al esfuerzo bélico por derrotarle. En el Oeste Sertorio parecía invencible para las fuerzas militares enviadas por el Senado.

En esta tesitura, los responsables de la guerra en Hispania deciden dar un vuelco a su estrategia y apostaron por lo que hoy conocemos como contrainsurgencia. Plutarco informa que Q. Metelo, desesperado ya por no vencerle en combate, hizo correr la voz de que si algún romano quitaba la vida al cabecilla rebelde recibiría cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra. Esta invitación se extendía también a los desterrados que apoyaban a los rebeldes, para los que prometió autorizarles a volver a su hogar.

Las palabras de Metelo prendieron en los seguidores de Sertorio, incluidos colaboradores tan cercanos como M. Perpena. Plutarco pone en boca de este lugarteniente amargas quejas que buscaban soliviantar el ánimo de los itálicos: «Pasamos por insultos, órdenes y trabajos en nada más tolerables que los que sufren los íberos y lusitanos.» Según esta fuente, las insidias arraigaron en gran número de los seguidores de Sertorio “aunque no desobedecían abiertamente por miedo a su poder. Bajo mano desgraciaban los negocios y agravaban a los bárbaros, tratándoles

ásperamente como si respondieran a órdenes de Sertorio, lo que originaba rebeliones y alborotos en las ciudades. Los que eran enviados para remediar estos desórdenes volvían dejando mayores inquietudes y aumentando las sediciones que ya existían».

La insubordinación se adueñó de muchos campamentos. Pero, aunque se eche la culpa a Perpena, es dudoso que este pudiese organizar un movimiento desestabilizador tan fuerte. De hecho, sabemos por Apiano que cuando asumió el mando lo primero que hizo fue intentar congraciarse con los hispanos. Así mismo, en caso de impulsar a la rebelión cabe preguntarse cómo pudo conseguir que tantos hombres, oficiales y soldados rasos, le siguieran en una conjura suicida sin que llegase a oídos de Sertorio. Una cosa es tramar un atentado cuando tu jefe está en horas bajas, y otra un complot de esas dimensiones. Y es más insólito aún si pensamos que los propios hombres de Perpenna se habían negado a servirlo en favor del sabino, al que adoraban.

Lo sucedido más bien parece apuntar a que el movimiento sertoriano no se disolvió por la acción de contrapartidas, que tan buenos resultados han dado en la posguerra española o recientemente en Chechenia. Así, grupos de supuestos “guerrilleros” siembran el desconcierto actuando contra quienes les ayudan y abusan de la población para sovacar el apoyo a los verdaderos sublevados.

civiles. La medida apuntaba a la línea de flotación del movimiento sertoriano, por cuanto muchos de los seguidores de Lépido se habían unido, a la muerte del cónsul, a Sertorio.

Es decir, una ley de retorno y perdón. Estas medidas pueden resultar fatales para un movimiento guerrillero. Los que deciden acogerse a ellas necesitan una red que los ayude a escapar de los campamentos y a alcanzar las filas gubernamentales. Una vez establecidas, estas redes pueden infiltrarse en las organizaciones rebeldes, extender el descontento y conseguir información (véase el actual caso de Colombia).

Aquí es donde pudo entrar en juego Balbo. Proveniente de una familia de negociantes, estaba en la posición perfecta para realizar este clase de “trabajos”. Sus múltiples contactos mercantiles fácilmente podrían extenderse a los comerciantes de todo tipo que seguían a los ejércitos. Esa labor explicaría que, pese a no comandar, que sepamos, ninguna tropa, perteneciera a la plana mayor de todos los generales a los que sirvió.

Tampoco se puede ignorar una clara predisposición para el trabajo en la sombra. No en vano, más tarde le veremos dirigiendo con auténtica maestría el servicio secreto de César. No es probable que este hubiera confiado tan delicada misión a alguien sin experiencia probada.

Solo una labor realmente importante como esta, explicaría el extraordinario premio que recibió, la ciudadanía para toda su familia, en la forma más extensa de esa palabra, y su rápida aproximación a la élite política romana. La “amistad”, el interés que despertó en todos los líderes romanos que le conocieron, parece dar a entender que Balbo aportaba servicios de utilidad, “habilidad” muy apreciada por los políticos de cualquier época y lugar. Esto aportaría una nueva perspectiva al famoso juicio al que fue sometido en Roma, del que hablaremos en el próximo número de **Stilus**.

En resumen, múltiples argumentos parecen indicar que el papel de Balbo en la guerra con Sertorio se desarrolló en labores en la sombra, tendiendo re-

des para desactivar el poderío militar del líder rebelde.

La rebelión se desvanece

Sea cual fuera el procedimiento seguido, Sertorio no estaba preparado para este tipo de guerra. Sin perder ninguna batalla, veía disolverse sus fuerzas, desmoralizadas al no saber realmente en quién podían confiar. Desesperado, reaccionó de la peor manera posible, se volvió contra sus aliados iberos, en las personas de sus hijos que mantenía como rehenes en *Oscá*, y se aisló cada vez más de sus propios hombres.

Muchos soldados de Sertorio se pasaron a Metelo, y este, irritado, ultrajó de modo bárbaro a otros [...]. Se hizo rodear en todas partes de lanceros celtíberos en vez de romanos [...]. Esto les reconcomía, porque, habiendo llegado a ser infieles a su patria por causa de Sertorio, no eran considerados fieles por este. No les parecía justo que, por causa de los desertores, fueran condenados los que habían permanecido fieles. (Apiano, *Guerras Civiles*, I, 112)

El ambiente en el campamento se enrareció hasta extremos insostenibles. Plutarco relata los hechos que precipitaron el asesinato del general

Teniendo ya Perpenna muchos conjurados para su proyecto, se ganó además a Mallo, uno de los caudillos. Este amaba a un jovencito y entre las caricias que le prodigaba le descubrió la conspiración, encargándole que no hiciera caso de los demás pretendientes y sólo se aficionase a él, que dentro de breves días ocuparía un gran puesto. El joven descubre este secreto a Aufidio, otro de sus amantes, a quien él apreciaba más. Aufidio se quedó en suspenso, porque también él entraba en la conjuración contra Sertorio, pero ignoraba que Mallo parte tuviese en ella; turbado después, al ver que aquel mozo

le nombraba a Perpenna, a Graciano y a otros que él sabía eran de los conjurados, lo primero que hizo fue pedirle que abandonase a Mallo, que no tenía más que vanidad y orgullo. Después se fue a Perpenna, a quien manifestó el peligro y la necesidad que había de aprovechar cuanto antes la oportunidad, instándole a la ejecución. (*Sertorio*, 4, XXVI)

Finalmente el grupo de conjurados, encabezados Perpenna, tuvo éxito, y acabó con su jefe durante un banquete en el 72 a. C. Esto fue el fin de la rebelión: los iberos regresaron a sus casas, los romanos que pudieron buscaron el perdón y, las escasas fuerzas que permanecían a regañadientes junto a los nuevos líderes fueron fácilmente barridas. Por fin Pompeyo pudo anotarse la tan ansiada victoria militar que le permitiría reclamar un triunfo a su vuelta a Roma.

El exitoso general volvió a Roma en el 71 a. C., dejando en Hispania numerosas amistades y clientelas, como la de Balbo. Este permaneció en su tierra, incrementando su riqueza en aquellos años de paz y disfrutando de una posición aventajada gracias a las amistades que había hecho durante la guerra: Metelo, Pompeyo, Léntulo Crus o Varrón. Sin embargo, pronto llegaría a *Gades* un nuevo personaje que dejaría una marca indeleble en la Historia y a cuya estela Balbo llegaría a convertirse en uno de los hombres más poderosos de su tiempo. ■

PARA SABER MÁS:

- ANGELINI V. (1980): *Riflessioni sull'orazione Pro Balbo*. Ed. Athanaeum.
- MORENO ALONSO, M. (2004): *Historia de Andalucía*. Ed. Alfár.
- RODRÍGUEZ NEILA, J. F. (1996): *Los Balbo de Cádiz, confidentes de César*. Madrid. Editorial Sílex.
- RUBIO, L. (1949): *Los Balbos y el Imperio Romano*. AHAM.

LAS CRÓNICAS DICEN...

DACOGETAS

El azote de los Cárpatos



Burebista es considerado el padre de la nación rumana. Contemporáneo de Julio César, reunió a dacogetas y a tracios en un reino fuerte y centralizado, situado en torno al medio-bajo Danubio y el Mar Negro. Su obra supuso una seria amenaza a la pléyade de pueblos y tribus colindantes, pero los territorios romanos también sufrieron sus ataques.

Por **Marcos Uyá.**

La primera mitad del siglo I a. C. fue un periodo particularmente duro para Roma, que estaba sumida en el caos. Las sucesivas guerras civiles se complicaban con factores como la rebelión de Sertorio en Hispania o la amenaza de Mitridates VI Eupator en Asia Menor. Es estas circunstancias, otro peligro vino a ensombrecer el horizonte: un brillante líder unió a todas las tribus dacogetas en un poderoso reino, en el norte de Tracia, con evidentes deseos expansionistas.

Un siglo después de estos acontecimientos, el poeta Lucano evocará estos momentos de incertidumbre. En un pasaje de su obra, un vacilante Bruto consultaba a Catón a cómo comportarse cuando los romanos están enfrentados entre sí y en los Balcanes un pueblo iba adquiriendo más y más poder. «Que Roma, que va a

conmover con su desastre a los dacios y a los getas, caiga mientras yo permanezco tranquilo» (Lucano, *Farsalia* II, 295-298), le responde con entereza el riguroso Catón. Hoy muchos manuales de Historia relegan al olvido a un adalid que llevó a su pueblo de victoria en victoria. Pero, ¿quiénes eran estas gentes?

El origen de los dacogetas (o getodacios, como también se les conoce) se remonta a la Edad del Hierro, en plena cultura de la La Tène. Las primeras referencias que tenemos de ellos afirman que se creían inmortales (Heródoto, *Historia*, V, 4, 1). Cada cuatro años celebraban una ceremonia que culminaba con el envío de emisarios a entrevistarse con Salmoxis, su divinidad (Pomponio Mela, *Corografía*, I, 18).

Ovidio describe a sus habitantes como hombres de barbas pobladas y largos y rubios cabellos, vestidos con una camisa holgada ceñida por un cinturón y una capa sujeta por una fibula. Se dedicaron principalmente a la agricultura aunque también destacaron en el trabajo de la madera, minería y pesca.

De los escitas aprendieron el arte de trabajar el hierro. También entra-

Estatua dedicada al rey de los dacogetas en la ciudad rumana de Orastie, al suroeste de Transilvania.

ron en contacto con los persas, a quienes ofrecieron una gran resistencia en tiempos de Darío I. Herodoto afirma que *Dobrogea* (actual Dobruja) fue tomada en el 512 a. C., como castigo por no haber prestado ayuda al ejército asiático mientras todas las tribus tracias sí lo hicieron.

Amor-odio con el mundo heleno

Desaparecida la influencia persa, los dacogetas entraron en la órbita helenística gracias al comercio con los griegos asentados en las costas del Mar Negro. Estos les proporcionaban productos como el vino, la cerámica y el aceite, pero también les mostraron el uso de la moneda. A cambio, los dacogetas les ofrecieron pieles, pescado, miel y trigo, entre otros productos. La relación entre ambos pueblos se consolidó con el matrimonio de Meda, hija del rey dacogeta Kothelas, con el monarca macedonio Filipo II,

Aunque Filipo II se casó con una princesa dacogeta su sucesor, Alejandro Magno, no dudó en atacarles

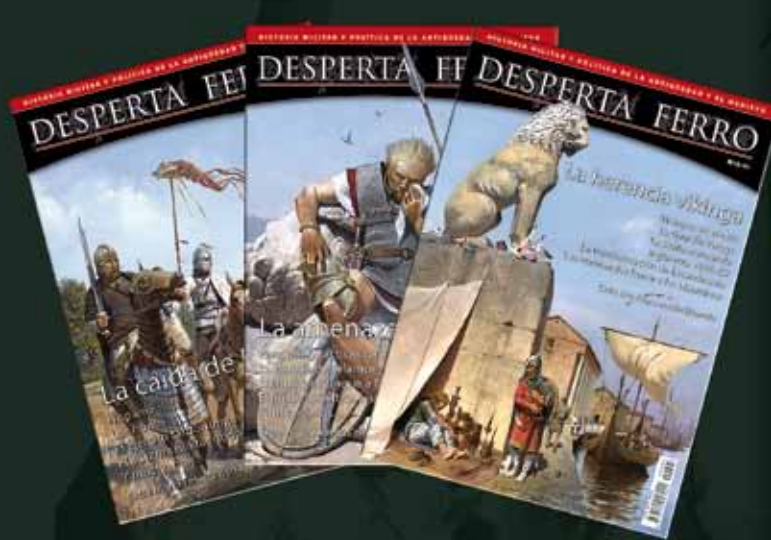
quien estaba organizando una serie de campañas en el bajo Danubio.

La armonía duró poco ya que el hijo y sucesor de Filipo, Alejandro Magno, en sus ansias expansionistas no dudó en atacar a sus vecinos del norte. Estos se resistieron con valor, pero fueron sometidos. Alejandro Magno no pudo disfrutar mucho de la victoria, ya que tuvo que volver a Macedonia rápidamente para acallar los rumores de su muerte.

Hacia finales del siglo IV a. C y principios del siglo III a. C., los dacogetas se escindieron en dos reinos. Uno en el bajo Danubio gobernado por el basileo Dromichates y el otro en la zona de *Dobrogea* bajo Zalmodenikos. Dromichates se topó con Lisímaco quien a la muerte de Alejandro Magno heredó, entre otros territorios, la región de Tracia. La guerra se saldó esta vez con la victoria, muy sufrida por otra parte, de los dacogetas.

Tras un periodo relativamente tranquilo, a finales del siglo III a. C. Roma llega a la zona, internándose gradualmente hacia Oriente: primero se asienta en las costas de Iliria, para pasar más adelante hacia Macedonia y Grecia. Aunque las regiones de Moesia y Panonia no entrarán en los planes expansivos hasta tiempos de Augusto, la influencia en el medio y bajo Danubio se dejó sentir ya durante la República, si bien por aquel

DESPERTA FERRO



La revista en castellano dedicada a la historia política y militar de la Antigüedad y el Medievo, con artículos de calidad y fantásticos mapas e ilustraciones.

A la venta en tiendas especializadas y en www.despertaferro-ediciones.com

Nº 4
¡Disponible en marzo!





68 páginas
+ tríptico
desplegable



Foto: Cosmin Cornea

entonces los principales intereses de Roma estaban en Asia Menor y los diferentes reinos helenísticos. Esta atención desembocaría en tiempos de Pompeyo en varias expediciones contra Mitridates VI Eupator.

Al margen de estos movimientos, el mundo dacogeta proseguía su evolución. Desde finales del siglo III hasta principios del I a. C., vio como la parte occidental de su reino, al oeste de los montes Cárpatos, fue ocupada sucesivamente por tribus celtas como los bojos, los tauriscos y los anartes.

Los escordiscos, otra tribu celta, se asentó en la antigua Yugoslavia, entre el río Sava y el Danubio aliándose de vez en cuando con los bastarnos para realizar incursiones en la provincia romana de Macedonia. Estas acciones bélicas obtuvieron finalmente una contundente respuesta en 88 a. C.: Los escordiscos fueron derrotados por el gobernador de Macedonia L. Cornelio Escipión Asiático Asigeno y más tarde expulsados del valle del Danubio por un joven rey que empezaba a despuntar, Burebista.

Durante las primeras décadas del I a. C. los dacogetas, desunidos, habían perdido parte de su territorio ante el

empuje celta. El ascenso de Burebista cambió el rumbo de los acontecimientos, convirtiendo a este pueblo en una potencia temible en el sureste de Europa. No fue un caso único de líder providencial. En esta época, la aparición de fuertes liderazgos personales fue bastante frecuente tal y como lo demuestran dos contemporáneos suyos: Mitridates VI Eupator, que fundó un vasto y poderoso estado en Asia Menor, y el suevo Ariovisto con las tribus germánicas del oeste y el norte de Europa.

Oscuros principios

Uno de los problemas que suscitan más debate es cuándo se convirtió Burebista en el rey de los dacogetas y unificó a las aproximadamente ciento cincuenta tribus existentes. Jordanes, historiador de origen godo del siglo VI d. C., data este acontecimiento en el año 82 a. C. (*Origen y gestas de los godos*, 11, 67), justamente cuando L. Cornelio Sila es nombrado dictador por C. Valerio Flaco.

Esta fecha, extraída de la única fuente escrita, es sin embargo cuestionada por los historiadores rumanos Constantin C. Giurescu y Dinu C.

La futura Ulpia Trajana fue una fundación de Burebista. A la izquierda, los escasos restos arqueológicos visibles en la actualidad en el emplazamiento.

Giurescu. Basándose en descubrimientos arqueológicos, estos investigadores creen que la llegada al poder se habría producido bastante después, entre los años 70 y 62 a. C.

Si la cronología de su ascensión no es clara, menos aun es cómo unió a todas las tribus. La mayoría de los expertos se inclinan por una solución militar. En una sociedad en donde imperaba la guerra, parece poco probable que la aparición de un liderazgo fuerte se produjera de forma pacífica, en especial si tenemos en cuenta la gran cantidad de tribus existentes.

Una vez llegado al poder, Burebista inició una revolución en todos los aspectos. No solo unificó a todas las tribus sino que estableció una especie de código moral que regulaba la vida y costumbres. Para ello contó con la ayuda de un sacerdote llamado Deceneo, que adquiriría una gran importancia más adelante. Estrabón nos describe cómo el pueblo dacogeta aprendió a vivir sin vino y a obedecer a su rey (*Geografía*, VII, 3, 11), advirtiéndose además un desarrollo espiritual y material que tenía la agricultura, la alfarería y la herrería como principales ejes económicos.

Estableció la capital del reino en *Argedava* y fundó después la ciudad de *Sarmizegetusa* que más tarde en época romana se conocería como *Ulpia Trajana*. El nombre de la capital suscita controversia. N. Gostar considera que se llamaría “Zargedava” basándose en una inscripción incompleta conocida como el decreto de Dionisópolis. En la sexta línea aparece la palabra “Sargedava” aunque para este autor, la forma exacta sería la ya mencionada “Zargedava”.

Tampoco es fácil de precisar el punto desde el que empezó a expandirse el territorio controlado por Burebista. Dos hipótesis, sobre otras existentes, sobresalen al respecto. La primera

considera el territorio de Valaquia como el origen, resaltando que desde finales del siglo IV a. C., coincidiendo con la escisión del reino en dos, existió una fuerte presencia dacogeta bajo el reinado de Dromichates. Aunque después las fuentes literarias callan es de suponer que dicha presencia no desaparecería, como parecen apuntar los descubrimientos monetarios datados hacia la mitad del siglo II a. C. Los asentamientos encontrados revelan que siguió habiendo una importante población dacogeta en la zona.

La segunda hipótesis sugiere que la expansión comenzó en la zona cárpata de Transilvania debido a la presencia de restos arqueológicos de torres fortificadas en la zona de los Montes Orastie, excavados en los años veinte y treinta del pasado siglo. Además, al igual que en el territorio de Valaquia, existieron,

Tras someter a diversos pueblos, Burebista volvió sus ojos hacia los territorios romanos en Macedonia

desde la primera mitad del siglo IV a. C., grupos tribales que alcanzarían su culmen bajo los reinados de Oroles y Rubobostes hacia el 200 a. C.

La falta de testimonios fidedignos no permite asegurar dónde comenzó la expansión dacogeta. Sin embargo, esta se llevó a cabo, como testimonian las fuentes clásicas. Con todo, las campañas de Burebista descritas muy brevemente por Estrabón (*Geografía*, VII,

3, 11), no se corresponden cronológicamente con la realidad. El historiador griego menciona primero las campañas llevadas a cabo en *Istro* y Tracia. Llega hasta Macedonia e Iliria y derrota a los celtas –probablemente escordiscos– que estaban mezclados con los tracios e ilirios. Para acabar, afirma que batalló contra los boyos y tauriscos. Lo cierto es que fue al revés, pero probablemente Estrabón ordenase las campañas según la importancia que tuvieron para Roma. Así, las incursiones a Macedonia e Iliria, territorio romano, son relatadas en primer lugar.

La secuencia más probable de los hechos es la siguiente: Burebista se enfrentó hacia el año 60 a. C. con los boyos y tauriscos, derrotando a ambos. Más tarde, consiguió la victoria contra los escordiscos y realizó las primeras incursiones en territorio romano. Fi-

Una personalidad arrolladora

En las fuentes clásicas, solo han sobrevivido dos testimonios principales que nos acerquen al carácter de Burebista. El primero de ellos, literario, pertenece a Estrabón, que lo define como un líder capaz de levantar la moral de su pueblo, decaído por entonces de innumerables guerras, dotándolo de una disciplina y obediencia hacia su persona (Estrabón, *Geografía*, VII, 3, 11).

Una segunda referencia, arqueológica, se refiere a una inscripción realizada en mármol hacia el año 48 a. C., conocida como el decreto de Dionisópolis dedicado a Acornion, emisario de Burebista. Encontrada en Balçic (Bulgaria), actualmente se halla en el Museo Nacional de Sofía. Si bien está incompleta, nos ofrece algunos datos sobre su personalidad definiéndolo como el primero y más grande de los reyes de Tracia.

Existe un tercer testimonio, que correspondería a Dion Crisóstomo. En su *Historia de los Getas* alude a la figura del gran rey, pero son tan

pocos los fragmentos que se han conservado que es imposible realizar una aproximación cercana.

Este personaje no solo aparece en fuentes escritas y arqueológicas. También el arte y la numismática reflejan el carácter del personaje, en las pocas representaciones que se conocen del mundo dacogeta. Un ejemplo claro es una fíbula en plata con forma de corazón descubierta en Bucarest, que muestra la figura de un jefe geta atribuida a Burebista. Otra fíbula de plata, encontrada en Balanesti (Moldavia), parece ratificar esta interpretación con una figura casi igual a la citada anteriormente. No obstante, hasta que no se produzcan más descubrimientos no se podrá saber con certeza si tal figura es efectivamente la del líder dacogeta.

Burebista es un símbolo nacional en Rumanía, que en 2005 incluso puso en circulación una moneda con su efigie.

En cuanto a la numismática, la adopción del denario romano con su efigie también es una prueba del calado que Burebista tuvo en su pueblo.

Todas estas manifestaciones dejan entrever un líder carismático, compenetrado con su pueblo, inteligente, seguro de sí mismo, enérgico, con gran habilidad en el arte de la guerra y en la diplomacia. No en vano hoy todavía es considerado por muchos rumanos como la figura más grande de la Antigüedad, comparada con la del mismísimo Julio César.



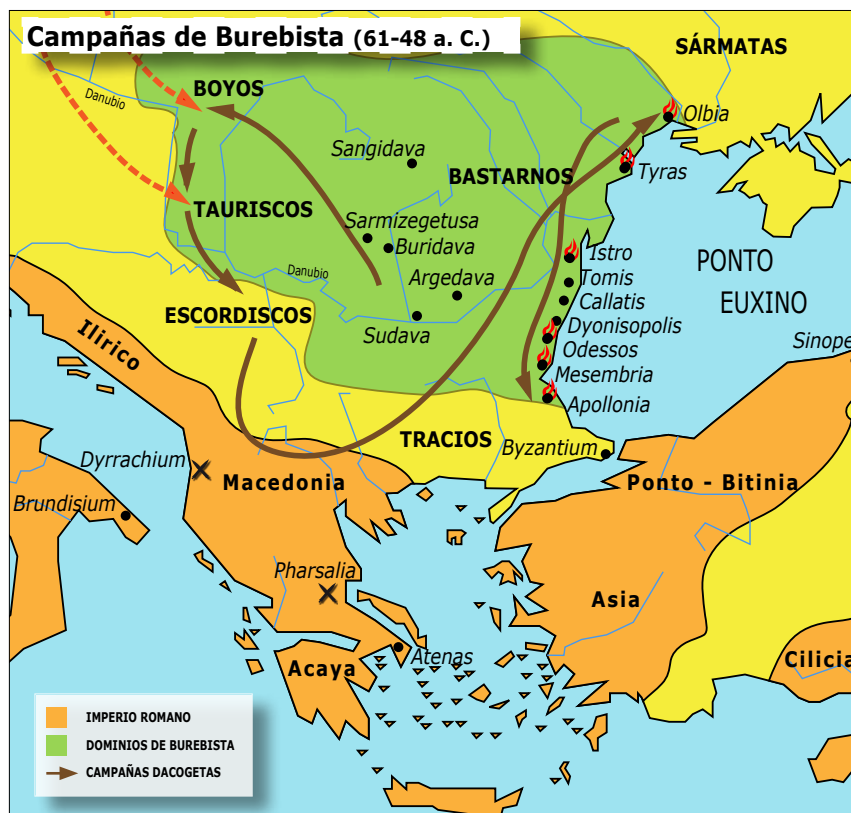
nalmente, entre el 55 y 48 a. C., se dirigió al Ponto Euxino, conquistando las ciudades-estado griegas.

La primera campaña citada se dirigió principalmente hacia los boyos, gobernados por Critasiro. Originarios de la actual Bohemia, habían cruzado el Danubio empujados por la imparable expansión de los suevos de Ariovisto. Así llegaron hasta las llanuras de Panonia, entre Eslovaquia y Hungría, en donde empezaba el territorio dacogeta. Consciente de que esta amenaza podría hacer tambalear los cimientos de su reino, Burebista aprestó su ejército y salió en su búsqueda.

El lugar del encuentro no es conocido, aunque seguramente tuvo lugar en alguna área del medio Danubio, y acabó con una aplastante victoria para Burebista. Estrabón afirma que el lugar de la batalla pasó a conocerse como el «desierto de los boyos». El triunfo abrió a Burebista el camino al corazón de Europa, pero incomprensible y a falta de testimonios completos, éste no aprovechó la situación.

La explicación más razonable parece ser que en su avance hacia el oeste se habría encontrado con el suevo Ariovisto, a la sazón el otro gran líder. Fuera por respeto o por otras razones, ambos líderes no llegaron a encontrarse: Burebista dio medio vuelta hacia los Balcanes y Ariovisto puso sus miras en la Galia. Estas decisiones beneficiaron nada menos que a Julio César quien, recién nombrado procónsul de la Galia Cisalpina, no tuvo que vérselas con dos enemigos a la vez.

En su camino hacia el Ponto Euxino, Burebista se encontró con los escordiscos, tribu tracia asentada entre la baja Panonia y la actual Serbia entre los ríos Sava, Dava y Danubio desde el siglo III a. C. Estrabón nos informa de que estaban mezclados con los tracios e ilirios. El ataque a esta tribu es cuanto menos sorprendente ya que ambos pueblos habían estado aliados en la batalla contra los boyos y tauriscos. Además, en el primer cuarto del siglo I a. C., tanto dacogetas como escordiscos realizaron incursiones en Macedonia, bajo control romano, en las que muy probablemente ya participaría el propio Burebista. La



Infografía: R. Pastrana

Burebista renunció a internarse hacia la Galia, donde Julio César estaba luchando en ese momento

causa del ataque podría estar en un desacuerdo por el reparto del botín de estas escaramuzas. El caso es que Burebista venció en batalla y los expulsó del valle del Danubio.

Superado el escollo escordisco, el rey dirige sus miras al Ponto Euxino, una zona que algunos años antes ya habían ollado sus huestes. Así, en 61 a. C. los bastarnos y las ciudades helénicas habían propuesto a los dacogetas formar una coalición contra los romanos. Burebista tenía serias dudas, pues en ese momento su pueblo estaba sumido en la lucha contra los boyos y tauriscos. Finalmente accedió y sus hombres participaron en la campaña.

Lo más probable es que el rey no estuviera presente en aquellas acciones bélicas, aunque desde la distancia marcara las directrices de su desarrollo. La batalla decisiva de esta campaña tuvo lugar en Istro (Histria para los romanos), a escasa distancia de la desembocadura del Danubio, en donde las fuerzas romanas comandadas por el entonces procónsul C. Antonio Hirbida fueron derrotadas (Dión Casio, *Historia Romana*, XXXVIII, 10, 1-3).

Tras aquella victoria, los dacogetas volvían a la zona, aunque esta vez para luchar contra sus antiguos aliados. Entre el 55 y 48 a. C., las ciudades-estado griegas fueron cayendo ante su avance. También quedaron sometidas varias tribus locales como los bastarnos, establecidos al norte de Istro y que servían de pantalla frente a las ciudades sármatas de Olbia y Tyras. Ambas urbes también cayeron tras una larga lucha, al igual que otras como Apollonia, Odessos o Mesembria, mientras que otras ciudades como Tomis, Calatis o Dionisópolis, sabedoras del peligro que se cernía sobre ellas, se sometieron sin resistencia.

Pero, ¿por qué el rey dacogeta realizó tales conquistas? Carece de fundamento pensar que el motivo fue mantener a las ciudades griegas fuera de la órbita romana. Lo más probable es que las expectativas de establecer redes comerciales con las prósperas ciudades griegas del Ponto, especialmente tras el vacío dejado por la muerte de Mitridates VI Eupator, expliquen esta campaña. Por aquel entonces, Roma conquistaba la Galia para, después, zambullirse de nuevo en el caos.

Negociaciones con Pompeyo

En el año 48 a. C., terminada ya la campaña en el Ponto Euxino, Burebista posee un vasto territorio. Sus límites son el río Bug (Ucrania), al norte; Bohemia y Panonia al oeste; la costa occidental del mar Negro al este; y las llanuras de Tracia al sur. Tales posesiones le valieron a Burebista, según el decreto de Dionisópolis, ser considerado «el primero y más grande de los reyes tracios».

Pero no todo fueron campañas militares. La actividad diplomática

fue también muy importante, como demuestra su intervención en el conflicto entre César y Pompeyo, que en aquellos momentos estaban enzarzados en una encarnizada guerra civil. El rey dacogeta, atento a los acontecimientos, va a tomar partido por Pompeyo, que había acabado de derrotar en Dirraquio a César. Proclamado *imperator* por sus soldados parecía que la victoria final del Magno estaba muy cerca.

Burebista manda a su emisario Aconion a entrevistarse con Pompeyo en Macedonia. Desconocemos los detalles de dicha entrevista, pero sí cuándo fue realizada: entre el 7 de junio y el 9 de agosto, antes de la derrota de Pompeyo en Farsalia. Lo más probable es que Burebista ofreciera al general tropas, armas, comida y otra ayuda. El resultado de la batalla es de sobra conocido: César vence rotundamente a Pompeyo, perdiendo solamente 200 hombres. No tenemos noticias de que Burebista participase al lado de Pompeyo, pero su posicionamiento hizo que Julio César se fijase en él.

Muerte inesperada

Tras derrotar a los hijos de Pompeyo en *Munda* (Montilla, Córdoba) en el año 45 a. C., César es nombrado dictador perpetuo. Dedicó grandes esfuerzos a reorganizar el Estado romano, pero no olvidó al rey dacogeta, hasta el punto de preparar una campaña contra él. Sin embargo, no podrá llevarla a cabo, debido a que es asesinado en las *idus* de marzo del año 44 a. C.

Muy poco después, ese mismo año, fallece Burebista, según Estrabón. Alföldy apunta fechas más tardías: en 40 a. C. o incluso después, cuando

Octavio realiza una expedición militar en la zona del Ilírico probablemente entre los años 35-32 a. C., aunque esta hipótesis, hasta ahora, no ha sido probada. Al parecer fue víctima de un complot de nobles descontentos que pretendían volver al estado anterior a Burebista.

Tras su muerte, los partidarios del difunto rey se enfrentaron con los rebeldes, situación que desembocó en el ascenso al trono de Deceneo, según Jordanes. Estrabón afirma que el sacerdote y líder espiritual llegó a proclamarse dios. Con todo, el hallazgo de unas monedas de oro en Transilvania, con la leyenda “Koson”, podría interpretarse como que el sucesor fuera Coson y no Deceneo, aunque esto es solo una suposición.

La muerte de Burebista no significó la desaparición de su legado. La unificación de la lengua, la cultura y la civilización hacía imposible una vuelta a la situación anterior, tal y como querían sus conspiradores. Pese a todo, el reino se fragmentó en cuatro partes, si hacemos caso a Estrabón, aunque en tiempos de Augusto serían cinco. La impronta de Burebista fue tal que el reino se mantendría casi siglo y medio más. Siendo rey Decébal, Trajano conquistó la Dacia convirtiéndola en una provincia más del Imperio Romano. ■

PARA SABER MÁS:

- BERCUIU, D. (1980): *De la Burebista la Decebal*. Ed. Politica. Bucarest.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1987): “El Estado de Burebista y los pueblos de la Península Ibérica en época helenística. Semejanzas y diferencias”, en Gerión, 5.
- HORATIU CRISAN, I., (1978): *Burebista and his time*. Academiei Republicii Socialiste România. Bucarest.
- VILLAR GUAJARDO, R. I. (2004): *Los geto-dacios: home-naje al pueblo rumano*. Senado de la República. México.

El liderato de Burebista encontró focos de resistencia entre la nobleza local (*tarabostes*). A la izquierda, un noble dacio sometido, con su característico tocado (Museo del Louvre).



ARQUEOLOGÍA

INGENIERÍA

La valorización de las vías romanas

Las calzadas romanas han sido durante siglos líneas comerciales y de transmisión de la lengua y la cultura. Hoy, entre el olvido y el desconocimiento, sucumben a gran escala por las transformaciones del territorio. Paulatinamente se convierten en rarezas de las que pronto no quedará nada que proteger ni restaurar. El ingeniero Isaac Moreno, promotor del grupo TRAIANVS, especializado en ingeniería romana, repasa las actuaciones que se ciernen sobre este patrimonio.

Por **Isaac Moreno Gallo**.

La restauración del patrimonio histórico de la ingeniería civil tiene una asignatura pendiente especialmente en las carreteras que los romanos dejaron construidas en nuestro país. Después de comprobar que la técnica constructiva en ellas aplicada era un instrumento valioso para su identificación, los primeros tramos bien constatados de vías romanas en España se han puesto en valor y se han rehabilitado para uso y disfrute de la ciudadanía.

El tratamiento dado a algunos de ellos debe de servir de ejemplo de lo

que se debe y no se debe hacer en la preservación y promoción de estas milenarias carreteras.

La ineficacia protectora

La conservación de las vías romanas nos enseña un cúmulo de despropósitos y tratamientos altamente agresivos sobre estos venerables monumentos. Las infraestructuras modernas se han instalado sobre las antiguas sin miramientos, la mayoría de las veces desconociendo el valor de lo que se destruía. Los corredores culturales que formaban las vías romanas han quedado interrumpidos para siempre por autovías y ferrocarriles que no

Intervención sobre los pilares del puente romano de Segura (Cáceres), sin que presentarse ninguna patología estructural.

Fotos: Isaac Moreno



han respetado la continuidad del camino, hipotecando definitivamente el uso del resto de lo no afectado.

El fenómeno no presenta indicios de ser frenado. En plena era de la Información Pública, de la Evaluación y Declaración del Impacto Ambiental, de las Medidas Correctoras y de una larga lista de eufemismos poco eficaces, la vía romana mejor publicada y cartografiada, la más afamada en el mundo de la ingeniería y de la arqueología de nuestro país, la que el ilustre ingeniero Saavedra describió hace siglo y medio en la provincia de Soria, ya tiene adjudicada la construcción de una flamante autovía sobre su trazado. El páramo de Calatañazor pasará de tener la vía romana mejor conservada de España, al desastre patrimonial mejor documentado y más penoso del país.

Entre poco y nada se ha avanzado desde aquellos años 90 en los que denunciábamos amargamente la destrucción de excelentes vestigios estructurales de las últimas carreteras romanas que los conservaban en nuestro país.

En la promoción y preparación del año Jacobeo Compostelano de 1999, fenómeno que ya despuntaba como pujante negocio turístico a lo largo de la línea del Camino de Santiago, se realizaron obras urgentes de "rehabilitación" de todo este camino de peregrinación, a la sazón reinventado en buena parte de su trazado, para esta nueva oleada de caminantes que se preveía continuada en el tiempo. Por desgracia, algunos de los tramos intervenidos, se correspondían con el viejo camino romano que las concentraciones parcelarias aún no habían destruido.

Los terraplenes intactos de la vía romana entre Carrión de los Condes y Calzadilla de la Cueva, conocieron de esta forma, en 1998, los efectos de la maquinaria pesada sobre su estructura, proporcionando a los peregrinos una comodidad de pisada y un modernísimo aspecto del camino que no habían conocido los caminantes de los siglos antiguos y que con seguridad no era lo que buscaban los actuales.

Que sea la promoción del camino la que destruya el valor patrimonial de este, no deja de ser una de las para-

Camino de la Calzada, vía romana entre Clunia y Sasamón, en Caleruega (Burgos). Abajo, el aspecto anterior a la brutal intervención con maquinaria pesada, en 2008 (a la derecha).



La preparación del año jacobeo de 1999 trajo la destrucción de varios tramos de la vía romana en Palencia

dojas más terribles de cuantas pueden recaer sobre la suerte de este tipo de patrimonio.

El hecho de que estas decisiones se tomen, no para servir a la agricultura, sino al turismo cultural, solo se explica porque la indocumentación de los responsables de las inversiones es mucho más peligrosa que las malas intenciones.

De las decenas de casos que hemos visto después con este desenlace, cabe recordar la modernización de los caminos de Tricio, en la Rioja, en 2003. Caso único por el buen estado patrimonial de las vías romanas que se destruyeron en esa ocasión, que pasaron de ser uno de los mejores potenciales turísticos del pueblo para convertirse en un anodino camino para la

agricultura. No preocupó mucho este hecho en el Gobierno de La Rioja, porque apenas dos años más tarde corrió la misma suerte todo el llamado Camino de los Romanos, en Hormilla, en toda su longitud, la misma calzada romana en su continuación al occidente, la Vía de Italia a Hispania.

Estas destrucciones de las vías romanas por las nuevas infraestructuras agrarias, tampoco parecen tener freno a día de hoy. El proceso administrativo de impacto sobre el patrimonio no está tan avanzado aún en estos procesos.

El caso de Caleruega (Burgos), de 2008, nos confirma este aspecto. La vía romana de Clunia, muy bien conocida por todos, dentro y fuera del pueblo, por la que sentían especial interés incluso en el ayuntamiento, ha sido destruida finalmente. Por miedo o por vergüenza, nadie en el municipio se ha quejado. Los buldóceres rebajaron el camino para extender después nuevos materiales, destruyendo la vía romana de forma irreversible. Cosa habitual en estos casos, en los que se confía a la maquinaria pesada y al albedrío del operario de turno este tipo de actuaciones.

Desconocer cuál es la estructura de una vía romana y como debe ser trata-

da, conduce a este tipo de desgraciadas consecuencias más que cualquier otro factor que pudiera llevar inherente la actuación.

Ocurre así en los caminos y de la misma forma en los puentes asociados a estos. Las supuestas “reparaciones” de puentes romanos que han tenido lugar en nuestro país en las últimas décadas cuentan con aspectos dignos de toda lamentación. Al margen de la dudosa eficacia y hasta necesidad de muchas de las “consolidaciones” de las estructuras afectadas, el rejuntado con mortero de las juntas de los sillares, las sogas y tizones de los paramentos desfigura el puente romano hasta hacerle mostrar una imagen que nunca tuvo en su historia y, sobre todo, impropia de este tipo de puentes contruidos por buenos ingenieros.

No se salvan de esta apreciación, ni el famosísimo puente de Alcántara, intervenido así en toda su superficie en la década de los 70, ni el de Salamanca, ni el del Albarregas (Mérida), ni otros de los mejores y más famosos puentes romanos ciertos que hay en España. Sin hablar de tantos otros que llamándose romanos, no lo son, aunque no por ello merezcan peores tratamientos.

Conocer cómo son los puentes romanos, cuáles son y cuáles no lo han sido nunca, independientemente de cómo se les llame hoy, pasa hoy obligadamente por la lectura de los trabajos del Ingeniero de Caminos Manuel Durán sobre los puentes romanos en Hispania. Evidentemente no lo hicieron quienes intervinieron, con gran desatino y graves consecuencias, sobre el puente romano de Segura en la frontera extremeño-portuguesa.

En 2007 se ha zunchado con hormigón la base de las pilas cuya estabilidad no presentaba ningún problema. Se han bulonado y cosido los sillares que no presentaban patología alguna y finalmente se ha rejuntado todo el puente de una manera burda, hasta desfigurar su aspecto.

Esta intervención probablemente provoque las primeras patologías serias que el puente haya presentado nunca, consecuencia de la aparición de tensiones nuevas ocasionadas por el cosido de



A la derecha, estado original de la fábrica del puente romano de Segura, en Cáceres. Dos mil años de estabilidad gracias a la perfecta unión de los sillares de granito rosado y a su apoyo en la roca madre. Arriba, desastre permitido por la Administración.



los sillares y el zunchado de las pilas.

Que esto haya ocurrido en 2007 probablemente sea delito contra el Patrimonio, al margen de que sus responsables no hayan sido procesados por ello. Es también una actuación infamante para el arte de la ingeniería moderna, teniendo en cuenta que la intervención ha sido obra de los ingenieros de hoy, pero sobre todo evidencia la ineficacia negligente de los responsables del patrimonio extremeño y portugués. Vuelve a constatarse aquí la peligrosidad de las intervenciones mal asesoradas.

Cambio de tendencia

Con el avance del proceso de identificación de las vías romanas y la paulatina aparición de restos bien conservados de estas, probablemente los últimos supervivientes, se ha ido tomando conciencia de la necesidad

de preservarlos. Algunas de las últimas obras de transformación agraria de gran entidad de los dos últimos años lo han intentado con cierto éxito, cuando afectaron a estos caminos.

El páramo leonés situado entre los ríos Esla y Cea se pone ahora en regadío con el embalse de Riaño. La vía de Italia a Hispania, aquí llamada Calzada de los Peregrinos, atraviesa todo este terreno. Las mejores estructuras supervivientes de esta vía romana iban a ser afectadas. La intención ha sido buena: las más evidentes han sido valladas y preservadas aunque el camino ya no será el mismo.

Algunos terraplenes intactos han sido cercados con una empalizada de madera y permanecen en islotes fuera del contexto de lo que se supone que es una obra lineal. Otros restos, cerca de Reliegos-Santas Martas, han desaparecido del mapa. O pasaron des-

apercibidos o el descuido los cargó a un camión y se los llevó. Sea lo que fuere ya no están.

El paisaje también cambiará radicalmente. El secano de los páramos de vistas interminables se convertirá en cultivos de regadío, seguramente maizales que no permitirán tener horizonte al viajero. Esta vía romana y Camino de Santiago es, como tal, declarado Bien de Interés Cultural, pero su devaluación será más que evidente precisamente en su Interés Cultural.

Otro ejemplo hemos conocido en los interminables terrenos resacos de los Monegros oscenses que también están siendo objeto de remodelación agraria. Los páramos de Cardiel, despoblado de Fraga, conocen bien el recorrido de los Caminos del Diablo, vías romanas de las más antiguas de España, del momento de la República Romana como atestiguan los miliarios que en ella se encontraron, que conservan relativamente bien su infraestructura en buena parte de su longitud.

El Gobierno de Aragón ha llevado a cabo una excelente iniciativa pionera probablemente en el mundo: los nuevos caminos se han construido en paralelo a la vía romana, preservando el viejo camino que queda integrado en una franja de zona común protegida.

La franja ocupada por la vía romana no ha sido afectada por obras de parcelación, ni por las de construcción del nuevo camino, ni lo será por el tránsito de la maquinaria, ni por el cultivo. Se trata de un ejemplo claramente conservacionista, un modelo a seguir por otras Comunidades en nuestro país y fuera de él.

Promociones erradas

La falta crónica de identificación que sufren los caminos de los romanos ha hecho pasar por tales, entre quienes desconocen todo de este arte, a los caminos empedrados de todo tipo, aunque fueren de los que vulgarmente se dicen de cabras. No menos ocurre con los puentes, muchos de ellos no solo alejados en el tiempo, sino sencillamente indatables por ser de una técnica constructiva mala y sin arte, en todo caso, impropia de los ingenieros romanos. Esta es otra de



El Camino del Diablo, en Aragón, con sus restos romanos, ha sobrevivido a las vías modernas, que en esta fotografía corren en paralelo a la antigua vía.

¿Qué apariencia tenían realmente las vías?

El halo mítico que envuelve a las vías romanas es mucho más fuerte que su conocimiento. Este tipo de caminos milenarios por los que se supone con poco juicio que transitaron las legiones a pie camino de la conquista de nuevos territorios, o los emperadores acomodados en flamantes literas porteadas por esclavos y acompañados de séquitos interminables, siempre han ilusionado a quienes los quieren ver y recorrer en sus momentos de ocio campestre.

Estos caminos se alejan mucho de los que nos ha mostrado Hollywood y de los que nos han pintado en los cuentos de Astérix. Realmente eran extraordinarias obras de ingeniería, verdaderas carreteras desde todo tipo conceptual, vías comerciales de primer orden por donde se expedían todo tipo de mercancías y se extendía la cultura y la economía. Su aspecto original de zórras en su superficie, no estaba muy alejado de los actuales caminos agrícolas. El tráfico, con mucha diferencia

sobre cualquier otro, era de rueda. Un gran número de carros de transporte de personas y de mercancías surcaban estas carreteras.

Tras dos mil años de abandono, presentan hoy una variedad de formas de conservación de aspecto poco atractivo, que van desde una loma prolongada devorada por el bosque, hasta una carretera asfaltada con sus líneas pintadas en blanco. Ambos casos suelen conservar unas capas de empedrado grueso bajo ellas, imperceptibles en la superficie en la que nunca estuvieron y a la que nunca fueron destinadas.

Cuando estos empedrados de mayor calibre están hoy en la superficie, es porque todo el terreno de la vía ha sido ya roturado y destinado al cultivo. La vía está entonces destruida.

El aspecto poco vistoso no se contradice con el alto nivel de ingeniería desarrollado en la construcción de estos caminos y con la alta funcionalidad de la que hicieron alarde en vida.

las formas por las que se llega al desprestigio de “lo romano”, gracias a la inexactitud derivada del error y de la ignorancia en la promoción de estos vestigios.

La lista de los caminos infames, aunque empedrados, que se promocionan hoy como romanos en España y en buena medida en Europa es interminable.

Y también es larga la de aquellos Caminos Reales que, sin ser tan malos, presentan cierta vistosidad y gracia en sus estructuras. Apariencia vistosa que les da el hecho de conservar unos encachados bastante modernos, demasiado modernos para ser señalizados como romanos.

El esfuerzo constructor de los Borbones durante el siglo XVIII dejó nuestros difíciles pasos de montaña, imposibles hasta esas inversiones, llenos de bonitos caminos empedrados para el tránsito mulatero. En los siglos anteriores, el Honrado Concejo de la Mesta había invertido también muchos esfuerzos en los caminos y puentes de sus principales rutas ganaderas, que fueron uno de los motores económicos de nuestro país durante los inicios de la edad moderna.

De algunas de estas realizaciones camineras se conservan documentos que lo avalan. Tal es así en los puentes del Iregua, particularmente el de Villoslada, en la Rioja, donde la Mesta tenía paso estratégico y del camino del paso del puerto de la Fuenfría, donde Felipe V tenía obligado tránsito al palacio de la Granja.



Promoción turística de la “calzada romana” de la Vía de la Plata sobre el trazado y sobre las estructuras del Camino Real de Castilla, en el puerto de Béjar (Salamanca).

Ninguno de los dos monumentos se ha librado, a pesar de esto, de ser asignados a los romanos en la abundante bibliografía al uso. Y, cómo no, hoy gozan de una estupenda señalización como una vía romana merecedora de no pocas epopeyas, que incentivan al caminante a figurarse el paso de las legiones desfilando por esos mismos lares.

La tipología constructiva de los Caminos Reales del siglo XVIII es relativamente homogénea entre sí, tanto como lo es la de las carreteras que hicieron los romanos. Y, ciertamente, muy alejada la una de la otra.

Sin embargo, si los Caminos Reales cuya construcción ha ido siendo documentada en su momento preciso del siglo XVII o XVIII están dejando de ser “romanos”, más difícil lo tienen aquellos cuya documentación no

ha aparecido aún, o tal vez nunca lo haga. A pesar de que, por su técnica constructiva, todos sean datables en un parecido momento, o al menos en uno bien alejado del mundo romano.

Así ocurre con el llamado Camino Real de Castilla en el puerto de Béjar, entre Cáceres y Salamanca, arquetipo prefecto de lo que son los caminos del XVIII con sus característicos “picos” de balizamiento, muros de contención, tajeas, etc., que sin embargo, por hallarse en un collado con presencia de miliarios romanos, ha pasado a ser romano también y señalizado en tal sentido para confusión generalizada del visitante.

Idéntica suerte viene corriendo el camino ganadero del puerto del Pico, en Ávila, considerado “romano de toda la vida”.



Vía romana vallada, fuera ya del contexto del corredor de que formó parte, para salvarla de la transformación agraria ocasionada por los nuevos regadíos del páramo leonés de Santas Martas.

Todas las regiones tienen su pequeña colección de Caminos Reales modernos, de tipología común con los otros de la misma época, sospechosamente bien conservados en zonas montañosas con laderas inestables, cosa que delata su modernidad, pero que sirven bien como romanos a falta de otros que se conozcan.

Cataluña cuenta con varios caminos de mulas con sus picos de balizamiento y empedrados en superficie, cosa que hasta no hace mucho se esperaba de las vías romanas. Estos caminos bastante modernos se promocionan como romanos hoy, como el de la Capsacosta, en Gerona, el de Argenton, en Barcelona, y el del Perelló, en Tarragona.

Cantabria, región montañosa por excelencia, presenta al ciudadano como caminos romanos el del valle del Besaya, la Cambera de los Moros en la Sierra del Escudo Cabuéniga, el camino viejo del Escudo y el camino de los Tornos. Este último, con su construcción bien documentada en el XIX.

No continuaremos con estas interminables promociones locales de caminos, “vistosos” como único mérito probado para ser romanos, ya que nos parecen más preocupantes las que en los últimos años se trasladan a la gran escala de los grandes corredores culturales apoyados en supuestas vías romanas o caminos de otra índole, en todo caso inexistentes.

Si el Camino del Cid ha tomado definitivamente cuerpo, cuenta con una serie documental propia en televisión y se encuentra ya señalizado a su paso

Camino del valle del Besaya, entre Bárcena de Pie de Concha y Pesquera, en Cantabria. Una de las muchas camberas, caminos de mulas estrechos y encachados, que pueden verse en la cornisa cantábrica. Hoy goza de una potente promoción como vía romana, aunque nunca lo fue, tras su consideración como tal por varios historiadores.



por cuatro comunidades autónomas y no menos de cinco provincias, basado únicamente en un relato épico escrito siglos después de los hechos y probablemente incierto en el recorrido que describe, quién sabe qué podemos esperar ya de estas iniciativas.

Mucho mayor empuje está adquiriendo la llamada Vía de la Plata. Al rebufo del negocio en que se ha convertido el Camino de Santiago en los últimos veinte años, las comunidades del oeste peninsular han detectado el suyo en este camino. Algo que empezó entre Mérida y Astorga es ambicionado ya en Cádiz, Gijón y hasta la propia

Santiago de Compostela.

Históricamente y científicamente hablando, “de la Plata” sólo se llamó al camino al sur de Salamanca y nunca se llamó así a ninguno más al norte. Además, el camino que se promociona como tal al norte de Salamanca nunca ha sido vía romana. Y sin embargo, sólo el mar ha parado esta promoción desaforada en sus extremos de Gijón, Cádiz y Santiago. El rigor y la verosimilitud de lo anunciado no parecen importarle a nadie. Al menos a nadie que vaya a beneficiarse de este pequeño fraude.

Promoción de la famosa Vía Augusta, sobre las estructuras del Camino Real del Perelló a la Ampolla. Muretes y tajeas de pésima factura, conservados gracias a su modernidad.





Carteles explicativos de la vía que unía Italia e Hispania, en Quintanapalla (Burgos).

Extremadura, pionera justamente en esta promoción, porque tenía Vía Romana y de la Plata, consiguió mediante la financiación del Banco Europeo de Inversiones y de la Junta de Extremadura, un presupuesto de 19,6 millones euros, más de 3.000 millones de las antiguas pesetas, para el proyecto Alba Plata I. Con este dinero se han habilitado albergues, se han restaurado importantes monumentos en toda la región, tuvieron relación o no con el corredor, y se han lanzado campañas de marketing turístico de la región.

Pero, la vía romana, no ha sido rescatada en sus mejores vestigios de las innumerables fincas particulares que la conservan dentro de ellas, expuesta a la voluntad de los propietarios de estas dehesas ganaderas. No se ha dado la deseable continuidad al trazado de la vía romana usurpada en muchas fincas y perdida en tantos baldíos, ni cuenta hoy con un balizamiento claro que la delimite y permita el tránsito cómodo por la carretera por la que, sin embargo, circulaban a buena velocidad los romanos. Lástima, éste no era el objetivo de Alba Plata I.

No obstante, rentabilizada la inversión, ahora se ha anunciado el proyecto Alba Plata II. Con un presupuesto de 4.670.000 de euros, se anuncian intervenciones restauradoras en los puentes romanos sobre el río Guadiana y sobre el Albarregas de Mérida, y

en el puente trasladado y reconstruido en 1972 de Garrovillas de Alconétar.

Ninguno de ellos tiene problemas de estabilidad ni falta de solidez en sus fábricas. Sin embargo, la administración que gestionará estas actuaciones es la misma que permitió la barbarie sobre el puente de Segura hace unos pocos meses sin rechistar. No se conoció ni siquiera la protesta de la Administración extremeña por estos hechos. Permítasenos, al menos, el pánico al poder económico de los indocumentados.

Promociones avanzadas

Una de las vías romanas más famosas en nuestro país es la Vía Augusta, que recorría el Levante y Andalucía desde la Junquera hasta Cádiz. Los pioneros intentos de promoción de esta vía proceden de los años 90, pero no siempre han tenido la suerte deseada. La mayoría de las veces se han realizado sobre caminos que no tenían su romanidad constatada.

Los primeros restos promocionados de vías romanas bien identificadas en España, fueron probablemente los de la Vía Nova en el Xurés, en la Portela do Home de la frontera galico-portuguesa. Las estructuras de la vía estaban ya muy deterioradas, pero al menos la abundancia de miliarios en el camino justificaba la visita y el trazado correcto del camino romano avalaba la promoción.

En la misma zona de España, años después, en 2003, se emprendió el programa Vías Augustas financiado por los fondos FEDER dentro del Programa INTERREG III-A España-Portugal. Como consecuencia de él se desbrozaron y limpiaron muchos kilómetros de vías romanas bien identificadas con cabeza en Astorga y destino en Braga, poniéndose algunos monolitos señalizadores al efecto. Una iniciativa encomiable que necesitaría una continuidad en el mantenimiento de lo realizado, o la vegetación lo devolverá a su estado primitivo.

En 2007, en la provincia de Burgos, surge otra iniciativa con ayuda de fondos europeos, promocionando una larga longitud de terraplenes bien conservados de la carretera romana de Italia a Hispania, en Quintanapalla, la primera promoción al detalle de vestigios de este tipo de estructuras en España.

Como antecedentes, la Vía Domitia en el sureste francés ya llevaba varios años puesta en valor en los márgenes de la autopista Languedociense. Esta vía romana conserva también buenos terraplenes en las llanuras de la vega baja del Ródano.

Quintanapalla cuenta con señalización específica de la vía romana, áreas de descanso, hitos miliarios conmemorativos de la moderna valorización y carteles explicativos de los distintos aspectos estructurales que pueden verse en el recorrido. Le siguió en 2008 el tramo desde Cerezo de Riotirón a Briviesca, en la misma provincia de Burgos. Con elementos semejantes a los de Quintanapalla, cuenta con características estructurales diferentes a otras vías.

Se ha recreado con una reconstrucción de la vía romana a escala, un trozo con idéntica técnica constructiva que la que realizaron los ingenieros romanos. Se ha expuesto también, en el entorno, alguno de los aparatos topográficos que se usaron para el replanteo y construcción de vías romanas.

Estos elementos son los que ayudan al ciudadano a comprender el verdadero valor de las obras, ya que aprenden cómo son realmente y cómo estaban construidas, entendiendo mejor el alto nivel técnico que en su construcción

se empleaba, prácticamente igual que el que se ha desarrollado en nuestras modernas carreteras que tantas veces se han superpuesto a las viejas vías. Tal vez, por estos factores, este plan de puesta en valor ha sido objeto de opiniones muy favorables, en prensa.

Desgraciadamente, hoy, la mayoría de los caminos antiguos son promocionados como obra romana, aun sin serlo la mayoría de ellos. A la vez, se facilita información errónea sobre cómo son y cómo están hechas las verdaderas vías romanas. Esto produce un rechazo que aleja al público de este tipo de promociones engañosamente publicitadas, para grave perjuicio de todos los caminos antiguos en general y de las vías romanas en particular.

Discernir el momento de construcción de los caminos antiguos aporta otros valores añadidos. Permite asignar correctamente a cada uno el valor histórico que le corresponde y su papel concreto en el desarrollo histórico, económico y social de la comarca en la que se encuadra. De esta forma, el interés cultural y científico del monumento en cuestión, como es una carretera romana o un importante camino real, aumenta exponencialmente con la certeza de la información que se ofrece al ciudadano.

Informar correctamente de la forma en que está construida una vía romana y enseñar al ciudadano la composición real de la estructura del firme del monumento que contempla es una de las mejores y más útiles formas de valorizar el camino en cuestión.

Confundir con falsas afirmaciones sobre la técnica constructiva que los ingenieros romanos aplicaban a sus carreteras perjudica al camino que se pretende promocionar, y también a los demás en los que se pudiera informar correctamente, ya que no serán identificados con la información recibida inicialmente.

En algunas zonas de España, el futuro de las vías romanas parece más halagüeño que en otras. Mientras al-



Excavación arqueológica en la Vía de Italia a Hispania en Brieviesca, en el lugar de Carraquinea. La estructura se ve formada por dos capas de cimentación de piedras gruesas de yeso, confinadas bajo la capa de rodadura de zahorras naturales.

gunas administraciones ignoran el potencial que supone en una sociedad como la nuestra la promoción turística de los caminos históricos, otras se están preocupando de identificarlos correctamente, de diagnosticar su estado de conservación y de valorar sus posibilidades de promoción.

La Comunidad de Castilla y León desarrolla en estos momentos un ambicioso plan de identificación y diagnóstico de las vías romanas de la región. Hasta hoy, permanecían desconocidas en su gran mayoría, confundidas con caminos modernos y con otros de características radicalmente diferentes a las de las carreteras de los romanos, cosa esta habitual hoy en toda Europa.

Un valor añadido aportado por este tipo de trabajos es la correcta gestión patrimonial que permite la incorporación de los datos de diagnóstico a la base de datos cartográfica de las administraciones implicadas. Los Sistemas de Información Geográfica (SIG) sirven como herramienta muy potente para la conservación eficaz de aquellos tramos bien conservados de entre los correctamente identificados. De esta forma, pueden convertirse en verdaderos vestigios al servicio del futuro cultural de la región, que en el caso de la que tratamos, ha sabido ser la pionera en este tipo de trabajos en Europa. ■

PARA SABER MÁS:

• ARRÚE UGARTE, B., MOYA VALGAÑÓN, J. G. y otros (1999): *Catálogo de puentes anteriores a 1800 en La Rioja*. IER - CEHOPU. Madrid.

• DURÁN, M.; NÁRDIZ, C.; FERRER, S. Y AMADO, N. (1999): *La Vía Nova en la Serra do Xurés, Ourense*. Xunta de Galicia.

• DURÁN FUENTES, M. (2006): *La construcción de puentes romanos en Hispania*. Xunta de Galicia.

• GARCÍA ALONSO, M. (2002): "El Puerto de los Tornos (Cantabria-Vizcaya-Burgos). Nuevas y viejas evidencias arqueológicas en un espacio liminal y de tránsito", en

Trabajos de arqueología en Cantabria V. Santander.

• MORENO GALLO, I. (2004): *Vías romanas. Ingeniería y técnica constructiva*. CEHOPU. Ministerio de Fomento.

• MORENO GALLO, I. (2010): "Vías romanas e infraestructuras modernas", para el I Congreso Internacional de Carreteras, Cultura y Territorio. CICCIP de Galicia. 3, 4 y 5 de marzo de 2010. En prensa.

• RODRÍGUEZ MORALES, J., MORENO GALLO, I., RIVAS LÓPEZ, J. (2004): *La vía romana del puerto de la Fuenfría*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 13, 2004.

DENUNCIA

Un nuevo asalto en el Monte Cotío

ARQUEOLOGÍA MILITAR

Fotos: David S. Bustamante



Una excavadora allana el camino a la zona de interés arqueológico.

La instalación de un aerogenerador experimental en Cantabria exigió la construcción de amplios viales para vehículos pesados. A escasos metros de las máquinas descansa un castro rodeado de campamentos romanos que lo asediaron. La obra se ejecutó a pesar de los riesgos para el patrimonio histórico, que sigue enterrado y esperando financiación para ser estudiado.

Por **Francisco J. Girao.**

Bien es sabido que, si hubo un pueblo que se «resistió siempre al invasor», no es ninguno que haya protagonizado cómics o dibujos animados después, ni que tuviese ninguna fórmula mágica más allá de su carácter salvaje y aguerrido. El conjunto de pueblos cántabros y astures, en la década que fue del 29 al 19 a. C. hicieron emplearse a fondo a los generales y aun al nuevo *princeps* Augusto. Las campañas fueron, empero, de las que merecen la pena, de las que los líderes de las huestes romanas (ojo a los nombres: no sólo Octaviano Augusto, sino después su mano derecha, Agripa, o Cayo Antistio Veto) aprenden militarmente de sus enemigos.

No sabemos gran cosa del enfrentamiento bélico que tuvo lugar con los bárbaros de la Hispania Citerior. Hoy en día, no obstante, existe un enclave que supone una fotografía degradada, una instantánea de aquel tiempo. Saber su historia y sobrevolar ese terreno es una experiencia evocadora que permite casi escuchar el ruido de miles de pares de *calligae* marchando por la calzada que vertebraba la zona. Imagínense un campo del sur de la actual Cantabria. Verde y montes. Un pequeño riachuelo. En sus plantas, un polígono casi regular, muy pensado, claramente enfrentado a los restos de un anárquico asentamiento prerromano. Se trata de un campamento romano en clara situación de asedio a un castro cántabro.

Ahora traten de representarse las historias, las muertes, heroicidades, insultos y chascarrillos desde las murallas. ¿Liberación de mujeres y niños como en Alesia? ¿Suicidio colectivo de supervivientes como dicen las crónicas que sucedió en Masada?...

Todo lo anterior se tiene que dejar a la imaginación porque las fuentes bibliográficas son muy parcas y están agotadas. Por otro lado, el actual Gobierno de Cantabria acaba de permitir una actuación industrial que puede dar al traste con lo que, en tiempos más felices, soñó con ser un parque arqueológico.

La suerte de *damnatio memoriae* fortuita a la que los historiadores romanos o la desaparición de sus textos parecen haber condenado a los antiguos pueblos cántabros y astures se une a una tradicional timidez en las campañas de excavación en la zona. El visitador de la cercana Julióbriga (a dos kilómetros de Reinosa), por ejemplo, comprobará un más que evidente estado embrionario en la investigación de campo sobre esa antigua ciudad que domina el actual pantano del Ebro. Algunas campañas en los 60

y 70 sacaron a la luz la mayoría de lo que se puede ver en la actualidad.

Lo mismo sucede con un conjunto situado a tres kilómetros al sur de ese asentamiento caído en desgracia a partir del siglo III. Se trata de una serie de yacimientos encabezados por el campamento romano de La Poza y el castro de Las Rabas. Están unidos con Julióbriga (especial y originariamente, el campamento) por lo que puede ser la calzada protagonista de este reportaje. La vía de Peña Cutral puede ser parte de la importante carretera romana de norte-sur que unía *Pisoraca* (Herrera de Pisuerga) con *Portus Blendium* (Suances).

A comienzos de 2010 la gigante eólica danesa Vestas se interesa por la instalación en lo alto del Monte Cotío, situado en el término municipal de Celada Marlantes (Campoo de Enmedio, a 7 kilómetros de Reinosa) de un ejemplar de su aerogenerador estrella: el V112-3MW. Según se mira el mapa, el alto de Cotío está a unos cientos de metros al este del conjunto de La Poza y Las Rabas (declarado legalmente, por cierto, Bien de Interés Cultural –BIC–, la figura legal de máxima protección de un recurso histórico en el marco jurídico español).

Informes negativos

El 12 de mayo los servicios de Arqueología de la Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria hacen mucho más que informar negativamente, más que por la instalación del molino, por la afección de la pista de acceso a construir. El jefe de Arqueología va más allá e informa, recogiendo el sentir técnico generalizado, que la delimitación del BIC actual es insuficiente y que no se puede certificar que ninguna actuación en la zona no afectará al patrimonio en el subsuelo, porque no se sabe lo que hay y lo que no.

El informe cita negativas oficiales firmes anteriores a proyectos de cantera y parques eólicos y denuncia un precedente grave: «el trazado del gasoducto en el año 1987, que comportaba seguimiento arqueológico, no fue capaz de detectar la destrucción de las estructuras fotificadas de los campamentos romanos de La Poza a pesar

Una actuación con grandes repercusiones sobre el entorno

Aplicando su conocimiento y prestigio, el historiador José Luis Casado Soto declara que «es tremendo que se haga una intervención así». Haciendo mención a la posible condena y pérdida de la calzada romana de Peña Cutral por la vía de acceso al V112, el historiador apreciaba que «aparte del trazado de ese vial que afecta a mucho territorio, ese tipo de estructuras [el aerogenerador] por tamaño, potencia e incidencia sobre el medio, en ningún caso deben colocarse sobre un campo arqueológico de esas características y de tanto valor».

Quien ha escuchado hablar en alguna ocasión a Casado Soto sabe que lo hace dando un considerable porcentaje de datos por minuto desde la tranquilidad que da el haber escrito, hablado y leído e investigado sobre ellos desde hace años.

Para el veterano funcionario (jubilado), arqueólogo e historiador, lo del Monte Cotío, auspiciado por los ministerios de Industria y Cultura, por el Gobierno de Cantabria, es «algo sencillamente incomprensible». El arqueólogo cita los criterios de varias cartas y protocolos internacionales de protección del patrimonio, la Unesco y Europa.

Para él, «en cualquier país desarrollado que respete su patrimonio, es inconcebible que se levanten esas infraestructuras pegadas a restos arqueológicos visibles con el riesgo añadido de dañar otras que no lo son».

José Luis Casado Soto es historiador, arqueólogo y licenciado en Bellas Artes. Santanderino, fue hasta junio de este año director del Museo Marítimo del Cantábrico (que también fundó), es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y miembro asociado a la Academia de Marinha en Lisboa.

Director y fundador del Laboratorio para Investigaciones Arqueológicas Subacuáticas, tiene en su haber el Premio Nacional del Mar, ha dirigido una veintena de excavaciones arqueológicas, tanto terrestres como marítimas, y ha comisariado más de 40 exposiciones temáticas.

Es autor o editor científico de medio centenar de libros y ha elaborado cerca de 250 trabajos que se han publicado en libros colectivos y en revistas especializadas, tanto españolas como extranjeras.



José Luis Casado.

de que las atravesó por completo y, sin estar previsto en las inmediaciones del castro se topó con una necrópolis medieval y el hallazgo de un miliario romano que refrendaba el paso de la calzada por la zona. El precedente debiera bastar como muestra de la vulnerabilidad arqueológica de este entorno».

No obstante, una leve modificación del trazado de la pista sirve para que el Gobierno autorice la pista y el molino. Las actuaciones han dado como resultado una denuncia penal (por prevaricación y tráfico de in-

fluencias) contra los actuales consejeros de Industria y Cultura. Dejando de lado las repercusiones legales, parece claro que el entorno es extremadamente sensible y desconocido desde el punto de vista arqueológico. Tanto como para haber sido descartadas anteriormente todo tipo de actuaciones industriales en la zona y como para que hubiese sonado con fuerza la creación de un parque arqueológico de las Guerras Cántabras allí.

La zona, que posee una evidente densidad arqueológica, ha sido di-

rectamente afectada por las obras en lo que se refiere al campamento de La Poza. Lo que hasta hace poco se creyó un solo recinto militar, tras un vuelo en ultraligero por la zona del arqueólogo Eduardo Peralta en 2001, se sabe que son sendos asentamientos de campaña (*castra aestiva*) pertenecientes a épocas distintas.

Los escasos estudios realizados en esta zona arqueológica coinciden mayoritariamente en datar el recinto de grandes dimensiones (7,7 hectáreas) en plena época de las Guerras

¿El fin de un patrimonio de futuro?

Joaquín González Echegaray (Santander, 1930), prestigioso historiador, escritor y arqueólogo, se unió en septiembre de 2010 a la nómina de imprescindibles de la erudición en la Historia cántabra que dicen no entender por qué el Gobierno ha autorizado la instalación del aerogenerador V112 en el área de influencia del complejo arqueológico de Celada Marlantes (Campoo de Enmedio).

González Echegaray pertenece a una familia con varios miembros destacados por su aportación a la cultura y la Historia y ha dirigido excavaciones en España y Oriente Próximo. Ha publicado libros y artículos en varios países y lenguas. Entre otros méritos, puede considerarse uno de los introductores de las modernas metodologías en excavaciones del Paleolítico Superior en España.

Para Echegaray existe un gran perjudicado en Celada Marlantes: el posible parque arqueológico que se ha estado barajando instalar allí desde hace años. Desde que se desató la polémica del V112 de Vestas en pleno verano de 2010, han sido varias las instancias que han recordado que el emplazamiento –que cuenta con el discurrir de una calzada, un

campamento romano y un castro nativo, entre otros restos que se consideran seguros, pero desconocidos– es uno de los yacimientos de las Guerras Cántabras.

«Para Cantabria –dice Echegaray–, no solamente el futuro puede estar en la generación de una energía limpia; hay otros aspectos posibles; Los parques arqueológicos, en muchos sitios, como en España, están por estrenar. Es muy probable que de aquí a unos años se hagan ese tipo de instalaciones en sitios donde se han producido hechos importantes y donde queden restos».

Echegaray no habla de quimeras, adelanta una más que probable moda que atrae turismo y riqueza, a la vez que conserva el patrimonio: «Esto ya existe en sitios como Cotío. Si mañana se quiere poner allí un parque arqueológico, aunque no esté el aerogenerador, si se ha destrozado un yacimiento, si se ha destrozado un entorno, puede hacerlo inviable».

Si lo quieren ver, los responsables políticos cántabros no tienen lejos un proceso que Echegaray ve similar y anterior: «Hoy en día se han desarrollado parques de naturaleza porque ahora se cuida



Joaquín González Echegaray.

el medio ambiente y a los animales: estamos sensibilizados; En el futuro inmediato podremos estar sensibilizados con la conservación de huellas del pasado. Si lo destruimos ahora, habremos cercenado toda clase de posibilidades».

Además el veterano profesor rebaja el entusiasmo para con los aerogeneradores: «Estamos en Babia, con un sentido primitivo, como hace 100 años, cuando se reclamaban para aquí las grandes industrias del acero y el carbón. Vamos a incurrir en la misma tontería. Vamos a picar y vamos a destrozarnos lo que es un patrimonio para el futuro».

Cántabras. El segundo, de 4,6 hectáreas, podría adscribirse a un tiempo posterior, con necesidades menores en cuanto a lo militar ya que probablemente se dedicaría a tareas de simple control. Dentro del perímetro del segundo se han hallado un as acuñado en *Caesargusta* (Zaragoza), un as de *Graccurris* (Alfaro, en La Rioja) con contramarca de águila en anverso y varias piezas de *terra sigillata*. Todo ello pospone su cronología, según los expertos, a un tiempo muy posterior: reinado de Tiberio, hacia el primer tercio del siglo I d. C. El estudioso Juan José Cepeda cree que este segundo campamento de dimensiones más reducidas pudo ser la base para los 5.000 hombres de la Legión III Macedónica.



El yacimiento de Juliobriga (en la foto, la Casa de los Morrillos) estaba unido con varios campamentos del entorno. Una de las vías puede ser la que pasa por el Monte Cotío.

El caso de los *castra aestiva*, siguiendo la tónica general de la zona, solo ha sido prospectado en dos campañas, en 2003 y 2004. Ahora por

aquel paraje corre una pista que va a dar a un macro aerogenerador que puede verse desde la autopista. Debaajo está nuestra Historia. ■

Dos formas de aproximarse a un asedio

Flavio Josefo narró en el siglo I d. C. el sitio a la ciudad de Masada, en pleno desierto israelí, a unos tres kilómetros del Mar Muerto. Póngase el lector en el año 72 d. C., en la piel de Lucio Flavio Silva: está ante el último reducto judío contra el poder de Roma, su Senado y su emperador. El problema es cómo llegar a él: está en un risco que se eleva a 400 metros de altura. Sabe que sitiario supondrá más penuria y bajas para el propio bando que para ellos, pues para eso Herodes pertrechó el fuerte no solo con murallas sino con granjas, toneladas de víveres, profundísimos pozos de agua e incluso materias primas para más armas y proyectiles.

¿Cómo subir? Una rampa. Sí, una rampa con piedras y arenas. Los generales e ingenieros romanos eran así. Antes del estado del bienestar del siglo XX y del boom de la industria y los inventos del XIX, ellos ya inventaban ni más ni menos que lo que necesitaban.

Un triángulo de casi 200 metros de base y 100 metros de empinada hipotenusa. 51% de inclinación.

Por allí subieron, entre esclavos y legionarios, la torre de asedio que derribaría la última oposición judía al primer ejército profesional de la Historia. Un ariete castigó el muro exterior. Cuando cedió y los legionarios aprestaban sus espadas, los hombres de Silva se encontraron con una segunda muralla de madera.

«¿Madera en el muro? Pues, fuego», debió de reponer Silva. Josefo cuenta que la divinidad se alió con los sitiadores y que el viento ayudó a chamuscar la última resistencia material ante los romanos. Poco antes, Eleazar se había dirigido a sus compañeros rebeldes: «¡Muramos libres, y partamos de esta vida con nuestros hijos y mujeres! ¡Las leyes nos mandan esto!». El ejército de Flavio Silva, una vez dentro, encontró víveres, agua, granjas, metales y cientos de muertos. Los judíos se suicidaron junto a sus hijos y mujeres.

Una película; decenas de películas merece el episodio. ¡Es símbolo de tantas cosas! Valores y miserias humanas. Ejemplo en Oriente Próximo de lo que un siglo antes había

sucedido en tierras cántabras. Para Echegaray el sitio a los cántabros en Cotío es importante, porque a Cantabria vino el emperador (recordemos que Vespasiano confió el sitio de Masada a Silva). Mientras que en el asedio de Alesia, que casi se vuelve contra Julio César en el año 52 a. C., se hallaron 15 tipos de proyectiles; en el escenario de las Guerras Cántabras de El Escudo se han hallado no menos de 500, recordaba José Luis Casado Soto.

Masada es ahora un parque nacional (con un teleférico que para sí hubiera querido Silva, por cierto). Cerca de Celada Mar-lantes tenemos sobre planta un castro prerromano y un campamento de legionarios esperando a ser excavados, investigados, puestos en valor y musealizados.

No tenemos un Flavio Josefo, por lo que hemos de saber lo que pasó preguntando a las piedras y a los restos. ¿Cuál fue su historia? ¿Cuánto duró? ¿Cómo eran los parapetados? Las respuestas están en el estudio de las evidencias arqueológicas de la zona, al pie del molino.

EL RINCÓN DE ESCULAPIO

LA MEDICINA MILITAR (II)

Cuidados expertos para el dolor de los legionarios

En el siglo I a. C. las legiones romanas empezaban a incluir entre sus filas a personas encargadas específicamente de cuidar a los soldados heridos y enfermos. Atrás quedaban siglos de campañas en las que cada legionario dependía de sí mismo y de sus compañeros para aliviar el dolor. Poco a poco se instituyó un cuerpo bien organizado de profesionales que, por su gran experiencia quirúrgica, fueron muy apreciados.



Filopemen se extrae un venablo de su muslo, en una escultura de David d'Angers (Museo del Louvre).

Por **Salvador Pacheco**.

En el año 31 a. C. el largo periodo de guerras civiles finaliza con la batalla de *Actium*, en la que Marco Antonio es derrotado por Octaviano. Este, libre ya de la oposición armada, acomete un ambicioso programa de reformas que no solo va a afectar a la estructura política de Roma. El ejército se redimensiona entre la década de los 30 y el 13 a. C. para reducir su tamaño a las necesidades de un Estado sin divisiones internas. Dentro de este proceso, la organización interna militar se dota de servicios médicos permanentes (Veleyo Patérculo, *Historia Romana*, II, 114, 1; Tácito, *An-*

nales, I, 65). La presencia de personas que se ocupan de la salud de los soldados ya no es fruto de la improvisación, sino que están integrados en la estructura militar, subordinados al comandante (Vegecio, *Compendio de técnica militar*, III, 2).

Ciertamente, los cambios en la estructura militar no surgieron de la nada. En el siglo I a. C. aparecen los primeros datos de una rudimentaria organización sanitaria en el ejército romano (ver *Stilus* 7). Ya a finales de la República, el desamparo del herido en la batalla debió de ir paliándose gracias a una mayor concienciación por parte de los mandos. La primera mención a médicos militares la debemos a Cice-

ron (*Disputas tusculanas*, II, 16, 38), aunque Julio César explica su labor con más detalle. Durante la campaña en las Galias informa de que su ejército disponía de estos profesionales, que atendían a los enfermos y heridos evacuados a retaguardia o a los campamentos y ciudades-base (*La guerra de las Galias*, VI, 1-4; y VI, 38).

En el nuevo ejército altoimperial el cuidado del herido no debió de ser muy distinto de en época republicana. Las primeras curas se recibían en el campo de batalla, por parte del propio afectado —si las lesiones no eran graves— o por los compañeros, ya que todos ellos portaban un botiquín elemental de primeros auxilios (Tácito,

Historias, II, 45). Tras la lucha, el herido era trasladado en carros o sobre animales al campamento (Julio César, *La guerra de África*, 21), desde donde era evacuado a casas particulares en ciudades amigas (SHA, *Alejandro Severo*, 47, 2).

Si el estado del herido no revestía gravedad, no era trasladado sino que permanecía en el campamento permanente de la legión. Quedaba en su tienda (SHA, *Adriano*, 10, 6), al cuidado de sus compañeros y con la visita periódica de un médico castrense. En casos más delicados se optaba por enviar al soldado al hospital (*valetudinarium*), en donde era atendido por manos más expertas (Vegecio, *Compendio de técnica militar*, II, 10; Higinio: *De munitionibus castrorum*, IV; Digesto, L, 6, 7).

Si se consideraba necesario los legionarios convalecientes podían ser trasladados a balnearios u otros lugares que pudieran acelerar su recuperación. Han llegado hasta nosotros los nombres de los más famosos: *Aquae Sulis* (Bath, Inglaterra); *Acuae Granni* (Aquisgran, Alemania), en la Germania Inferior, para las tropas del Rin y el Danubio; *Acuae* (Baden Baden, Alemania) y *Aquae Mattiacorum* (Wiesbaden, Alemania) para la Germania Superior o *Aquae Jasae* (Vezdinske Toplice, Hungría) en Panonia Superior. Los convalecientes de las legiones de Egipto guardaban reposo en la costa del Mediterráneo.

Tras la recuperación, volvían a sus unidades para reanudar el entrenamiento y recuperar la forma física, como ya ocurría en tiempos de César (*La guerra de las Galias*, VI-38).

La importancia de la cualificación

La aparición de los servicios sanitarios militares bajo Augusto hizo imprescindible un gran esfuerzo de organización no solo de los médicos, sino también del personal administrativo asociado a estas nuevas labores. Todos ellos se integraron en la estructura de la legión con un organigrama jerarquizado según su capacitación. En la base de la pirámide estaba el personal no cualificado, que carecía de cualquier privilegio: cobraba el

Emperadores humanitarios

Aunque la institución de un cuerpo médico mejoró las condiciones de vida de los soldados rasos, los generales probablemente siguieron en muchos casos confiando su salud a galenos de su confianza. Esto no impide que los oficiales de alto rango se preocuparan personalmente por la salud de sus hombres, lo que incluso es considerado por el Digesto (XLIX, 16, 12) como una obligación. Así Tiberio, antes de ser emperador, en la campaña de los Balcanes, pone a disposición de sus hombres el coche, litera, médicos, cocina e incluso utensilios de su baño (Velleio Patérculo, *Historia Romana*, II, 114, 1-2), aunque es muy probable que tal generosidad sólo se extendiese a los oficiales.

Por su parte, Germánico visitaba con frecuencia a los heridos (Tácito, *Annales*, I, 71) y, siglos después, Trajano se llegó a despojar, durante la primera campaña dácica (101-102), de parte de sus vestiduras para la confección de vendas, en un momento de escasez (Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano*, 18). También Adriano (117-138) visitaba con re-

gularidad a los enfermos en sus alojamientos (SHA, *Adriano*, 10, 6; Dión Casio, *Historia Romana*, XLIX, 9, 1-2). Por último, cabe mencionar que Alejandro Severo (222-235) solía ir de tienda en tienda interesándose por el estado de los heridos y poniendo a sus disposición carros de transporte.



Busto de Tiberio (Museo Pushkin, Moscú).

mismo sueldo que el resto de los legionarios y debía servir en el ejército por 20 años, durante los cuales tampoco podía contraer matrimonio.

Por encima del personal sin cualificación se encontraban los que disponían de ciertas habilidades sanitarias. Estos entraban en la categoría de *immunes*, es decir, quedaban liberados de determinados servicios, comunes a todo legionario.

Por último, los de mayor capacitación técnica, los médicos propiamente dichos, gozaban de diversas ventajas.

Así, por ejemplo, su servicio se realizaba por un tiempo no definido, que podía ser corto o prolongarse por toda su vida profesional según un contrato que, al parecer, firmaban con el ejército. Asimismo, recibían un sueldo doble al del legionario, podían contraer matrimonio, estaban adscritos a la plana mayor y, por supuesto, estaban exentos de los trabajos y obligaciones propias del soldado (Digesto I, 6, 7).

Pero no todos los médicos tenían el mismo rango. Existía lo que podemos llamar un médico jefe, posiblemente-

te equivalente a un oficial de orden ecuestre, con estatus similar al de un centurión. Los demás médicos de la unidad estaban equiparados a suboficiales especialistas, posición no muy elevada dentro de la jerarquía militar.

Los suboficiales médicos vestían como los demás legionarios (salvo por un distintivo de su grado y condición) e iban armados. Estos profesionales no solo eran *immunes*, sino que su paga era superior a la de un legionario normal. Entraban en la categoría de *duplicarii*, es decir, cobraban el doble del sueldo habitual: unos 300 denarios anuales en tiempos del emperador Domiciano (81-96) y 500 con Septimio Severo (193-211). Estos debieron de ser los únicos ingresos de un médico militar, pues estaba prohibido recibir cualquier tipo de pago por prestaciones durante el servicio (SHA, *Aureliano*, 8, 8). Sin embargo, desconocemos si podían ejercer su actividad de forma particular entre civiles.

El más alto responsable de los servicios sanitarios era el *praefectus castrorum*, tercer oficial en importancia tras el *legatus legionis* y el *tribu-*

nus laticlavius, pero en la práctica el primero de carácter profesional, pues para los dos primeros el servicio militar era una parte más de su carrera política (*cursus honorum*).

Del prefecto al médico de campo

El *praefectus castrorum* se hacía cargo de la logística y organización médica, pero también era el responsable último del hospital, cuyos gastos y funcionamiento inspeccionaba de vez en cuando (Vegecio, *Compendio de técnica militar*, II, 10; Cicerón, *Disputas tusculanas*, II, 16). También dentro de la sanidad militar y, por tanto, bajo su mando estaba la atención veterinaria. Así se deduce de una lista datada en el año 199 y encontrada en el campamento de *Lambaesis* (Lambéze, Argelia), la otrora provincia de Numidia. En la inscripción hallada en el que fue cuartel de la Legio III Augusta desde aproximadamente el año 100 d. C. los encargados de los animales figuran en la misma lista que el personal no médico adscrito al hospital (CIL, VIII, 2553).

A las órdenes directas del prefecto se encontraba el primero entre los médicos de una legión, el *medicus castrensis* o *medicus castrorum*. Si bien este nombre denominaba al médico que habitualmente iba con la tropa, con el tiempo pasó a designar a la más alta graduación sanitaria. Su función se extendía a la coordinación de todos los aspectos sanitarios de una legión, aunque cuando el emperador comandaba la unidad solía verse sustituido por el médico personal de tan ilustre personaje, que actuaría como mando excepcional y que, por su carácter civil, estaba dispensado de llevar atuendo militar.

Del *medicus castrorum* dependían dos secciones, una médica y otra farmacéutica. Dentro de la sección propiamente médica encontramos a los *medici cohortis*, asignados a la tropa. Existía uno por cohorte, con rango de suboficial especialista. Esto hace suponer que debía de haber unos 10 *medici cohortis* por legión, aunque no sería raro que hubiera uno más, hasta llegar a los 11 en total: Este médico adicional se adscribiría a la prime-

Prácticas médicas en el campo de batalla

El servicio en el ejército dotaba a los médicos de gran experiencia, especialmente en el ámbito quirúrgico. Debemos recordar que en aquella época no existieron estudios reglados de medicina como los que se imparten hoy en día en las universidades, aunque sí hubo escuelas como la de Pérgamo o Alejandría. Tampoco estaba establecida una capacitación especial para poder ejercer de médico militar. En estas condiciones, la práctica continuada y el contacto

con médicos de mayor experiencia iban poco a poco mejorando las aptitudes del personal sanitario. Posiblemente, su trabajo en el ámbito militar les abría la posibilidad de aprender anatomía practicando disecciones en los bárbaros muertos en combate (Galeno, *Sobre las facultades naturales*, XII-204). En muchos casos, los conocimientos adquiridos durante sus años de servicio servían de trampolín para un próspero ejercicio en la vida civil.

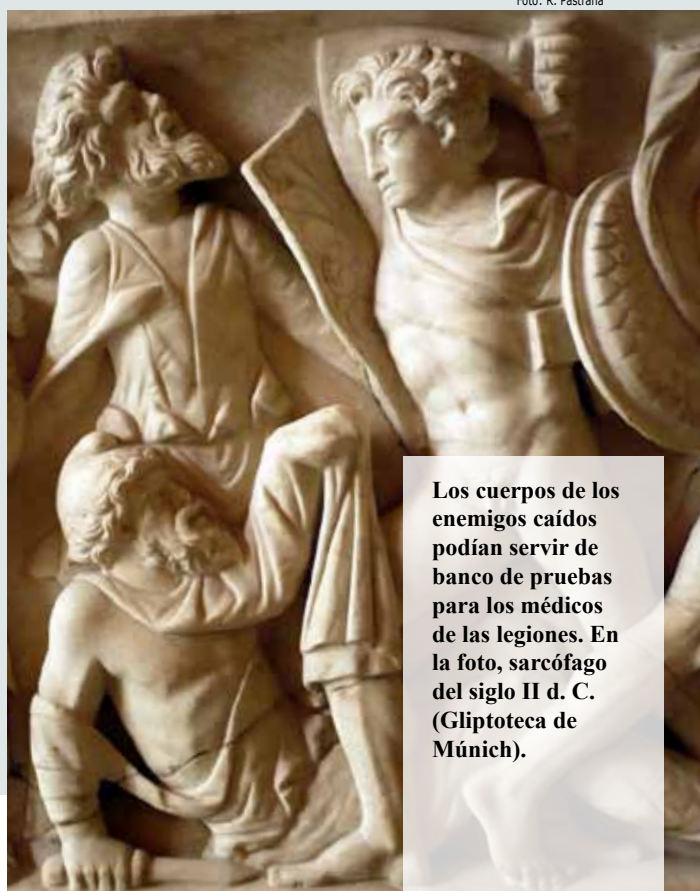
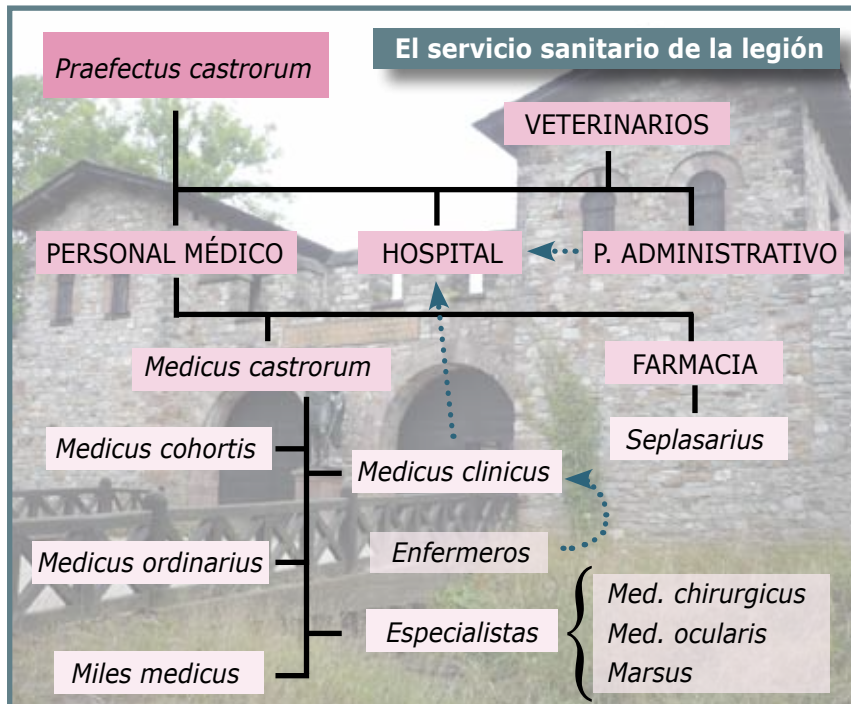


Foto: R. Pastrana

Los cuerpos de los enemigos caídos podían servir de banco de pruebas para los médicos de las legiones. En la foto, sarcófago del siglo II d. C. (Glyptoteca de Múnich).



Los primeros farmacéuticos

La primera constancia sobre una farmacia privada se sitúa en Bagdad, entre 775-785 d. C. Este establecimiento aparece regentado por un farmacéutico (saudalini), que realiza todas las labores propias de su profesión. Con todo, esta noticia no debe hacernos olvidar que ya en Roma existieron unos vendedores de remedios, los *farmacopolas*, que son considerados embaucadores por más de uno. Probablemente sea más adecuado ver a estas personas como representantes de una medicina empírica-popular (ver **Stilus 3**), más que como conscientes defraudadores.

ra cohorte, pues esta tenía el doble de hombres que las demás unidades de su rango.

Bajo los *medici cohortis* estaban los llamados *milites medici* o soldados-médico. Realmente eran legionarios que habían manifestado una especial capacidad o conocimiento en el tratamiento de las heridas. Es posible que Cicerón se refiriera a estos sanitarios en una de sus obras (*Pro Cluentio*, XXI).

Otro tipo de personal sanitario era el de los *medici clinici*, que en número desconocido prestaban su servicio en el *valetudinarium*. Les ayudaban enfermeros, que en el Digesto (L, 6, 7) aparecen mencionados como personas que se hacen cargo de los enfermos («*qui aegris praesto sunt*»). No sabemos el número de estos asistentes, así como sus condiciones de trabajo, esto es, si dependían directa y personalmente de un *medicus clinicus* o formaban un cuerpo unitario.

Cuando la legión se desplazaba, vemos en las crónicas una nueva figura: los *medici ordinarii* (*Ephemerides Epigraphicae*, IV, pág. 530; CIL, III, 3537), que portan consigo lo necesario para su tarea en cofres preparados a tal efecto (Tácito, *Annales*, I, 65). Tras la batalla, eran los encargados de aplicar los primeros cuidados (CIL,

III, 7449) y, posteriormente, de la atención a los heridos, visitándoles periódicamente en sus tiendas del campamento (Plinio el Joven, *Panegírico a Trajano*, 13; SHA, *Alejandro Severo*, 47). Desconocemos su número en la legión y debemos suponer que serían ayudados por un número igualmente desconocido de *milites medici* o enfermeros.

Aparte de los sanitarios habituales, de vez en cuando aparecen en las crónicas especialistas como el cirujano (*medicus chirurgicus*) y el oftalmólogo (*medicus ocularis*), entre otros. Mención aparte merece el *marsus*, un puesto dedicado a aplicar contravenenos para las picaduras de serpientes y escorpiones. Este personaje, específico quizá de unidades africanas, aparece mencionado en una lápida de *Lambaesis* en la que se da a entender que los más reputados provenían de la tribu libia de Psyller. Todos estos profesionales tendrían, es de suponer, los ayudantes que fuese conveniente.

Bajo la supervisión del *medicus castrorum* también se encontraba el servicio de farmacia, encargado de preparar los medicamentos solicitados por el cuerpo médico. Los *sephasarii* eran los encargados de hacer las mezclas que servían de base a los remedios.

Dentro del cuerpo sanitario existió otro personal (veterinarios, *capsarii* y *discentes capsariorum*), tanto técnico como administrativo, del que hablaremos en un futuro artículo, dedicado fundamentalmente a los servicios hospitalarios en el ejército romano. ■

PARA SABER MÁS:

- GRISSINGER J. W. (1927): *The development of military medicine*. The New York Academy of Medicine.
- GUILLÉN, J. (1980): *Urbs Roma*. Ediciones Sígueme. Salamanca.
- MAURICE B. (1899): "Les Scholas de sous officiers dans le camp romain de Lambese", en *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo 19.
- NUTTON V. (1969): "Medicine and the Roman army: a further consideration", en *Medical History*, vol. 3.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ J. (1993): "Breve historia de la asistencia sanitaria en las legiones romanas altoimperiales", en la *Revista de Historia Militar*, n.º 4.

BREVIARIUM

PUNTO DE LECTURA

**ROMA REPUBLICANA: ESTRATEGIAS...**

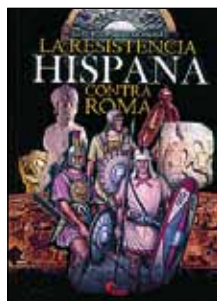
Raúl Bueno-Core
U. Valparaíso, 2003 - 344 págs.

Recomendable libro que repasa en los primeros capítulos la expansión territorial de Roma durante la República. Esta parte es interesante, amena y de fácil lectura, aunque no ofrece nada nuevo. La segunda parte del libro describe cómo evolucionaron las relaciones de Roma con sus colonias, aliados y los diferentes territorios que fue incorporando. También explica la política exterior romana desde el 525 al 31 a. C. El último tercio de la obra es una grata sorpresa, ya que estudia la evolución naval de Roma, Cartago y los reinos helenísticos, con especial incidencia en estos últimos. Aunque la guerra naval no suele interesar demasiado a quien escribe esta reseña, estos capítulos me engancharon. ■ **Jónatan Prieto**

LA RESISTENCIA HISPANA CONTRA ROMA

Julio Rodríguez González
Ed. Almena, 2010 - 351 págs.

Correcto libro de muy reciente publicación que describe la conquista romana de la Península, desde el desembarco de los Escipiones a las Guerras Cántabras. Los primeros capítulos describen a los guerreros hispanos (panoplias, tácticas...). La segunda parte hace lo mismo con las tropas romanas a través de tres periodos, y trata también de los auxiliares. En la tercera y última parte del libro describe las operaciones bélicas más importantes en 200 años de conquista. Un libro interesante, sin más. Eso sí, de lo mejorcito de una editorial está tomando un rumbo prometedor. ■ **J. P.**

**SIGNUM: BAJO LA SOMBRA DEL ÁGUILA**

Fernando Jimeno Martín
Mandala/LápizCero, 2009

El centurión Flavio Mummio sirve de hilo conductor de esta novela que nos lleva al siglo I a. C. Desde sus humildes orígenes nos va relatando todas las aventuras y peripecias según asciende en la escala militar, gracias a su valor. Luchará en las batallas que libraron las legiones romanas en la propia Italia, pero también en la lejana Hispania. Sin embargo, el lector también se acercará al ámbito familiar y el día a día de aquella época. A través de sus ojos de soldado veremos pasar a grandes figuras de la historia, como Pompeyo o César, y viviremos los peligros de un choque armado entre legionarios y bárbaros. Conspiraciones y deslealtades desfilan por las páginas de esta novela en la que la avaricia de los líderes políticos acabará por desestabilizar la República, herida ya de muerte. ■ **P. F.**

ESCENAS ROMANAS

Por **Óscar Madrid**



ETIMOLOGÍAS SORPRENDENTES

Del cálamo al caramelo

Por **Javier del Hoyo.**

Iniciamos en este número de **Stilus** una sección dedicada al conocimiento de algunas etimologías relevantes. Si saber de dónde vienen las palabras —no palabras extrañas y rebuscadas, sino esas que conocemos y casi todos los días pronunciamos—, su origen, historia y evolución presenta un atractivo especial; mucho más nos atrae averiguar el parentesco de términos de los que nunca hubiéramos sospechado que pudieran pertenecer a la misma familia, o que han derivado de una misma palabra.

Y como la revista se denomina **Stilus**, instrumento punzante con el que se escribía en la antigüedad sobre la cera, el plomo, etc., vamos a comenzar explicando la familia de ‘cálamo’, otro instrumento de escritura, en este caso el que servía para escribir sobre soportes blandos como el papiro o el pergamino.

En latín *calamus* significa caña; es la caña que crece junto a los ríos y que debidamente tratada (cortada, secada, endurecida, con una incisión a bisel en uno de los extremos para poder servir de instrumento escriptorio) pasa a significar **cálamo**, antecedente de nuestras plumas (plumas de ave primero, y estilográficas ya en el siglo XX). La tinta que se utilizaba para escribir con el cálamo se extraía de un cefalópodo, y por el uso al que se destinaba se denominó *tincta calamaris*. Posteriormente aquel generoso molusco pasó a llamarse **calamar**. El adjetivo predominó sobre el sustantivo y ya nadie se acuerda de que aquel animal se llamaba *loligo vulgaris* antes del uso de su tinta para la escritura. Incluso en el siglo XV, según nos recuerda Nebrija, al calamar se le llamaba ‘tintero’ por la tinta que derrama. En occitano antiguo calamar significaba aún ‘escribanía, recado de escribir’.



Aquellas cañas (se denominaban así también a las de los cereales) eran una riqueza económica, y cuando un vendaval arruinaba un cañaveral o un sembrado había ocurrido una *calamitas*, es decir, una calamidad para los habitantes que vivían de aquello. El gramático Donato explica que los rústicos llaman al granizo **calamidad**, porque destroza las cañas («*calamitatem rustici grandinem dicunt, quod calamos conminuat*»). Posteriormente calamidad se extendió a cualquier desastre natural, y más tarde a una ruina de cualquier tipo. “Eres un/a calamidad” se usa aún hoy para reconvenir a una persona a la que todo le sale mal, o que tiene una especial habilidad para estropear las cosas.

Pero nuestra lengua dispone de varias palabras más de la misma raíz. Del diminutivo *calamellus* deriva **caramillo**, ‘flauta simple de caña, madera o hueso’, ya que estas flautas se hacían cortando una caña y practicándole unos orificios que permitían obtener unas cuantas notas. Y existe también el duplicado **carambillo**. Pero a través del francés *chalemie*, que deriva asimismo de *calamullus*, nos llega a finales de la Edad Media un precioso chirimía, ‘especie de flauta con diez agujeros y lengüeta de caña’, y su duplicado *chiremía*, que se encuentra atestiguado ya en 1461 en la Crónica del condestable Miguel Lucas. Hay

otra variante castellana, que es *chirumbela* y *churumbela*, ‘instrumento musical de viento semejante a la chirimía’. J. Corominas sostiene que de *churumbela* pasando por el sentido figurado de ‘pene’ (tenemos ‘gaita’ con el mismo sentido) se ha llegado a *churumbel*, voz andaluza y agitanada con el sentido de ‘niño pequeño’.

De otro diminutivo, *calamulus*, obtenemos **carámbano** a partir de la forma que presenta, ‘pedazo de hielo que queda colgando al helarse el agua que cae o gotea de algún sitio; por ejemplo, de los tejados’.

Y llegamos a Portugal, donde se elaboraba un dulce con la forma de caña o carámbano llamado ‘caramelo’, que dio nuestro **caramelo**, que a su vez pasó al francés y al italiano, y que nos recuerda esas grandes barras de dulce que todavía se pueden ver en las ferias de nuestros pueblos, que hacen la delicia de los niños porque les permite estar chupando durante toda una tarde.

Una última referencia para los biólogos, que conocen bien ese ‘sapo pequeño verde con uñas planas y redondas que habita entre cañas’ llamado *calamita* o *calamite* (*bufo calamita*).

Hay términos tan visuales que tienen una familia bien numerosa. Y de *calamus*, por el rastro que nos ha dejado, bien podemos decir: “¡Eres la caña!”. ■



LUDOTECA

Táctica y hexágonos

FIELD OF GLORY

Sistema: Windows XP, Vista o Windows 7.
Procesador: 1,6 GHz o superior.
Memoria: 512 GB de RAM.
Tarjeta gráfica compatible con OpenGL 1.1.
Disco duro: 256 MB de memoria disponibles.

Por **Alejandro Carneiro.**

El mundo actual de los videojuegos se asemeja a la industria del cine: las grandes compañías copan los estrenos y la publicidad, en busca de ventas máximas con productos simples, donde prima el espectáculo visual. Pero siguen existiendo compañías pequeñas, centradas en productos más especializados, que les permiten vivir dignamente con un número de clientes limitado pero fiel. Son juegos realizados para ordenadores y no para consolas, donde prima más expresar la inteligencia de la máquina y el jugador que alucinar con el espectáculo costoso. Estas compañías fueron creadas, normalmente, por antiguos jugadores de wargames, por lo que en su catálogo abundan juegos de táctica y estrategia militar de diferentes épocas.

“Field of Glory” es uno de ellos. Un producto de uso fácil y sencillo, de los llamados “easy-to-play”, basado en el juego de miniaturas del mismo nombre. Realizado por Slitherine y distribuido por Matrix Games, el juego representa antiguas batallas, en especial de la época romana. Hay muchos escenarios, desde los enfrentamientos masivos de romanos de la Guerra Civil, como Farsalia, a las pequeñas escaramuzas de caballería en las Guerras Púnicas. El juego ofrece una amplia variedad de nacionalidades y tipos de tropas, que cada tres meses se han ido ampliando con actualizaciones,

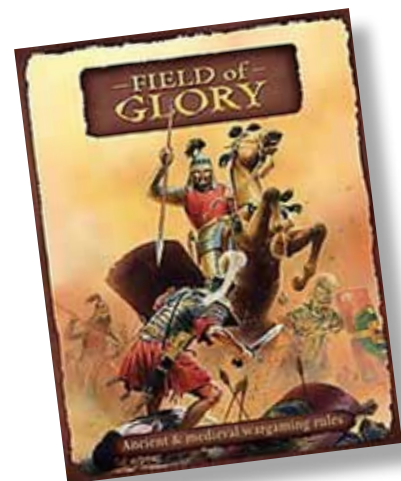
hasta llegar a la era bizantina. Si todas esas batallas prefabricadas no son suficientes, los jugadores pueden crear rápidamente sus propios conflictos con el editor de escenarios, muy fácil de usar.

Al igual que muchos títulos de Slitherine, el juego es fácil de aprender pero difícil de dominar. Tanto los jugadores veteranos como los principiantes serán capaces de aprender en poco tiempo. Las batallas también se mueven con rapidez y el jugador puede acabar una gran batalla en el curso de una hora como mucho. ¿Una batallita veloz antes de la cena? ¿Un par de turnos por Farsalia antes de sacar al perro de paseo? “Field of Glory” es ese tipo de juego.

El mapa, un tablero de red hexagonal, es agradable y sencillo. Existen parcelas que representan colinas, bosques, arroyos y matorrales. Todas ellas se combinan de diversas formas para crear campos de batalla interesantes. Aunque el terreno tiene algún efecto sobre el desarrollo del combate, lo más importante en este juego son las formaciones de tropas y el movimiento.

Un buen general mantiene su muro de protección unido, y lo utiliza como terreno para anclar su ataque o defensa. Las unidades colocadas al frente y la formación también son importantes. Se necesitan legiones bien entrenadas, que ganen su salario abriéndose camino a través de la línea enemiga y volviéndose después sobre la retaguardia de las unidades enemigas que aún siguen en combate. Cuando se es atacado por la espalda, incluso el muro de protección más firme puede convertirse en segundos en una chusma a la fuga.

El jugador mueve y ataca con cada unidad, que son reproducciones exactas de figuras de metal. La interfaz le da al jugador una idea de sus posibilidades de golpear a la unidad enemiga antes de que



acometa el ataque.

Un líder habilidoso aprende que en el combate no se trata tanto de causar bajas como de aplastar la moral de su oponente. Las unidades con baja moral luchan mal y cuando se rompen desmorralizan a las unidades de su alrededor. El ganador gana a menudo sólo por causar pánico masivo en las filas enemigas.

La Inteligencia Artificial (IA) de la computadora sabe cómo y cuándo usar la artillería y mantener sus flancos seguros. No os fiéis; con frecuencia va directamente a la yugular. Aun así, superar a la IA no es lo mismo que aplastar a un oponente real, y ahí es cuando el videojuego realmente brilla. El juego viene con una función totalmente integrada de multijugador, que nos ayudará a encontrar rivales con rapidez y jugar sin comprimir archivos ni usar correo electrónico. Además, ya que el juego está basado en turnos, luchar contra un oponente humano en el otro lado del mundo es fácil.

En resumen, “Field of Glory” continúa la tradición de Slitherine de juegos sencillos de jugar pero profundos en su planteamiento. Se trata, en definitiva, de un gran juego para aquellos que quieran peleas por turnos con oponentes reales. Así que, ármate de valor y salta a tu propio “campo de gloria”. ■

A la conquista del Mediterráneo

HANNIBAL ROME VS CARTHAGE

Edita: Valley Games.
Jugadores: 2.
Edad recomendada: a partir de 8 años.
Tiempo de juego: 150 minutos.

Por **Noé Molina**.

Año 218 a. C., las fuerzas púnicas conquistan la ciudad de Sagunto, urbe bajo la protección de Roma, lo que supone el *casus belli* que ansían ambos contendientes. En este juego asumimos el rol de uno de los dos grandes imperios del Mediterráneo occidental, en lo que será una guerra hasta la exterminación. “Hannibal: Rome vs Carthage” se trata de un juego de estrategia de tablero por turnos, para dos jugadores, con la peculiaridad de la inclusión de un mazo de cartas de estrategia. Pero vayamos analizando este complejo producto paso a paso.

Si hay algo que no se le puede echar en cara al juego que tratamos hoy es lo cuidado de la edición, realizada por Valley Games. La caja es de pequeño tamaño, ilustrada con una imagen de Aníbal y al fondo el ejército púnico en su paso por los Alpes. Una vez abierta nos llevamos la primera sorpresa al ver el tablero, compuesto por piezas de puzzle de gran tamaño. Una vez montado (con poca dificultad) veremos desplegarse un enorme mapa del teatro de operaciones de la Segunda Guerra Púnica.

La segunda sorpresa que nos preparan estas fases preparatorias de la primera partida son los dados, con motivos latinos y cartagineses.

Uno por jugador. Sin duda al contendiente cartaginés le llevara un tiempo aprenderse las cifras púnicas, pero cualquier apasionado de la Historia lo hará con gran placer. El resto de los componentes es de primera calidad y sin duda la longevidad de este juego está asegurada.

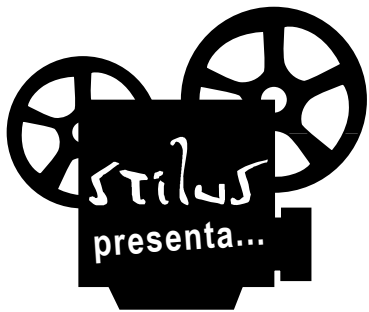
Pero pasemos a lo importante, la acción. El juego se desarrolla en un tablero de batalla. Nuestra única misión es la de destruir a nuestro rival: provocar la caída de Cartago o Roma. Las posibilidades son muchas: conquista de plazas fuertes, sometimiento de tribus libres, expansión de nuestra influencia política, reclutamiento de tropas, nombramiento de cónsules y procónsules y un largo etcétera. También tenemos la posibilidad de usar cartas de estrategia durante nuestro turno, con la posibilidad de mejorar la potencia de nuestra facción con refuerzos o eventos beneficiosos, o perjudicar a tu rival con revueltas y traiciones. A este respecto, jugando con los púnicos podremos incluso provocar el descontento de los patricios, lo que llevará a la destitución de cónsules o generales.

Uno de los puntos importantes es el de las batallas campales. Conviene no tomárselo a la ligera y buscar al enemigo cuando estemos bien preparados. Una sola batalla puede decantar la balanza de la guerra. Estos



episodios se desarrollan con la brillante inclusión de un mazo de cartas de estrategia. Poseeremos más o menos, según el número de nuestras tropas, la habilidad de nuestro general y algunos otros factores. Este minijuego de cartas podría recordar a juegos como el Uno, en el que tienes que sacar la misma carta que tu rival, hasta que uno de los dos no tenga la posibilidad de igualar el ataque.

Estamos ante un juego que brinda unas posibilidades estratégicas casi ilimitadas. Como sucede con el ajedrez, es casi imposible realizar dos partidas iguales. Si te metes en la piel de los cartagineses puedes intentar igualar el tránsito de Aníbal por los Alpes o arriesgarte a desembarcar en tierras latinas pese a la superioridad naval romana. Como líder de la ciudad del Tíber, ¿qué harás?, ¿llevarás la guerra a Cartago o a Hispania; o defenderás el paso de los Alpes con todas tus fuerzas? Hagas lo que hagas, no olvides una cosa: La fortuna sonríe a los osados. ■



La cinemateca de *Elía*

Golpe al paganismo decadente

CONSTANTINO EL GRANDE

Constantine and the cross (1962)
Director: Lionello de Felice.
Productores: Beaver-Champion Attractions, Jadran Film y Jonia Film.
Actores: Cornel Wilde, Belinda Lee, Massimo Serato.

Por **David P. Sandoval**.

Los siglos III-IV d. C. no han sido muy tratados en el cine. Sin embargo, en la transición del siglo de las crisis al siglo del restablecimiento del Imperio Romano y su posterior división, se sitúa la trama de "Constantino el Grande", un tanto hagiográfica —como no puede ser menos— pero interesante en todo caso.

Cornel Wilde da vida al emperador, un luchador impulsivo, fuerte y en la línea de los forzudos del cine de los años 50 y 60. Durante la película, asistimos a su mezcla de compasión por los cristianos, a los que no entiende pero acaba defendiendo, el respeto a la ley y cierto desprecio a las estructuras de poder vi-

gentes, la famosa Tetrarquía. Toda esta mezcla de sentimientos le convierte en el habitual rebelde que se enfrentará al poder establecido como un revolucionario. En el camino, disfrutamos de personajes como Majencio, el cual aparece dibujado como una síntesis de los vicios de la Roma pagana. Es intrigante, anticristiano, manipulador, pero también pragmático e inteligente, rasgos que hacen de él un villano más atractivo que otros malvados de personalidad más plana, como la madre de Constantino, Elena.

En una película así no pueden faltar ambientaciones que, si bien son bien intencionadas, resultan anacrónicas. Se mezclan, por ejemplo, pretorianos del siglo I y II con soldados extraídos de la Columna Trajana con vestimentas coloridas de fantasía: todos ellos llevan vistosas armaduras de cuero y grandes muñequeras, excepto en la batalla final donde vemos armaduras de escamas, por ejemplo, y segmentadas de metal. Los aseso-

res tampoco estuvieron finos en el diseño de atuendos que pretenden ser togas, edificios sacados de maquetas de época augústea y campamentos con torres ridículas y empalizadas propias del western. Con todo, se reproducen perfectamente en las catacumbas las pinturas con simbologías cristianas, y las magníficas sesiones del Senado en una basílica con senadores que resultan convincentes y lictores que lo son menos. La corta secuencia de la boda también refleja algo del espíritu romano, con la fórmula clásica de «Donde tú estés, Cayo...», arreglada para la ocasión.

Hay, desde luego, una atmósfera de intriga imprescindible y necesaria que refleja bien los numerosos rivales y peligros que afrontó Constantino en su camino al poder absoluto. Pese a tantas asechanzas, el personaje hace continuamente gala de esa ingenuidad con la que los guionistas quieren poner al público de su parte.

En este análisis no puede faltar la escena de la famosa batalla del Puente Milvio, contra Majencio. Está resuelta con buenos planos de masas, aunque éstas sean reducidas, y numerosas cargas de caballería y despliegue de tropas. Estos movimientos son ordenados en un principio pero luego, como suele ser habitual, se cae en el desorden de los combates individuales. Como anécdota, cabe comentar que el famoso arco de Constantino, erigido entre el Palatino y el Anfiteatro Flavio para celebrar el triunfo en esta batalla, no sale en esta película, aunque sí lo hace en otra ambientada siglos antes: "Cleopatra", de J. L. Mankiewicz. ■

